

EL PLACER DEL PELIGRO

EL PLACER
DEL
PELIGRO

OR
209

OBRAS DEL AUTOR

APUNTES POLÍTICOS (Edición agotada).
DEL NATURAL (Cuentos). (Edición agotada).

LOS DE MI TIEMPO

I.—Silla.....	3 pesetas.
II.—El ilustre Manguindoy.....	3 "
III.—El conde Perico.....	3 "
IV.—La olla grande.....	3 "
V.—La piedra de toque.....	3 "
VI.—Telva.....	3 "

ANDRÓMINAS (Cuentos).....	1 peseta.
LA DERROTA DE MAÑARA (Cuentos)...	1 "

EMILIO GUTIERREZ GAMERO

EL PLACER
DEL PELIGRO



Fondo bibliográfico
Dionisio Adrujo
Biblioteca Párraga Soria

10313

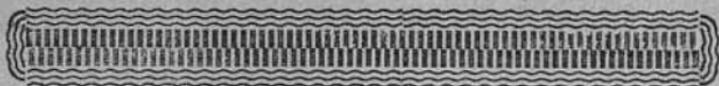
MADRID

IMPRESA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO"

Calle de los Caños, núm. 4.

1912

ES PROPIEDAD



Solarte, 25 de Junio de 189...

VUELVO de mi excursión matutina, me meto en mi cuarto, tapo todas las rendijas por donde pueda penetrar la luz, á tientas me echo en la cama y cierro los ojos para reconstruir y grabar en mi memoria aquel divino cuadro que aún estoy creyendo capricho de mi fantasía, soñado panorama de mi mente, esbozo de una emoción que el ansia de poseer la suprema belleza provoca, pero que luego se esfuma y pierde en el vacío de lo inmaterial. Y, sin embargo, nada de lo que aquí voy trazando, por el deseo de fijar en el papel estas impresiones que harán oficio de poder evocador de aquellos instantes, es sueño ni fantasía, sino hecho real que mis ojos vieron.

Llegué á Solarte, un lindo puerto de la costa cantábrica, no tan bullicioso como San Sebastián ni exigente de acomodamientos á la moda tiránica, y en él planté mis reales creyéndole punto de reposo y tranquilo refugio propio para hacer vida campestre, sin otra preocupación que el bienes-

tar del cuerpo y la paz del espíritu; un baño de naturaleza, sana y robusta, que volviese á los sentidos la elasticidad y frescura perdidas en el diario tráfago de la grande urbe. Llegué por la noche, me fuí al hotel de que mejor me hablaron, tomé habitación amplia, me acosté, dormí como un santo y á las ocho de la mañana del siguiente día á la calle, á ver el pueblo, á escudriñar sus rincones, á meter la investigadora vista por todas partes, parándome ante un casucho de atrevido balconaje,* perdiéndome por las encrucijadas callejas que huelen á marisco, admirando, hecho un papanatas, la puerta románica de la iglesia y yéndoseme los ojos tras un grupo de mozas jóvenes y fuertes, descalzas de pie y pierna, estrecha la cintura y anchas las caderas, robusto el pecho y la cabeza erguida, que me recordaron las pescadoras de Pozzuoli, canéforas soportando en vez del canastillo de flores los mimbres donde se esparce su sabrosa mercancía.

Al extremo del pueblo, en cuanto termina el muelle, levántase y se adelanta en el mar á modo de peligroso cabo, todo él cubierto de árboles y espesa maleza, un alto promontorio cuya parte izquierda forma herradura y alberga el puerto, y la derecha domina un apacible golfo resguardado por enorme roca, semejante á la espina dorsal de un monstruo fabuloso, que va degradándose desde la cima de la montaña hasta zambullirse largo trecho en las olas que en ella se

rompen. En el cóncavo fondo de este espacio, libre del furioso empuje del Océano, hay varias grutas que los movimientos geológicos abrieron y el mar luego ocupó, tapizando las unas de finísima arena, que el ir y venir de la onda suave remueve de continuo, y haciendo de otras pequeños lagos de aguas tranquilas y transparentes, cuando los rayos del sol caen sobre su tersa superficie.

La poética estructura y dulce soledad de estas cavernas convida á visitarlas; pero su acceso presenta algún riesgo, pues el viaje ha de ser en lancha, salvando un angosto canal lleno ó casi vacío al compás de la marea y, de no aventurarse á la corta travesía, el que quiera contemplarlas á vista de pájaro ha de trepar hasta la cumbre del promontorio, y después descender un poco en busca de sitio que enfoque todo el golfo y sus accidentadas grietas, con exposición evidente de rodar al abismo porque la subida por medio de jarales y espinos silvestres es empresa difícil, aun para los acostumbrados á escalar alturas.

—Comience usted—díjome el hostelero—por la vía acuática. Yo le proporcionaré un patrón de confianza que conoce el canal á cierra ojos, y si no tiene usted miedo á tumbo más ó menos él le llevará á las grutas: y una vez allí verá usted lo que es bueno. La tan celebrada de Capri se queda en mantillas junto á las nuestras. Y no tendrá usted que entrar en ella agachando la cabeza para evi-

tarse un porrazo contra la roca viva, como en la de la famosa isla sucede.

No hice caso de la recomendación, y dejando para otro día el viaje por la vía acuática me propuse escalar de seguida la montaña, conforme á mi costumbre cuando llego á un pueblo que nunca he visto, de encaramarme en el picacho más alto, torre ó monte, para formar idea del conjunto. Púseme en traje de excursionista alpestre y á las seis de la mañana, con la fresca, después de una succulenta refacción, por aquello de que tripas llevan piernas, emprendí la caminata sirviéndome de guía no más que mi instinto de cazador y las lecciones del hostelero, cuya compañía rechazé para darme el pueril goce de descubridor afortunado.

Al principio todo fué bien. Los habitantes de las pocas viviendas pegadas á la falda del cerro en declive inverosímil habían desbrozado el camino, y no era tarea sobrehumana ascender unos cuantos metros pisando guijarros que resbalaban por la pendiente; mas así que hube traspuesto la última casucha y entré de lleno en aquella manigua, comprendí el valor de la sonrisa cortés de mi fondista, cuando le aseguré que mayores dificultades vencí y que otras más altas y ásperas cimas holló mi planta. Y si no eché el paso atrás, volviendo al pueblo y confesando el fracaso, se debió á los requerimientos de la negra honrilla que me empujó hacia adelante, para que los es-

pectadores de mi partida no me dieran vaya al verme entrar mohino de donde salí valiente.

Por fortuna ninguno de los que quedaron abajo pudo burlarse de mi situación, á la par ridícula y peligrosa, si me agarraba á un tronco salvador de inmediato batacazo ó prescindía de mi noble prestancia de bípedo, convirtiéndome en vulgar cuadrumano con el sano fin de no rodar al precipicio.

Si la ascensión hubiera sido por la falda izquierda del promontorio, la que protege al pueblo, habríanse allanado mucho las dificultades, pues los solarteños que viven cerca del muelle, el cual termina donde comienza la subida, han hecho sendas por medio de los matorrales, á fuerza de pisarlos, y fabricado tendedores de ropa, casuchas de tablas y alguna que otra cantina para ofrecer á los que gustan de asomarse al acantilado y contemplar la entrada del puerto y las rompientes de la barra, materia comestible ó refrescante. Pero estas veredas se paran junto á una roca cortada á pico, que imposibilita el acceso á la cima y á la vertiente derecha del monte desde donde se columbra el golfo, por cuyo poderoso motivo hube de resignarme á conquistar los vericuetos conducentes á una plataforma de que me habló el hostelero, soberbio punto de vista si llegaba á alcanzarla. Me interné, pues, en aquel enmarañado laberinto, trepando á puro esfuerzo de mis pies y de mis puños y no sin sufrir araña-

zos en el rostro y manos, porque á veces érame forzoso penetrar en una bóveda de mimbreras y zarzamoras y romperla para atravesarla. Y si gracias á un cuchillo de monte, de que iba provisto, rompía los escajos para evitarme el roce de sus espinas, de repente veíame retenido por un peñón que me obligaba á largo rodeo cuidando mucho de resbalones, dado que á trechos cubría el terreno un musgo suave y húmedo sobre el que se escurrían las suelas de mis gruesos zapatos cual si pisaran enjabonada superficie.

¿Cuánto tiempo empleé en mi lucha con aquella flora salvaje, cayendo aquí y levantándome allá? ¡ Dos horas y media, que se me antojaron dos siglos! Por fin, tras una brega, de la que salí molido y quebrantado, llegué á la plataforma deseada, y á fe que el espectáculo valía la pena que me costó gozarlo.

A mi derecha y á mi izquierda, en una extensión de muchas leguas, la costa cantábrica, que se perdía en el horizonte esfumándose en tonos violáceos. Cerca de mi observatorio enormes montañas cubiertas de castaños, nogales y airosos pinos por entre los cuales veíanse salpicados blancos caseríos, y á lo lejos los famosos Picos, atalaya de Europa, dominando la cadena que es barrera puesta por la naturaleza al empuje del mar. Frente á mí el inmenso Océano, por cuya tersura ondulante y apenas rizada deslizábanse las barcas pescadoras con sus blancas velas, pun-

tos luminosos sobre un espejo azul, y todo envuelto en una atmósfera de luz vivísima, transparente, diáfana, que hacía brillar con reflejos de esmalte cuanto mis ojos alcanzaban á ver.

Pero desde allí no divisé el golfo prometido, y para lograrlo érame preciso, según las instrucciones de mi fondista, abandonar la cima del promontorio y dejarme ir por la vertiente opuesta al pueblo, á cuyo objeto púseme al punto en marcha y á los pocos pasos descubrí una estrecha vía natural que se pegaba á las peñas bordeándolas, y por ella me lancé huyendo de mirar hacia el lado del abismo por temor al vértigo. Al cabo de no pocos rodeos, siguiendo siempre el caminejo que me deparó la suerte y vituperando para mis adentros aquel afán de explorador, á riesgo de no contarle más, caí en una plazoletilla como de diez ó doce metros cuadrados, especie de faceta tallada en la roca desde la cual descubriase todo el panorama del golfo con sus grutas famosas. Antes de saciarme en su belleza quise descansar, que bien lo necesitaba, y sobre una alfombra de helechos, frescos aún por el rocío de la madrugada, me tumbé á la bartola, saboreando el inmenso deleite de una absoluta y dulce quietud á que mi cuerpo se abandonó con verdadero encanto. Y de tal modo fué poseído todo mi ser por la solemne majestad de la altura y del solitario risco, en el cual yo parecía un menudo grano de arena sin sujeción ni sostén alguno y pronto

á escaparse y volar el menor soplo de viento, que cerré los ojos y me acometió el espasmo precursor de la inminente caída, como si temiese una repentina oscilación de la montaña por cuyo fenómeno fuese rodando de pico en pico y me destrozara.

Entonces me afiancé metiendo mis dedos entre la raigambre de los delicados arbustos sobre que descansaba, y ya algo más tranquilo y confiado miré lo que á mis ojos se ofrecía y vi... vi, como deben ver las águilas cuando se ciernen sobre un punto de la tierra que les atrae, una caverna, cerrada por pequeño estrecho, abierta en la roca viva, llena de aguas transparentes, que sin duda por la concavidad del terreno permanecían estancadas haciendo un baño natural del apacible recinto; junto á su orilla, en un amplio escalón que apenas rebasaba la líquida superficie y se perdía en las sinuosidades de la gruta, un grupo de muchachas á medio vestir, cuyos risoteos llegaban á mi oído algunas veces como el lejano desgarrón de una nota argentina, y sola, nadando en las dormidas aguas, como si se moviese dentro de una esmeralda luminosa, cruzándolas con serenidad de dominio y posándose en ellas, como para gozar de su caricia suave, una mujer casi desnuda, porque creyéndose libre de codiciosas miradas cubrióse el cuerpo no más que con finísima tela que la onda desceñía ó arremolinaba, dejando ver entonces toda la línea del esbelto cuerpo.

Digo esbelto y es la palabra pobrísima expresión de la realidad, pues no existen vocablos que reflejen exactamente la gracia y la armonía de aquella figura, ni puede darse cuadro más encantador que aquel en que para contemplarlo puse todo mi ser en mis ojos. Era la diosa nacida de la espuma del mar; era la mujer arquetipo cuyos delicados contornos y dulces curvas trasladó Praxiteles al mármol, y que por conjuro mágico resucitaba para mostrar el sumo grado de la ideal belleza.

¡Describirla! No sé. El escalofrío de la emoción estética me cogió por entero, y experimenté ese goce inefable que no empañan codicias impuras que de seguro serían tales cuando se viese aquel pecho medio cubierto por un hipócrita descote, y aquellas piernas de clásico dibujo apenas las dejara adivinar su dueña al recogerse púdica la falda discreta.

El espectáculo no duró mucho, porque la nadadora, quizás cansada, llegóse al escalón donde sus compañeras la ayudaron á subir, echando una de ellas sobre su cuerpo blanco ropón que la tapó por completo. Pero si el fantástico cuadro desapareció de mis ojos no así de mi mente que guardó fiel la imagen de la estatua viva, cuyo rostro apenas pude columbrar en los breves instantes que lo volvió hacia mi observatorio. En el fondo de la gruta, á que mi vista no alcanzaba, se ocultaron las bañistas, y al cabo de media hora, en el peque-

ño estrecho por donde entraba el agua del mar, tocó una lancha tripulada por dos hombres, y en ella se metieron haciendo rumbo hacia la derecha en busca de algún desembarcadero que las ondulaciones del terreno me ocultaba.

Aún permanecí largo espacio en la solitaria roca. Necesitaba saborear el deleite de aquella aparición, y persuadirme de que no fué un sueño de mi mente excitada por la grandiosidad del paisaje. Hasta llegué á imaginarme que cuando de nuevo fijase mi vista en la poética gruta, donde mi romántico pensamiento puso transparentes aguas y en ellas graciosas ondinas semejantes á la blonda Afrodita, todo habría desaparecido quedando no más que un escueto acantilado sin vestigio alguno de apacibles recintos.

II

Ni palabra de lo que mis ojos vieron dije al fondista así que bajé al pueblo y me pidió noticias de mi arriesgada expedición, limitándome á la alabanza del pintoresco paisaje, cuya visita prometí repetir no más tarde que al día siguiente. Y no sólo sino varios acudí al promontorio, fuera de mi ánimo el temor al riesgo de romperme la crisma, tal me atormentaba el ansia de contemplar otra vez á la gentil nadadora, cuan-

do una conversación casual con el hostelero me puso en la pista de aquélla y me explicó el motivo de no haber parecido más por la gruta las atrevidas muchachas.

—Parece que ha tomado usted gusto á las alturas—díjome una mañana al verme entrar mustio y barbicaído de vuelta de mi inútil viaje.

—Me agrada hacer ejercicio y descansar allá arriba viendo el soberbio panorama que se descubre. Sólo me falta visitar las cavernas famosas por la vía acuática, como usted dice, para lo cual buscaremos al patrón de que me habló—le contesté ya resuelto á emplear este medio de hallarme en las cristalinas aguas que acariciaron aquel cuerpo de rosa y nácar.

—Por ahora habremos de suspender el proyecto—me respondió el fondista.

—¿Quién lo impide?—le interrogué curioso.

—Pues dicen las gentes de mar—repuso mi hombre—que por aquellas aguas andan estos días unos peces muy grandes que no se parecen á los que por acá se conocen. ¡Figúrese usted que hay quien los cree tiburones!

—¡Bah!—interpuso soltando la carcajada.—¡Tiburones en la costa cantábrica! ¡Ni que estuviéramos en el golfo de Méjico!

—Ríase el señor cuanto quiera, pero ello es que mientras no se averigüe qué casta de animaluchos son esos, no juzgo prudente arriesgarse en una lanchilla que un coletazo puede volcar. Ya

ve usted... antes iban algunos valientes á bañarse á la última gruta que está resguardada del viento y ahora... ¡que si quieres! Nadie se atreve... Ni las del circo que son bravas como ellas solas.

—¿Las del circo?

—Sí. Dos ó tres mujeres de la compañía que trabaja en el circo tomaron la costumbre de hacer que las condujeran allí, sin duda porque, libres de curiosos, pueden remojarse las carnes vestidas con el traje de nuestra madre Eva...

Y al circo me encaminé aquella noche. El cartel anunciador de la función era sugestivo. Ejercicios acrobáticos por la *troupe* Dickson-White; intermedios bufonescos por los clowns famosos Vero y James; los tres trapecios por las hermanas Dampierre; la mariposa cambiante por la bella Eufrosine; alta escuela de equitación por Yrma Monfroi; presentación del Hércules moderno Mr. Alcides Couillaut; las cotorras parlantes por el clown Alberti y, como fin de fiesta, el célebre tirador americano Frank Nish.

¿Quién sería entre todas aquellas mujeres la celestial nadadora cuyo cuerpo desnudo bullía en mis ojos cual si lo estuviera viendo? Tomé, pues, una silla cercana á la pista, con el afán del que espera su bien, palpitándome el corazón cada vez que aparecía una mujer, y ni entre la familia Dickson-White, donde figuraban dos muchachas rasas de pecho y de musculatura hombruna, ni entre las hermanas Dampierre que iban de tra-

pecio en trapecio como si volaran, descubrí la escultural belleza de la caverna misteriosa. Puse entonces mi esperanza en la Eufrosine y tampoco era ella: bien formada, graciosos movimientos, pero faltábale un no sé qué de gracia y perfección de que la naturaleza dotó espléndidamente á la sirena de la gruta.

Ya pensé en retirarme del circo con el propósito de volver otra noche, pues en cuanto á Yrma Monfroy, la célebre amazona, en Madrid había visto mil veces su alta escuela, cuando apareció Nish, el tirador americano, un hombre más bien bajo que alto, ojos expresivos, faz afeitada, cuerpo airoso cubierto por un traje algo fantástico, y junto á él llevada de la mano y ayudándola á dar esos saltitos con que las acróbatas, que se estiman, hacen su epifanía ante el público, la mujer de mis sueños, la que llevaba impresa en el alma. Iba vestida como los pajes que acompañan á Elsa en su noche de bodas con Lohengrin, y así podía apreciarse por modo perfecto la maravillosa estructura de su persona, toda redondeces y suavidades, que yo imaginaba sin aquellas telas y mallas de que mentalmente la despojé hasta dejarla en el maravilloso poder de su desnuda belleza. Pero si la línea acercábase al punto culminante del tipo clásico, su rostro, iluminado por unos ojos negrísimos, llenos de candor y malicia á la par, y más agraciado cuando la sonrisa de los rojos labios dejaba ver unos dientes perfectos, en

nada cedía al conjunto de encantos con que yo á mis solas me extasié desde la cima de la montaña.

El arrobamiento de mis sentidos concentrados en la muda adoración de la muchacha, cuyas idas y venidas seguía mi vista apenas dándome cuenta del espectáculo brutal que preparaba su marido, su amante ó lo que fuese, perdióse y me trajo á la realidad así que, después de varios disparos del tirador americano que agujereó con la bala de su rifle diversos objetos, vi horrorizado cómo ella se colocaba á unos veinte pasos de él, poníase una manzana en la cabeza y entonces Nish, en medio de un silencio profundo descerrajó un tiro sobre la frente de la joven, que alegre y cual si aquello fuera un juego donde no corriese peligro su vida, recogió del suelo la fruta perforada y la enseñó á los espectadores como prueba de su confianza en la habilidad de aquel bárbaro.

El espectáculo me pareció salvaje y brutal. ¿Pero era posible que las gentes que lo presenciaban se regocijasen con él y no protestaran airadas ante el peligro que indudablemente corría aquella deliciosa criatura? Y ¿cómo toleraban las autoridades la difícil prueba con que todas las noches hallábase á punto de perder la vida un ser humano? Por mucha que fuese la destreza del tirador y su fe en la seguridad del pulso ¿no estaba expuesto á que un imprevisto temblor, una distracción instantánea, uno de esos casuales accidentes que agitan los nervios del más hecho á

dominarlos provocase la irremediable desgracia?

No bien pasaron los aplausos delirantes del público que obligó á la pareja á mostrarse cinco ó seis veces, fueron las gentes desfilando y yo de los últimos, pues quería apurar hasta el fin el goce inefable de ver, aunque fuese por breves momentos, la dulce sonrisa de la compañera del tirador americano. Y ya en la calle púseme á pensar en el modo de aproximarme á ella y decirle mi pasión, nada más que por la imperiosa necesidad de expresársela para sacar del pecho mis amorosos ardores, sin la esperanza quizás de una correspondencia que me parecía imposible.

Pronto averigüé que todos los acróbatas, con el director y empresario Thomas Grimm, habitaban en el hotel de Europa, de menos fuste que el mío, y en él me alojé, dispuesto á trabar amistad con los artistas sin exceptuar las cotorras parlantes del clown Alberti; y excuso decir que al poco tiempo era íntimo de las partes principales de la *troupe*, que me consideraba como un admirador de esos que no pierden función ni escatiman términos admirativos, y sobre todo de James, natural de Mondoñedo, no embargante su nombre inglés, cuya confianza hube de lograr por lo que hermanan y anudan el afecto unos cuantos vasos de Whisky y Ginebra tomados en sazón oportuna.

Por él supe los chismecillos y miserias de la compañía. Aquello era un infierno. Como que él,

James, estaba deseando terminar su contrata para irse con la música á otra parte donde más consideraciones le tuvieran y más sueldo ganase... Y al marcharse tiraría, sin duda, de su compinche en ejercicios, chistes y cabriolas, el célebre Vero, harto también de los abusos de que ambos eran víctimas. ¿El empresario-director Thomas Grimm? Un redomado pillo, explotador del esfuerzo ajeno, y allí estaban para probarlo las desdichadas hermanas Dampierre, de quienes fué amante después de haberlas torturado hasta hacerlas aprender el arriesgado trabajo en que todas las noches hallábanse á dos dedos de romperse el alma... ¡Y si al cabo las pagase lo que merecían! ¡Sí, pagar! Cuatro indecentes "perras", porque con el pretexto de que las chicas eran como de su propia familia las tenía á media ración, por si el negocio iba de capa caída y las pérdidas superaban á las ganancias.

—Lo que le digo á usted... Un granuja que no tiene el diablo por dónde cogerlo, porque el mismo diablo se emporcaría las manos. A todos nos hace echar los higadillos, y al llegar al punto de "aflojen" la mosca, nos viene con la andrómida de que si está arruinado, de que si va á pegarse un tiro, con lo cual nos merma el sueldo y nos hace la pascua... ¡Eso sí, luego nos pinta un horizonte color de rosa, y nos ofrece montes y morenas si no le abandonamos!

—¡Y qué me dice usted de las mujeres de la

compañía?—le interrogué la mañana en que me hizo las anteriores revelaciones, á fin de llegar á lo que más me interesaba.

—¡ Ah! ¡ Las mujeres! ¡ Esa es otra cosa! También ese bandido ha sembrado entre ellas la cizaña. ¡ Como que no se pueden tolerar y más de una vez se han tirado del moño! Figúrese usted que después de abandonar á la más pequeña de las Dampierre, una pobrecilla que le quería como un perro fiel quiere á su amo, se enredó con la mujer de Dickson, esa gorda que hace juegos malabares, á quien tuvo que dejar porque el marido se escamó y no gusta de bromas. Y después con la bella Eufrosine, Eufrasia en su tierra, la cual le tiene sorbido el seso, y es tan mala de condición y tan negra de alma que, no contenta con armarle cada escándalo que se hunde el firmamento, porque la da de celosa, se entretiene en meter chismes entre sus compañeras cuando no las pone como hoja de peregil, diciéndolas lo que son, eso sí, pero que á nadie le gusta que se lo llamen. En fin, tal escalzaperros se movió no hace muchas noches entre la mujer de Dickson, las hermanas Dampierre y la bella Eufrosine, que si no nos ponemos por medio Vero, Alberti y yo, empleando nuestras respectivas fuerzas, las cinco mujeres se hacen pizcas. Yo saqué un chirlo en este ojo de una bofetada que me largó la ideal Eufrosine, y Alberti un mordisco en el dedo meñique.

—¿Y entretanto el empresario...?

—El empresario, Thomas Grimm, tomó el portante huyendo de su coima.

—Que por lo visto le profesa un amor salvaje—interrumpí.

—¡Amor! ¡Cá! La bella Eufrosine se la pega con todo el que solicita sus gracias. Pregúntesele usted á mi amigo Vero y á Alberti, y no le digo que se lo pregunte también á Alcides Couillaut, ese pedazo de animal que es capaz de levantar en peso la Giralda de Sevilla, porque al famoso Hércules no le conquista ni la diosa Venus... que si él quisiera...

—¿Cómo si él quisiera?

—Digo eso porque el muy bruto lo que más ama en este mundo es su fuerza muscular, y no se permite la menor "juerga" ni de vino, ni de mujeres, ni de nada que le haga perder tanto así de su energía; pero como el tal es un jayán con toda la barba, y, además guapote, las hembras de la compañía, que conocen sus castos propósitos, le han puesto los puntos, y no pierden ocasión de hacerle caer... No se puede usted imaginar las diabluras que han inventado, y Alcides como un poste. Primero fué la mujer de Dickson, luego la mayor de las Dampierre, luego Eufrosia y por último Emma, la de Frank Nish, el tirador americano.

—¿Emma también?—interrogué á James no sin que me temblase la voz un poco.

—¿Esa? Esa, con más disimulo que las otras y con más audacia, porque es tan lista como valiente para realizar su capricho.

—¿Y no ha conseguido...?

—Ni esto. Con decirle á usted que una noche, cuando vió á Frank Nish completamente dormido, salió de su cuarto, se fué al de Alcides, que incauto abrió la puerta, y se ofreció á él con un traje que... ¡Vamos, hombre, que preciso es ser de cal y canto para...! ¡Y una mujer como Emma, que se puede poner al lado de las más apetecibles!

—¿Y Alcides entonces...?

—Pues Alcides la cogió por un brazo y la puso bonitamente en el pasillo. Me lo ha contado el propio interesado, por supuesto en reserva, para que no se entere el marido.

—¿Es celoso?

—Verá usted. Resulta el tirador americano, que no es americano, sino de Burdeos, ni se llama Frank Nish, sino Pedro Giraud, una mezcla de celoso y confiado de lo más raro que yo he visto. Su mujer, porque es mujer suya de verdad, nació en no sé qué punto de Andalucía, y de muy pequeña la llevaron á un colegio de París, donde aprendió el francés, el inglés y el alemán. Ignoro los motivos que la echaron á rodar por el mundo donde conoció á Giraud. Lo cierto fué que se unieron por ante la iglesia, y que desde entonces hacen esta vida nómada, él luciendo su

habilidad y ella exponiéndose á recibir un balazo, pero con provecho de su bolsillo, porque al único que el empresario paga mucho y puntual es al famoso tirador, con quien Thomas Grimm no quiere bromas, dado que aun cuando parece jaranero y tolera cuchufletas, en el fondo es un bicho malo y le juzga capaz de cualquier atrocidad.

—¿Decía usted que Frank Nish resultaba una mezcla de celoso y confiado?—atajé al clown, viendo que se apartaba de lo que yo deseaba saber.

—Dígolo—continuó—porque Emma, alegre como unas pajarillas y pronta á acceder al reclamo si el solicitante sabe componérselas con ella, le ha engañado con el empresario, con mi amigo Vero, y quizás hasta con su servidor, si su servidor no temiese una venganza del tirador americano, que tiene más dentro que fuera, pues á pesar de que Frank Nish ha sabido los líos de su mujer, y los sabe seguramente por la mala lengua de la bella Eufrosine, el hombre se ha hecho el tonto, y ni ha puesto mala cara ni ha dejado de estrechar las manos de sus sucedáneos; y, vea usted lo que son las cosas, en cambio profesa odio mortal al casto Alcides, del que se muestra más celoso, no digamos que un turco, sino que varios turcos reunidos... Ya puede la encantadora Emma coquetear y meterse por los ojos de cualquier varón de la compañía y á fe que el tirador

americano no dirá "muu"; pero que la señora dirija tiernas miradas al Hércules, ó se siente junto á él en la mesa para aprovechar un contacto insinuante, ó se detenga á hablar con Alcides más de dos minutos, y le verá usted arrugando el entrecejo, todo fosco, inquieto, pálido y á punto de dispararse.

—¡Lástima de mujer! ¡Quizás con un hombre que la hubiera sabido conducir...!

—Habría hecho lo mismo. Ella es... lo que es, porque lo lleva en la masa de la sangre, y cuando se encapricha de uno no la detiene ni un regimiento de caballería.

—¡Tan deliciosamente bonita!—dije después de una breve pausa, durante la cual James bebió un sorbo de Whisky y encendió el cuarto ó el quinto cigarrillo.

—¿Le gusta á usted?—me preguntó.

—¡Hombre, como gustarme...!

—Vaya... confíeselo. ¡Si se le conoce á usted á la legua! ¡Si se le van los espíritus tras ella en cuanto la tiene á su verita...! ¡Y lo merece! ¡Vaya si merece cualquier locura! ¡Como que es lo que se llama una buena mujer, desde sus piececitos que me caben en esta mano (y James enseñaba desplegada su manaza áspera y callosa), hasta sus cabellos rubios, que tienen reflejos de oro brillante! Pues si la moza le gusta á perder, como parece, duro y á ella, que no es plaza inexpugnable ni gasta huraña...

III

Y seguí el consejo de James. Justamente á los pocos días fué el beneficio de Emma, y aproveché la ocasión para regalarle un canastillo de flores, de lo más elegante y fino que pude hallar en Solarte, y dentro del canastillo, en sitio donde se notase bien, coloqué una pulsera de oro con tres brillantes, guardada en su estuche de terciopelo, sobre el cual iban las iniciales de la joven en letras del mismo metal. Regalo que produjo gran efecto en la compañía, y que me agradeció la interesada sobremanera, pues entre sus admiradores del pueblo, y cuenta que los había a cientos, ninguno se atrevió á gastarse las pesetas con el rumbo que yo me las gasté, en espera de cobrarme con usura, y por aquello de que si dádivas quebrantan peñas con mayor motivo habrían de quebrantar el corazón de una mujer, de cuyo propicio á ablandarse, á decir del clown charlatán.

Pero si Emma mostróse agradecida, y me lo expresó con efusivas frases y dulces sonrisas cuando, terminada la función, entré en su cuarto á felicitarla, conducido por el empresario en persona, que así quería probar á la *troupe* cómo la bondad y los encantos de las artistas atraían á

las gentes adineradas, el marido hízome todo género de manifestaciones cariñosas, como si el obsequio fuese más para él que para su encantadora mitad. Y desde aquel punto trabamos amistades el tirador americano y yo, no sin cierto recelo de mi parte, pues dada la mezcla de celoso y confiado que formaba el carácter de aquel hombre, según el clown me reveló, andábame con pies de plomo en mis avances amorios hacia Emma, no fuera á tomarme una tirria parecida á la que al Hércules profesaba.

Que la joven se percató al momento de mi pasión, de su peso se cae. Sálame por los ojos, conocíase en el balbucir de mi lengua al dirigirla la palabra, percibíase en mi actitud, en mis infantiles rubores, en mis éxtasis silenciosos y en esos mil detalles por donde se escapa el amor, y que á ninguna mujer se le ocultan, y menos á ella, maestra en estas lides y reina de la coquetería. Y muy porro ó muy resignado debía ser el tirador famoso cuando no reveló la menor desconfianza ante mi sospechosa asiduidad, que ella alentaba dándome pie para que yo venciese aquella timidez propia de un mozalbete recién salido del colegio.

Digo timidez y me quedo corto. Era una total paralización de mis sentidos, un repentino cortárseme el habla y quedarme supenso y mudo en las diferentes ocasiones de soledad que me ofreció ella misma, dejando al marido con cualquier

pretexto, ó llamándome á su cuarto para pedir-me un libro ó enseñarme un traje. Y si pasado el propicio instante que ella solía cortar como si hallara un goce exquisito, por nuevo é inesperado, en aquellas indecisiones mías, que al fin y al cabo significaban un amor respetuoso y tierno homenaje á la mujer adorada; si perdido el instante oportuno luego á mis solas me censuraba maldiciendo de mi estúpida cortedad, proponiéndome un acto de arrojo no más que con desatar mi lengua si el momento volviese, á poco que profundizaba en mí mismo dábame cuenta de las causas que ponían trabas á la voluntad y represaban el deseo.

Yo quería que á la par aceptase mi amor y lo rechazara; yo ansiaba la entrega y la repulsa; la posesión sería el colmo de la dicha, el mayor triunfo de mi vida, el soñado ideal de los sentidos, puesto que en el mundo ella era la única, la incomparable, y, por el contrario, la repulsa airada en defensa de su virtud llenaríame el alma de placidez al ver cómo resultaban viles calumnias los cuentos del clown, y digna de ser querida con amor espiritual la mujer sospechada de impura y lasciva. Pero después, recordando sus mañosas insinuaciones, sus descuidos incitantes en que dejaba adivinar aquellas estéticas sublimidades de que mi vista se sació en la inolvidable mañana, volvía atrás el paso de mi adoración mística y la quería aún más provocativa para

quitarme temores y escrúpulos, de suerte que entre el propósito y el acto de valor no mediase espacio. Y ya en este camino deteníame únicamente el miedo morboso de que la obsesión del encanto paralizase el intento.

Sí. Era preciso decidirse. Su actitud no me dejaba lugar á dudas y mi persistencia en aquella muda adoración podía hacerla creer algo que resultase ofensivo para mis arrestos varoniles, por donde trocaríase en desprecio la dulzura simpática con que lá cada instante me mostraba su voluntad de hallarse propicia á las amorosas declaraciones de mis elocuentes miradas. Presentábase la ocasión al alcance de mi mano, con la disyuntiva de aprovecharla, corriendo todos los riesgos y peligros del que se lanza á apoderarse de la fruta ajena, ó huir inmediatamente de aquel pueblo dando al olvido las bellezas que contemplé desde lo alto de la montaña y mi deseo de poseerlas.

Por fin, en uno de esos minutos de indecisión mía, al término de una larga entrevista, durante la cual Emma, con la dulce confianza de la mujer que espera hallar en el amigo al amante y le recibe resuelta á no prolongar más una situación angustiosa, vencí mis ridículos temores y me sumé al número de los que me contó el clown, á quienes, á partir de aquellos inenarrables momentos, por únicos en lo que me resta de mi parte de felicidad en el mundo, profesé un

odio mortal, como si se hubieran anticipado á robarme un tesoro hecho para mí solo.

Y también á partir de aquel día se anudaron más mis amistades con el marido de Emma. De su comezón de estar junto á mí y de charlar conmigo procuraba escaparme hurtándole el cuerpo las más de las veces que iba en mi busca, á que se juntaba mi deseo de secundar las tretas de la muchacha en la burla de la asiduidad pegajosa de Frank Nish, y aprovechar las contadas ocasiones de vernos solos, pues la frescura de una pasión, que á ella se le hacía quizás muy otra de las corrientes y molientes de que gozó, pedíale renovar juramentos y ardores, con lo cual elevábase mi ventura al quinto cielo, regalándome con las bellezas que á vista de pájaro contemplé, y que me parecieron verdaderamente sobrehumanas.

Sólo nublabá mi dicha el cariño chinchorrero del tirador americano, que no me dejaba á sol ni á sombra cuando me creía desocupado, bien yendo á mi cuarto, bien convidándome á comer en compañía, por supuesto, de su deliciosa consorte, bien persiguiéndome donde sospechaba mi presencia, no obstante los esquinazos y engaños que le hacía sufrir, con el fin, nada santo, de reunirme á la joven, y valiéndome de la complicidad de James, que fué tercero en mis amores con Emma por el pecaminoso gusto de reirse en las barbas del buen Frank Nish.

Y una tarde que no pude evadirme de éste,

condujome á un cafetucho solitario donde se servía excelente cerveza, de que era muy devoto, se bebió dos botellas, y cuando fué apurado el último sorbo del espumoso caldo cesó en su charla bromista—solía darme vaya y cantaleta con la bella Eufrosine—quedóse pensativo, arrugó el entrecejo, con lo cual su cara rapada tomó una expresión muy poco tranquilizadora, y al cabo de un rato distendió la faz y se humedecieron sus ojos.

Me recordó su actitud extraña aquello le “alegre la tristeza y triste el vino”; preo debo confesar que me entró cierta inquietud cuando al mirarle taciturno y cejijunto, traje á mi memoria lo que de él me dijo el clown James, pues la soledad del paraje—estábamos sentados junto á una mesilla bastante apartada del edificio—y los gritos de mi turbada conciencia, inspirábanme recelos de que aquel hombre me hubiera conducido allí para hacerme pagar caro el ultraje á su honra, si por artes del demonio tenía noticia de mi herbajeo en su campo. Por fortuna mía, lo que más lejano estaba de la intención de Frank Nish era causarme el menor daño, con que hube de sosegarme en cuanto, pasado el fugaz enterrecimiento, y en ayuda de su lengua los vapores alcohólicos, abrió la espita del tonel de sus penas.

¡Era muy desgraciado! Por una casualidad, en mala hora, se metió Emma en su vida. El pa-

riente de la muchacha que la suministraba la pensión, mediante la cual educábase en un colegio de París, (los padres de Emma murieron jóvenes, sin dejarla bienes de fortuna), pasó á mejor vida, y se acabaron los recursos mensuales. Salió entonces Emma del colegio á los diez y seis años, y por recomendación de la directora entró, para llevar la correspondencia y los libros, en un taller de modista, donde ganaba siete francos diarios que la permitían alojarse en un modesto cuarto de Batignolles, y tomar sus dos refracciones de almuerzo y comida en un restaurant del mismo barrio. Allí la vió él un día, y se quedó prendado de su gentileza y humilde actitud... ¡Y tan humilde! Los hermosos ojos fijos en el plato para despachar pronto la frugal pitanza, y por toda gala un vestido negro: cuello y puños blancos y limpísimos, y un sombrerillo graciosamente colocado sobre sus rubios cabellos... ¡Pero qué distinción en toda ella, qué aire el suyo de elegancia nativa, qué admirables proporciones las de su cuerpo escultural...! Porque, eso sí, era y es una estatua modelada por los propios ángeles. Bien lo decía el traje con que se mostraba al público, y que él compuso para atraer á la gente y que así subiese el precio del espectáculo; pero si fuera posible enseñarla sin traje alguno, ¡ah! entonces pagaríanse las localidades del circo á peso de ora, por ver y admirar cómo la belleza humana supera á la fantasía del arte.

Aquí mi hombre dió un suspiro, permaneció un rato silencioso, y luego continuó:

—Fácil me fué saber de la vida de Emma por la dueña del restaurant, y también hacer con ella amistades una mañana que, lleno aquél hasta los topes, la pedí permiso para tomar en su mesa mi refrigerio, feliz acontecimiento que se verificó varias veces; mas como yo viese que á la primera indirecta de amores se levantó la joven, dando por terminada nuestra plática, loco por ella y perdido mi sosiego la ofrecí mi mano, no sin decirle cuál era mi lucrativo oficio de domador, por aquella época, de unos leones en cuya adquisición empleé todos mis ahorros, y á quienes me imponía con el valor que presta la necesidad de ganarse el pan... ¿Querrá usted creer que á los pocos días de nuestra boda se empeñó Emma en entrar conmigo en la jaula de los leones?

—¡Qué atrocidad!—exclamé, figurándome las suavísimas carnes de Emma desgarradas por los dientes de las fieras voraces.

—Fué el primer disgusto que tuvimos en plena luna de miel... El segundo—prosiguió,—¡ah! ¡mucho más grave el segundo...! Verá usted. Hacíamos una "tourné" por Francia y seguíanos á todas partes un inglés muy rico que descaradamente cortejaba á mi mujer, de cuya fidelidad ¡cómo había yo de sospechar, á los seis meses de nuestro matrimonio! Un amigo piadoso me

dió la voz de alarma... Devoré mi pena—¡pena horrorosa, amigo mío, á ningún otro sufrimiento comparable! Me comí el corazón, y siguiendo los consejos del denunciador logró sorprender á Emma con su amante... Forzando la puerta penetré en el cuarto donde se hallaban, apunté con mi revólver á aquel ladrón de lo que yo más amaba en el mundo, y rápida como el rayo, antes de que yo tuviese tiempo de disparar, mi mujer cubrió con su cuerpo el del infame y me dijo: "Tira si te atreves..." Y no tiré... No tiré porque Emma me miró como yo miraba á los leones, con una fuerza tal en su mirada, con una potencia tan grande de dominio sobre mí, que sin poderme explicar el repentino acabamiento de mi voluntad, me entró un desmayo como si se me hubieran escapado todas las energías de mi cuerpo, como si se me fuera la vida... y cerré los ojos, y se me escapó el revólver de las manos. Y el inglés aprovechó aquellos breves instantes para huir por una puertecilla de la alcoba que daba al pasillo...

—¿Y perdonó usted la falta?—dije cuando Frank Nish se hubo calmado.

—Llámeme usted lo que quiera... deme usted todos los nombres que merezco cuando le confiese que la perdoné, y la perdoné porque... (y aquí el tirador americano bajó la voz y me apretó nervioso el brazo), porque la quiero, porque la idea de que sea momentáneamente de otro, ¡mire usted si soy miserable y si he perdido la vergüenza!

no me hace sufrir tanto como la de que me deje y nunca más vuelva á ser mía... Y quizás crea usted, después de este secreto que le he confiado, que Emma me desprecia, ¿no es verdad?

—Yo no creo nada, amigo mío—respondí queriéndome evadir de las revelaciones de aquel hombre peligroso.

—¡ Ah ! ¡ Eso no ! Emma me domina cuando en un momento supremo me mira con esos ojos que parecen cambiar de color, y de dulces se vuelven feroces ; pero ella sabe muy bien que no soy cobarde... y se lo demostré... ¡ Vaya si se lo demostré !

—¿ Que se lo demostró usted ?—exclamé sin poderme contener.

—¡ Pues no faltaba más ! El inglés se me escapó... Le entró miedo, y para desfogar mi coraje y que Emma viese que tengo hígados, armé camorra al hombre más forzado de la compañía, le di de bofetads, me batí con él y le metí una bala en el cuerpo... ¡ Escapó de milagro !

—Con cuyo alarde de valor á Emma se le quitaría la gana de nuevas veleidades—le dije por decir algo que ocultase el desasosiego que tenía por dentro.

—¡ Quitársele las ganas de nuevas veleidades ! —repuso sonriendo amargamente, y apurando una copa de Ginebra que entre párrafo y párrafo de sus confidencias pidió, sin duda para excitar más su afán confidencial.—No... Después del

bribón aquél—prosiguió—fué otro, y otro y otro... ¡He perdido la cuenta! La escena en que estuve á punto de matarla y de matar á su amante, no se repitió... no se repitió, porque aun cuando adquiriera la evidencia de que me está engañando, aunque sepa que ahora mismo vuelvo al hotel y la encuentro encerrada con un hombre, y no dude un momento de mi derecho y de mi fuerza para deshacerla como deshago este cigarro (y al decirlo redujo á menudos trozos un veguero con que la hube de obsequiar), huyo de la ocasión y así evito tener que destrozarla...

—Sí... es cierto... sería una cosa atroz—murmuré más tranquilo por la garantía que su debilidad me daba, en caso de que me sorprendiera con su bella consorte.

—Y, sin embargo, á veces, sobre todo cuando me encuentro como ahora un poco excitado—continuó Frank Nish algo tartajoso de palabra—me entra por el cuerpo un calor mareante, como si la vergüenza que se me fué volviese de repente, y me dan deseos de aniquilarla á ella y á cuantos yo sospecho que... (y aquí el tirador americano paró su discurso, dando un puñetazo en la mesa, y echándome una furibunda mirada que se pusieron de punta mis nervios).

—No es ese el mejor procedimiento—dije dando unos cuantos chupetones al cigarro para que hiciese humo y él me tapase la palidez del rostro.—El mejor sistema es—añadí afectando una

calma que no sentía—corregirla suavemente, procurar dominarla...

—¡Dominarla! ¡Vamos hombre! ¡Tiene gracia! ¡Ja, ja, ja...! (y aquí Frank Nish lanzó una carcajada más semejante á dolor que á risa). ¡Dominarla! ¡Usted no la conoce! ¡Claro! ¡Como que usted no la ha visto sino bajo el aspecto amable, y en eso de serlo, y cariñosa y dulce, es jalea cuando quiere; pero véala furiosa y ¡vamos! á aquellos leones que con un zarpazo me hubieran deshecho llegué á dominarlos, y conseguí que temblasen ante mi presencia... ¡pues más fácil me fué vencer á aquellas fieras que domesticar á mi mujer...!

—Pruebe á separarse de ella—indiqué tímidamente.

—¡No le he dicho á usted—repuso casi enfurecido—que no puedo? ¡No le he dicho también que su espléndida hermosura es la miserable cadena con que me tiene sujeto? ¡Que la idea de absoluta y eterna separación para mí equivale á la muerte?

—Pues entonces, amigo mío, no hay más remedio que resignarse.

—Eso hago—me interrumpió tomando de nuevo el tono lúgubre y sentimental.—Eso hago... y también me hago el tonto, el ignorante de sus infamias, el marido bonachón y manso que está en Babia... Y ya ve usted que me río, y que paso por el hombre más alegre del mundo, y la gente,

que me cree imbécil no sabe que aquí dentro, aquí dentro (y se golpeaba el pecho con el puño cerrado), tengo una llama que me abrasa, no comparable á ningún humano suplicio, por horrible que sea, porque es la lucha constante y de cada minuto entre mi decoro de hombre digno y mi lascivia de animal inmundo...

IV

Con tales confidencias, únicamente hechas á mí, merced á la bebida propulsora de revelaciones, y mediante también el singular afecto que me tomó el tirador americano, cualquiera persona de mediano juicio y clara noción de su sosiego hubiese cortado los incipientes amores y puesto tierra por medio, como la manera más adecuada y segura para despedir huéspedes de esos que se alojan en los sentidos y ya no salen de ellos sino á fuerza de tirones acarreantes de disgustos, conflictos y penas. Pero quizás el nudo que tenía á Frank Nish soldado á su mujer con soldadura fortísima era de idéntica naturaleza é igual prosapia que el que á mí me sujetaba á la misma hembra, y es cosa probada que cuesta inmenso trabajo cortar semejantes amarras cuando prenden de veras.

Por tan poderoso motivo pronto se me pasó la impresión que me produjeron las palabras de Frank Nish tocantes á sus íntimos pensamientos; y á ello contribuyó por modo eficaz la tranquilidad que hubo de darme mi amigo, el clown James, á quien referí mi conferencia con el tirador americano.

Según él todo lo que me dijo Frank Nish era comedia pura, y cualquier medida violenta que con Emma tomase, porque un día se le pusieran los celos de punta, juzgábala inverosímil y absurda, pues clasificaba á nuestro hombre entre los maridos de condición bonachona que á todo se allanan con tal de no perder la joya que les cupo en suerte, y como joya de gran precio había que considerar á la joven, dado que si la certera puntería de él llamaba al público, las gracias de ella no le iban en zaga para llenar el teatro y hacerle la forzosa al empresario. Y quién sabe si la vista gorda de Frank Nish no sería valor entendido y componenda amigable con su mujer á fin de desplumar incautos, y por tal modo ir aumentando el común peculio, aun á costa de la vergüenza, que no es virtud de quita y pon, sino de quita y no vuelvas en la vida.

Claro es que mi vanidad no creía en estos inmorales tratos, y achacaba más que á caprichos ó veleidades de Emma á mis medios de seducción y personales prendas, figurándome que sus anteriores devaneos fueron momentáneas escapadas, y

que su rendimiento á mi querer era amor verdadero y firme, que yo comprobaría con el empleo de alguna prueba concluyente, así como también lo que hubiese de cierto respecto á la vida íntima de ambos cónyuges, en la primera ocasión de estar á solas un buen rato con la muchacha, y no durante los breves momentos que me concedía, sólo empleados en decirnos ternezas y arrumacos amorosos.

El cual propósito pude al fin realizar cuando menos lo esperaba. Y fué que las hermanas Dampierre, con el empresario Thomas Grimm, la bella Eufrosine, Alcides Couillaut y los clowns Vero y James organizaron una jira campestre, en la que habían de emplear casi todo el día, saliendo del pueblo á las seis de la mañana para hallarse de vuelta un par de horas antes de dar comienzo al espectáculo nocturno. De los invitados fuimos Emma, su marido, dos veraneantes adscritos á la compañía por obra de los atractivos de la bella Eufrosine, y yo. El tirador americano aceptó gustoso; Emma se excusó de la cuchipanda pretextando un fuerte dolor de cabeza, y yo, que vi abierto el cielo de la ocasión por que suspiraba, fingí perentorias ocupaciones y rehusé el convite, no obstante las súplicas de Frank Nish, que al fin se marchó con los de la jira campestre, para contentamiento mío y regocijo de su mujer.

La ansiedad placentera, la emoción gozosa que experimenté ante la idea de una larga entrevista

con Emma hízome agua la boca. Hasta entonces nos habíamos visto á salto de mata, al azar de un descuido, aprovechando inseguras ausencias, y siempre temerosos de una sorpresa en que el peligro hacía más punzante el placer del encuentro. Y ahora... ahora, en cuanto calculé á regular distancia del pueblo á los expedicionarios, fuí al cuarto de Emma, la traje al mío para más fácil ocultación del delito si sobrevenía lo inesperado, eché la llave á la puerta y á gozar á qué me pides cuerpo, á saturarme de fantásticos primores, á emborracharme de belleza...

Volaba el tiempo como á impulso de un reloj disparado, haciéndonos cortas las horas y largo el deseo de que nunca se acabaran; y ya cuando iba á sonar la postrera, en esa dulce y casi melancólica intimidad que sigue á las grandes expansiones que no tienen fijeza de día próximo, procuré sondear en el pensamiento de la joven para relacionarlas con las confidencias de su marido.

¡Era muy infeliz! Se casó para salir de la mísera situación en que se encontraba. Un mal consejo de la necesidad apremiante la hizo unir su suerte á la de un hombre que jamás vió en ella sino un instrumento para satisfacer sus inacabables apetitos,, sin dar parte alguna á lo que ella tenía dentro de sí de puro y honrado. Por tal modo pronto se halló harta y asqueada de verse al igual de una bestia, á quien únicamente se la educa y se la mantiene para regalarse con ella. Y

comprendiendo entonces que su dominio sobre aquel hombre sensual lo tenía en su belleza, á manera de potente cordel que nada podía romper como no fuese la muerte ó la pérdida de su incitante hermosura, usó de este seguro talismán, y en venganza del desprecio que Frank Nish hacía de aquellas cualidades suyas, que no estaban en los rojos labios ó en la suavidad de la forma corpórea, entregóse á quien le pidió su gusto, con la esperanza de encontrar en pos del cebo con que prende el amor algo del alma, siquiera un poco de pasión por fuera de lo puramente material y grosero, y que significase un cariño de esos que unen de por vida, y á la par muy cierta de que su marido pasaría por todo ante la amenaza de una separación... Probaturas hizo varias para medir la resistencia aquiescente de aquél, jugándose el todo por el todo, y en las primeras creyó muchas veces llegado su último instante, porque en una de ellas podía agotarse la mansedumbre de Frank Nish, y cobrarse ferozmente el agravio; pero así que adquirió la firmeza de la impunidad nacieron en su espíritu dos antojos del mismo modo poderosos: el uno que la impulsaba á despreciar á su marido hasta el punto de que ya le iba costando inmenso trabajo prestarse á sus exigencias, y la otra originaria de un fenómeno singularísimo... ¿Cuál? Pues el placer del peligro. Un estremecimiento extraño, un goce que la corría por todo el cuerpo, una sensación delei-

tosa rayana al dolor, cuando en la fuga de la pasión prohibida imaginábase próxima la sorpresa é inmediata la muerte. ¡Qué escalofrío entonces tan intenso y tan grato! ¡De qué gustosa manera vibraban con tales imaginaciones las fibras todas de su sensibilidad exquisita...! Y luego al pasar el arriesgado trance entrábale un deseo vehemente de bordear de nuevo el abismo, á cuyo fondo miraba como si una fuerza irresistible le atrajese...

—¿Y no te horroriza pensar que una noche tu marido, ciego de ira, baje un poco la puntería del rifle y te precipite en ese abismo que te atrae? —pregunté á Emma cuando terminó su confesión.

—No tengas cuidado... Eso nunca sucederá...

—Sin embargo, yo en tu lugar...

—Si le conocieras como yo no se te ocurriría semejante cosa—atajó Emma.—Mi marido—continuó la joven—es un ser abyecto y cobarde... En mil ocasiones he probado el temple de su alma. Si él pudiese vengarse de los hombres que me han hecho el amor de forma que nadie sospechase su venganza, sin duda alguna llegaría hasta el crimen; pero á las claras, á pecho descubierto... jamás.

—El me ha contado que una vez, para demostrarte su valor, se batió con un hombre y le metió un balazo en el cuerpo—dije á Emma.

—Sí. ¡El famoso desafío...! ¡Vaya un lance!

¿Y no te dió detalles de cómo fué?

—No.

—Pues fué empujado por sus compañeros. El que creía su rival se burlaba de él en su misma cara; la gente de la compañía en que trabajábamos no le dejaba en paz con bromas pesadísimas... ¡Hasta le pusieran clavado con un alfiler un letrero en la espalda, llamándole lo que puedes figurarte! ¡Qué había de hacer...? Tanto le avergonzaron que al fin tuvo que ir al terreno del honor, como decís vosotros. ¡El honor! ¡Valiente honor el de mi marido!

—¿De manera que no tienes miedo á que Frank Nish te mate?—interrogué á Emma admirado de su tranquilidad.

¡Ella miedo! ¡Ella temor á que Frank Nish la matase! ¡Imposible! ¡Antes se mataría él! Todo menos privarse de la hermosa hembra... Pero si por la cabeza le cruzaba la idea de que su marido la asesinase en medio de las gentes y con la casi impunidad de atribuir á un descuido la desgracia, esa oscilación de la duda en el momento peligroso era también para ella un goce supremo, que se le hacía más vivo al salir luego incólume y victoriosa de la prueba, y asegurar así el triunfo de su belleza sobre el mal pensamiento de Frank Nish.

Próxima la vuelta de los de la jira interrumpimos nuestra plática, más agradable al empezarla que al concluirla, y me salí, como acostumbro

después de una de estas dulces entrevistas. á dar un largo paseo á que yo llamo la digestión del placer, que para mí no sería tal si no le recordase con sus pelos y señales, mascullándolo punto por punto. Pero después de agotar mi memoria los detalles todos que hicieron de las pasadas horas un ramillete de inefables recuerdos, pensé en la extraña contradicción de las revelaciones de la joven, pues si Emma deseaba hallar en una de sus probaturas algo de cariño puro y tierno que en nada se asemejase á la bestialidad de su marido, ¿cómo explicarse el placer del peligro que pide variadas intenciones? ¿Tendría yo quizás la suerte de ser la última por que me creyera capaz de darla, tras el cebo con que prende el amor, según me dijo, un poco de pasión por fuera de lo puramente grosero? ¿Y á qué extremo llegarían en este caso sus exigencias? ¿A que nos fuéramos por esos mundos de Dios huyendo de las iras del tirador americano, que por todo pasaba menos por la escapatoria definitiva?

El lance era para meditado, y á seguir los impulsos de mi entusiasmo, más vivo y creciente después de la susodicha digestión, la huída me pareció cosa natural y exigida por nuestro inmenso amor, la fuga á lejanas tierras donde viviéramos ignorados y atentos sólo al arrullo perpetuo, para lo cual aprovecharíamos el primer vapor que saliera del puerto con rumbo al Sur de América, en él nos meteríamos durante una

ausencia del marido, otra jira campestre, por ejemplo, y... ahí te quedas, mundo amargo. Porque sin duda alguna yo era el venturoso mortal destinado por la Providencia á fijar la voluntad mudable de la joven, curándola del mal que ella denominaba "el placer del peligro", por medio de un cariño tranquilo y sedante, con la alternativa de los naturales deliquios amorosos colocados en sazón y punto sin nada de salacidad concupiscente. Quizás el marido nos persiguiese con el fin de ejercitar en nosotros su diestra puntería, pero ya buscaríamos un sitio seguro, un rinconcito en el riñón de la Argentina, donde compraríamos una modesta hacienda y allí veríamos correr la vida cabe la sombra de los corpulentos árboles, oyendo el murmullo de las hojas y los trinos de los pájaros que rimarían con nuestros suspiros. Y en último término, si Frank Nish se nos presentaba de improviso, porque husmease nuestro paradero, yo defendería mi bien con tanto valor como él pusiera en arrebatármelo.

Consultado con la almohada mi soberbio plan, al que sólo faltaba el margen de los detalles y el consentimiento de mi encantadora cómplice, de que yo no dudaba un instante no más que con evocar sus apasionados transportes, quedábame comunicarlo á James, cuyo secreto me era preciso para llevar á cabo mis propósitos, y en cuya discreción confiaba.

—¿Tiene usted seguridad de que la moza le

—siga?—díjome después de haber escuchado mi relato sin interrumpirme.

—La certeza absoluta, pues aun cuando no ha hecho la menor alusión á la huida, que se me ha ocurrido después de nuestra entrevista para arrancarla del lado de ese bárbaro y hacerla feliz, ella está enamorada de mí y hará cuanto la ordene—respondíle lleno del legítimo orgullo que da el ser dueño.

—Pues yo que usted no la podría á prueba.

—¿Por qué?—le interrogué algo mortificado á causa de la duda que envolvían sus palabras.

—Porque si es verdad que encuentra placer en esas situaciones peligrosas, no le agradará la vida que usted la quiere ofrecer, y si la acepta y al poco tiempo le vuelve el deseo del peligro lo buscará en los celos de usted, para lo cual se la pegará con el primer advenedizo, en espera de que usted sea la segunda edición de su marido.

—¿Entonces usted no cree en nada de lo que Emma me ha dicho y yo acabo de contarle?—interpuse amoscado.

—Yo creo—me respondió después de haber pensado un rato su respuesta—yo creo que Emma es una mujer de mucho cuidado; una romántica á su modo, que á cada amante le cuenta la historia que se le ocurre; una mujer que quizás sería buena si no la hubiera pervertido Frank Nish. Nuestro empresario, Thomas Grimm, la llama histérica, queriendo ocultar con este vocable la

verdadera palabra castellana que la corresponde.

—Está usted equivocado de medio á medio— dije de mal humor.—Emma ha tenido amantes para vengarse de su marido, y ese insano gusto suyo de bordear la catástrofe, provocando la ira de aquél, es una aberración de los sentidos, una enfermedad nerviosa que sólo un hombre que se apodere de su corazón puede conseguir que desaparezca, y ese hombre soy yo.

—Quizás tenga usted razón, pero mucho lo dudo—me contestó.

—¿De suerte que no cuento con usted para que me ayude?

—Veamos qué desea usted de mí—repuso.

—Que cuando llegue la ocasión me sirva usted para alejar al marido, y que mientras tanto á nadie revele mi proyecto, y dicho está que yo sabré recompensar largamente su silencio y su ayuda.

—Queda convenido; pero antes de lanzarme á esa aventura piénselo bien, y, sobre todo, dé usted tiempo al tiempo. Aún hemos de permanecer en Solarte unas dos semanas, y durante ellas ¿quién sabe si cambiará usted de idea...? Si se decide procure tener mucho tiento, y que Frank Nish no huela su plan, pues si es verdad lo que le dijo en el colmo de su borrachera, la cosa sería muy grave.

—Queda convenido y no pase usted cuidado, que yo andaré con pies de plomo, y Frank Nish

no husmeará absolutamente nada—dije, y cambié de conversación.

Este James es un majadero que no ve más allá de sus narices—pensé á mis solas—porque todo lo mide por el rasero de su vulgaridad. Si él hubiese oído á Emma y visto las lágrimas que escaldaban sus mejillas de rosa al referirme los tratos de Frank Nish, de cuyo pormenor no quiero acordarme de vergüenza y repugnancia que me inspira, á buen seguro que no la juzgara tan á la ligera ni sustituyese la palabra “histérica” por la propia y adecuada castellana que por las mientes le cruzó. ¿Qué entiende él del corazón femenino, ni de los actos á que puede impulsar el amor propio ajado y los nobles afectos puestos en menosprecio? ¿Acaso no es posible que una mujer, perturbada su razón y mal llevado su sentido, encuentre el rescate de sus culpas en una vida honesta, junto á un alma como la mía, por donde vuelva al reposo de la honradez? Y cuando esto llegue ¿qué hay sino hacerse la cuenta de que Emma y yo nos hemos encontrado sin historia y sin recuerdos, en medio de un páramo, y desde allí, unidos por feliz concomitancia de nuestros corazones, lanzarnos hacia un porvenir venturoso?

V

Punto terminado—me dijo—y manos á la obra. Pero una carta que recibí de Madrid puso en mis planes un momento de vacilación que me produjo gran desvelo.

Reduciase mi familia en aquella época á mis dos hermanas, una soltera y la otra casada con un hombre á quien me unían lazos de antigua y muy estrecha amistad. Muertos nuestros padres habíamos recibido por partes iguales cuantiosa herencia, que me dejaba dueño de mí albedrío y en posición desahogada de hacer mi gusto y llevar mi persona y mi dinero donde me viniese en gana, pues casi toda mi fortuna hallábase en valores fáciles de convertir en moneda contante y sonante. ¿Cuál, pues, el obstáculo que me impidiese realizar la feliz idea de marcharme con Emma? Según mi sentir, ninguno; según el parecer de mis gentes uno bastante grave.

Ignoro por qué conducto se enteraron de cómo yo andaba en íntimos y peligrosos amoríos con la mujer del tirador americano. Quizás algún amigo, de esos que se placen en meter el cuevo en la conducta ajena para darse tono de bienhechor anónimo, fué con el cuento á mis hermanos po-

niéndoles carne de gallina en lo tocante á los riesgos que estaba corriendo y al ridículo papel que Emma—una perdida de la peor especie—me hacía representar. Que no les holgó la noticia no hay para qué decirlo, y como prueba de su desagrado mi hermana y su señor marido lanzáronme un epístola “suaviter” en la forma, pero más que “fortiter” en el tanto de darme consejos conducentes á que yo no cometiera el soberano dislate de engancharme á la compañía acróbata, en clase de pegadizo sempiterno á las faldas de Emma y obligado proveedor de sus menores caprichos y antojos.

A esta primera parte de la carta admonitoria hubiese contestado, á correo vuelto, que ya era grandecito para recibir lecciones, y que haría lo que me pluguiése, agradeciendo, por supuesto, la buena intención de la fraterna filípica; y quizás habríame corrido á decir á mis parientes por qué modo tan intenso y hondo estaba enamorado y cómo creía imposible arrancarme el amor de la propia manera que se arranca un diente, aprovechando á la par la confianza al objeto de pintar en cuatro renglones la divina mujer que la casualidad me deparaba y su firme cariño parejo del mío. ¡Claro! No conocían el mérito de Emma y ni sospechaban cuán fácil mi obra regeneradora, cultivando con amoroso celo y discreto pulso la bondad nativa del corazón de la joven. Pero refrené mi deseo porque la segunda parte de la

carta referíase á una cosa que levantaba ciertos escrúpulos en mi conciencia.

Allá al término de mi carrera y viviendo aún mis padres formaron éstos el proyecto de casarme con una muchacha cuya familia, algo emparentada con la mía, aunque el parentesco no le alcanzase un galgo, ambicionaba por medio del matrimonio apretar antiguas y entrañables amistades, y al propio tiempo unir riqueza con riqueza, pues si yo llevaba para comer espléndidamente mi futura no se quedaría corta en la provisión de la cena, y aun haría la sobra con dehesas en Salamanca y casas en el riñón de la Corte. ¡Un caudal!

El proyecto era tentador, la protagonista muy guapa, sus progenitores recibíanme con los brazos abiertos, los míos batían palmas y todo presentábase suave y liso como la seda, por cuyo motivo dejé que el noviazgo se deslizara, pero sin extremar con Julita—que este es el nombre de la joven—la nota sensible, porque tengo la manía de que las bodas que no se confeccionan á la medida del propio gusto sino por el ajeno, resultan al igual de los trajes que se compran en el Bazar de ropas hechas, que siempre caen mal y acaban en inaguantable suplicio. Tengo, además, la arriesgada idea, verdadera ó falsa, de que el amor que invade el cuerpo y el alma, y por entero nos coge de suerte que constituya algo como complemento de vida y necesidad absoluta, sin la cual

todo nos resulta triste y melancólico, como en las "tinieblas de la noche fría"—que dijo el clásico—ha de entrar de sopetón, á mano armada, no con menudos pasos y hora tras hora, al modo que crece la costumbre ó el convencimiento; y á la verdad yo no estaba convencido de que era preciso querer á Julita, por muy rica que fuese y tan grande cual su fortuna y personales prendas el afán de mi gente.

Pero la muchacha no pensaba de idéntica manera, y hubo de hacerse poco á poco al proyecto familiar, consagrándome sus virginales afectos con más constancia de la que yo merecía; y eso que la puse á prueba de reservas cautelosas, para que comprendiese cómo en el grave asunto del matrimonio no se puede ir á la carrera. ¿Qué había de comprender, si desde que la vistieron de largo metiéronle en la cabeza que yo era el único ser destinado á hacerla feliz por todo el tiempo que viviese? Tuvimos, pues, unas relaciones corteses, sin esas vehemencias y sobresaltos que son la salsilla del amor hondamente sentido, yo esquivando el plazo de la eterna unión y ella considerándolo pendiente no más que de un buen momento. Y quizá yo hubiera tenido este arranque de no venir sobre mí la inmensa, la tremenda desgracia de perder á mis padres en corto espacio de días, que paralizó todo propósito de regocijo en casa donde se derramaban lágrimas.

Pasados que fueron los lutos, á que Julita asis-

tió llorosa, pues consideró propia la pena de su prometido, vuelta otra vez á los tranquilos coloquios cuando yo no encontraba una plausible escena de desvío; y así en esta media correspondencia iban cayendo los meses, hasta que mi hermana y mi cuñado me cogieron por su cuenta y echáronme en cara aquella pasividad, rayana á la indiferencia con que yo prolongaba una situación realmente ofensiva para mi novia y sus señores padres, conmináronme á tomar partido rápido, bien señalando la fecha de la boda ó diciendo clarito y como Dios manda que yo no me sentía en vena de marido por estas y las otras, que ya buscaríamos razones que dejaran á salvo nuestro decoro y no trascendieran á manifiesto agravio. Y entonces me asaltaron enojosas dudas. ¿Qué hacer? ¿Por qué camino echar...? Que Julita era encantadora á la vista estaba. Que su apacible y dulce carácter doblegábase al mío sabíamelo de memoria. Que sus antecedentes de familia no daban lugar á recelos de infidelidades futuras probábamelo la buena fama de aquella honrada gente, y, sin embargo, faltábanos á ella y á mí esa chispa que enciende el mutuo querer, esa conjunción de deseos que aviva el amor y que al unísono se siente aunque no llegue á tumultuosos arrebatos ni pase de honesto límite. En buena lógica, y á seguir la opinión de los expertos en materia de matrimonio, maldita la falta que hace la supradicha chispa; antes por el

contrario, conviene ir á él con cierto reposo de los sentidos como garantía de largo y prolongado amar, de la misma manera que no es bueno casarse con mujer que haga punta en belleza y gracias. primero porque cuanto más hermosa más codiciada y requerida será por los conquistadores de oficio, y después porque lo extremadamente bonito pasa presto y pierde, y lo mediano sufre mejor los rigores del tiempo y se conserva en su pristina medianía. Pero de improvviso se presentó un nuevo factor en la cuenta de mis vacilaciones que inclinó la balanza del lado de Julita.

Y el factor fué un pretendiente á su blanca mano. Como no lucía el noviazgo ni acompañaba á la muchacha á todas partes, según uso y costumbre de los que están al caer de la boda, un buscador de heredera rica, ignorante de nuestro proyecto, y creyendo que la plaza hallábase á quien la tomara, comenzó á cortejar á Julita con verdadero frenesí, y tan de prisa hubo de entrarle la gana de hacerla suya legalmente y como ordena la Iglesia, que juzgándose de los que llegan y besan el santo, tal se consideraba de aventajado y ventajoso, sin preliminares de "yo te amo" hizo que un personaje primo suyo fuese á casa de los padres de la joven y la pidiera con todas las de la ley para su pariente, cuyas condiciones y posición colocó en las mismas nubes. La pintura debió ser de mano maestra, porque aquellos

buenos señores, que se perecieron por verme su yerno, con el solicitante á la vista apretaron de firme poniéndonos en la alternativa de herrar ó quitar el banco. Y yo me encontré como aquel que no sabía qué hacer, si casarse ó comprar un piano de manubrio.

Casarse, casarse con Julita y fuera estúpidos antojos. Esto lo más prudente, lo más juicioso, lo más conforme con la razón y la conveniencia... ¡Pues hasta ahí podían llegar las bromas! ¡Bueno sería que viniese un cualquiera, con sus manos lavadas, á llevarse lo que para mí sólo estaba destinado! ¡Y quién era el tal? Pues un individuo de esos que andan á caza de gangas; mucho "postín"—como dicen las chulas,—mucho arrogancia, mucho dársela de tener próximos vínculos con la flor de la nobleza, y en último término un luchador por la vida muelle y regalona que le hubieran proporcionado los millones de Julita, de que él encontrábase ayuno. Un ser, en suma, que ni á mil leguas podía compararse con mi persona... Y tanto pudo en mí esta bellaca enfermedad que se llama obsesión de la propia excelencia, vulgo amor de sí mismo, que no bien me comunicaron el ultimatum mis futuros suegros, por la canal de mis hermanos, estreché el cerco á la niña con aires de inmediato cónyuge para aventar los ambiciosos planes del atrevido pretendiente.

¡Que abandonó el campo? ¡Que hizo un "mu-

tis" decoroso? ¡Ni mucho menos! Era un hombre de los que no se dan por vencidos tan aína, de los tenaces á machamartillo, y sin duda noticioso de mis pasadas vacilaciones, propúsose desbancarme empleando cuantos medios le sugirió la idea de sustituirme. Como primera paralela contra la fortaleza de mi preferente derecho y posición en casa de Julita imaginó levantarme la calumnia, por modo indirecto y no á las claras, se entiende, de que yo era sobradamente mujeriego y además algo aficionado á la bebida. Luego hizo saber á mis suegros en ciernes que también solía tirar á Jorge de ambas orejas, y, por último, que estaba comido de trampas hasta el extremo de que con los dineros de Julita y los míos apenas se cubriría el déficit de mis deudas. Deshízose en suspiros congojosos mi novia cuando me comunicó tal cúmulo de falsedades; los autores de sus días se enfurruñaron, y mi familia tomó la cosa por el lado trágico, exigiéndome que al instante buscase al infame calumniador y le pusiese las peras á cuarto, y si yo no tenía arres-tos para ello mi cuñado encargábase de meter en cintura al muy bribón desuellacaras, obligándole á confesar que no había bajo la capa del cielo un hombre más perfecto que yo y menos digno de las tachas que hubo de inventar para desconceptuarme.

A decir lo exacto yo no experimenté el mismo enojo que mis hermanos, porque si se exceptúa

lo de mujeriego, entendiéndose por tal el discreto gusto y natural inclinación hacia las mujeres, de lo cual me declaro y confieso pecador impenitente—y Dios me conserve así—todo lo restante resultaba estúpido, pues público era en Madrid que no soy aficionado al mosto, que no tengo confianza con Jorge para tirarle de ninguna parte, y que por lo referente á deudas no recuerdo haber contraído ninguna que no haya satisfecho en el cortísimo plazo de pagarla al hacerla; pero me cargaba que un majadero pudiese su lengua en mi honra, y resolví quitar á mi novia el resquemor de la calumnia, si por acaso la hubiera preocupado, y en segunda echarme á la cara al chismoso con objeto de darle su merecido.

¿Persuadir á Julita? Asunto facilísimo. ¡Si la pobre estaba deseándolo! ¡Si la infeliz juraba por mis buenas costumbres como Júpiter por la laguna Estigia! ¿Su novio jugador? ¿Borracho? ¿Tramposo? ¿Mocero...? ¡Quita allá! ¡Un dechado de perfecciones! ¡Un ángel del paraíso con barba cerrada...! En cambio la tarea de avistarme con mi rival y decirle unas cuantas frescas no me fué tan fácil, porque en hablillas no podía fundar agravios y resolverme á buscarle habría de ser preparado el ataque inmediato para que no se escurriese por la tangente de la negativa, en el caso de que no tuviera gana de camorra seria y formal. Mucho pensé en el men-

cionado ataque, mas como el hombre maniobró contra mí á la "chita callando", y bajo mano, de modo que no existiesen fehacientes pruebas de su felonía, no tuve más remedio que irme al bulto por derecho, y aconteció lo que yo sospeché.

Aconteció que le cogí las vueltas y una tarde me topé con él en la calle y le invité á celebrar breve conferencia donde pudiéramos debatir graves asuntos. Resistióse un tanto, alegando no conocerme—¡vaya si me conocía!,—díjele entonces mi nombre, insistí con cierta viveza en la necesidad de la entrevista por motivo de lo que hubo llegado á mis oídos; púsose pálido y al fin me siguió. Bien me dió á entender su palidez que el ciudadano no era de los de armas tomar, y en cuanto conocí la fibra propúseme echarla de valiente dándole á escoger entre escribirme una carta declarando en ella lo que yo le dictase acerca de mi "honorabilidad"—palinodia en regla—ó correr el riesgo de un lance personal que yo procuraría con cualquier pretexto y por violenta manera. ¡Historia eterna del fuerte contra el débil! Nos metimos en un café, escupí por el colmillo, como suele decirse, me mostré resuelto á comérmelo crudo si no accedía "ipso facto" á mis imposiciones, y tal debió ser mi enérgica actitud de matón, ó su miedo, que allí mismo suscribió lo que quise, renunciando, además, verbalmente, con previo empeño de su palabra, á la mano de doña Leonor, dígase Julita.

Triunfante con aquel certificado de intachable conducta, y contento por haber dado cima tan guapamente al caso que mis hermanos juzgaban poco menos que de muerte en desafío tremendo, quitéme de encima al temible rival, cuya tenacidad y pesadez concluyó no bien hubo visto las orejas al lobo y mis suegros se apaciguaron. Pasada la tormenta, fué natural el retorno á los antiguos pacíficos amores. Pero próximo el verano, mi suegra apretó para irse á Carlsbad, según tenía por costumbre todos los años, desde Carlsbad á Vichy, para que mi suegro fortaleciera su estómago, y desde Vichy á Biarritz para que Julita remojara sus preciosas carnes en las aguas del Océano, con lo cual aplazamos nuestros proyectos hasta la vuelta, que sería á primeros de Octubre, no sin que yo dejara de prometerles una visita en cualquiera de aquellos puntos en cuanto terminase importantes negocios que dije tener en Gijón, con el único objeto de hacer solo á mi gusto un viaje por la costa cantábrica y aliviarme del ajetreo madrileño. Después de varias recaladas en diferentes sitios planté mis reales en Solarte, como dije al principio de esta exactísima historia, y vino la aventura con Emma.

Y relatado lo que antecede no hay necesidad de transcribir ce por be la carta de mi hermana, firmada también por su marido. ¿Dónde iba yo á parar y por qué camino de perdición á lanzar-

me? Y ¿cuál la situación en que quedaba con mi novia y sus nobles padres cuando supiesen que después de lo pasado dejábales á la luna de Valencia y rompía la boda por seguir á una titiritera despreciable? Ello era una indignidad, una infamia, un desconocimiento total de mis deberes como hombre de honor...

Realmente tenían razón tocante á mi conducta con Julita, aunque no la tuvieran en tildar de despreciable y perdida á Emma; y para que nada me quede por dentro declaro y afirmo que si mis amores con la mujer del tirador americano hicieronme poner en absoluto olvido á mi novia, como si no existiera, ni tampoco el compromiso de casarme con ella, la carta conminatoria me hizo comprender que la ruptura en seco, sin decir oste ni moste, me colocaría á la altura del más insignificante gusanillo. ¿Pero qué explicaciones iba á dar que disculpasen mi papel de burlador? Y sí de todas suertes pondríanme cual no digan dueñas así que supiesen mi fuga con Emma, ¿no era preferible hacerse el difunto y echarse á la espalda cuantos dicterios é insultos vinieran...? Repito una y mil veces que á mi familia sobrábale la razón por encima de los cabellos, pero... ¿dejar yo á Emma? ¿Renunciar á la divina muchacha para siempre? Eso jamás, jamás y jamás, aunque me lo pidiesen á coro todos los santos que pueblan la corte celestial, haciéndoles el contrapeso mi hermana la soltera,

y la casada, y su marido, y Julita, y sus padres puestos ante mi persona en cruz y de rodillas.

VI

Tales pensamientos barajaba mi mente perfilando en ella todos los detalles que me llevasen al fin apetecido, y saboreando de antemano las delicias de que fueron muestra fugaz las horas tan rápidamente idas junto á la celestial mujer. Y así iba yo midiendo el tiempo con la impaciencia natural y en espera de una nueva sesión, por corta que fuese, en que Emma y yo nos pudiéramos de acuerdo y preparásemos la marcha al cabo del mundo. Mas dióle al demonio por dificultar la entrevista que no acababa de venir, y nuestras amorosas inteligencias redujéronse á furtivos encuentros, sin lugar para una parrafada suficiente á que yo expusiera mi atrevido plan, y luego juntos clavetearlo. Escapábase, pues, el tiempo; se aproximaba el término de la estancia en Solarte; desde este punto se marchaba la compañía á Valladolid, por cuyo modesto río no surcan los trasatlánticos, y se me revolvían los humores viendo que si desperdiciásemos la ocasión de hallarnos lindando con América, mar por medio, adiós proyectos de fuga y esperanzas de felicidad.

Tales angustias me hicieron tomar el camino de decir á Emma por escrito lo que iba siendo imposible de palabra, y en una larguísima carta volqué mi pensamiento y mi corazón. Que la respuesta vendría á correo seguido no era para mí caso de duda, y, sin embargo, pasáronse tres mortales días sin la contestación deseada. Contrariedad que me produjo un desasosiego febril, por más que atribuyese el silencio á dificultades de correspondencia tranquila, que no á vacilaciones de la voluntad. Y en lugar de la decisión afirmativa vino un hecho que me trastornó el juicio y me produjo un malestar continuo y quemante que se llama celos.

Verificóse el beneficio de Alcides Couillaut, el deseado por las damas de la compañía, y para solemnizarlo nos dió una cena en el gran comedor del hotel así que la función hubo concluído. De ella fué directora la bella Eufrosine, que, con gran descontento mío me colocó entre las dos hermanas Dampierre y al Hércules famoso junto á mi adorada Emma. Hubiérame resignado pensando en el desquite cuando la suerte me lo deparase, á no ser porque durante la cena, cuando las frecuentes libaciones de Champagne alegraron los espíritus más de lo justo, trayendo demasías de lenguaje y alusiones nada honestas, les dió á los comensales por hacer chirigotas acerca de la legendaria castidad del beneficiado, que para mí tengo que habrían visto con jú-

bilo cómo allí mismo se desmoronaban tomando por cómplice á Emme, y ésta, en vez de rechazar las atrevidas bromas, siquiera por respeto á mi persona, siguió la corriente de los jaraneros, mostrándose dispuesta, al parecer, á precipitar la caída de aquel mocetón, que por su parte aprovechaba la coyuntura para tomarse con su vecinita ciertas licencias aproximativas, cuyo carácter á mí y á Frank (de reojo noté su cara descompuesta) nos escandecían la sangre y nos sacaban de quicio. En el filo de un sable estuvo que armase un escándalo fenomenal metiendo una botella en los sesos del Hércules, echando en cara á Emma sus complacencias pecaminosas, y diciendo á Frank Nish lo que un marido que se estima debe hacer cuando en los propios cueros de su rostro le hablan de permitir su deshonra, á cambio del estúpido gusto de ver cómo cae y se desploma la virtud de un imbécil. Pero las elocuentes miradas de James detuvieron mis batalladores arrestos, prontos á estallar, y antes de que se acabara el festín me escabullí bonitamente y me metí en mi cuarto, donde á poco acudió el clown á consolarme. ¡Consuelos! ¡Maldita la falta que me hacían...! Lo que yo necesitaba era saber á qué atenerme y traducir por modo clarísimo la conducta sospechosa de Emma.

—Desengañese usted, D. Luis—decíame James.—Esa mujer juega con dos barajas.

—¡Está usted seguro de ello?

—Por lo de anoche no, porque aquello fué un “choteo” á costa de Alcides y de Frank Nish, y la muchacha, un poco alegrilla por los vapores del champagne, se prestó á la broma. Pero como me la sé de memoria, no doy por su constancia ni un comino, y si Alcides se resuelve á...

—Pero ¿usted sabe algo?—le interrumpí muy alarmado, ante el temor de que me hiciera perder las esperanzas de que aún no quería desprenderme.

—Tranquilícese usted. No sé nada, pero le repito que conozco sus mañas, y si las provocaciones de mis colegas, casi beodos, empeñados en echarla en brazos de Alcides, quieras que no, han despertado en ella el deseo de vencer al Hércules pudibundo, ya puede usted dar un adiós á sus amores y á la mujer del tirador americano. Además, no olvide usted que el empeño de las mujeres de la compañía de poner sitio á la virtud razonadora de ese bárbaro, no es de hoy mismo... ¿Y quién sabe si Emma...? Yo la he sorprendido algunas veces mirando al Hércules... En fin. D. Luis, yo que usted me quitaría de este enredo. Es consejo de amigo.

—Usted sabe alguna cosa positiva y no me la quiere contar.

—Nada, hombre, nada. ¿Cómo se lo he de decir á usted? Pero sí le aseguro que como Alcides se enamore de veras de Emma, y ella le corresponda, siquiera una vez, se la lleva á despecho

de Frank Nish, después de dejar á éste sin alientos para perseguirlos, porque como bruto crea usted que cuando se pone es brutísimo.

Con estas razones de mi consejero más se enardeció la voluntad de aclarar inmediatamente la situación. Desde entonces espí á Emma, la aceché á las puertas de su cuarto, esperé la ocasión de hablarla en cualquiera de los sitios donde antes nos tropezábamos, y siempre me estrellé contra la imposibilidad absoluta, porque Frank Nish no la dejaba sola un instante, con tesón tal que trascendía á deliberado propósito de ser su sombra. Y aunque en algunos momentos creí notar en las furtivas miradas de la joven así como promesas de amor fiel, los sucesos de la noche de la cena y las palabras de James engarbullaban mi mente, dentro de la cual la duda, que es mal incurable, se había metido y no quería salir.

Hice provisión de paciencia, sin disminuir el acecho, y una tarde, hallándome en mi cuarto, seguro de que Frank Nish y su mujer estaban encerrados en el suyo, llaman á mi puerta suavemente, abro y se me presenta el clown James.

—¿Quiere usted oír una conversación que le interesa?—me dijo.

—Vamos allá—le repuse, y encargándome paso cauteloso para no hacer ruido, me condujo á su habitación.

Esta daba á la de Frank Nish, y tenía en la pared medianera, cubiertos con un enrejado me-

tálico, dos redondos agujeros, sin duda para que el calor de la chimena, con que aquélla se comunicaba, penetrase cuando se encendiera en el cuarto inmediato. Quizás la compuerta del hornillo estaba descorrida, ó algún intersticio hacía fácil la comunicación. Ello fué que pegando la oreja á uno ó á otro redondel oíase claramente lo que en la pieza de al lado hablaban. Llegamos, James me dijo muy quedo su descubrimiento, arrimamos las sillas al tubo conductor y nos pusimos á escuchar.

Frank Nish y Emma sostenían en francés un vivo altercado, que mi memoria transcribe con toda fidelidad, y cuyo final sólo oímos, pues la plática hubo de empezar mucho antes de nuestra llegada.

El.—Quedamos en que desde hoy se acabaron mis contemplaciones.

Ella.—No quedamos en nada.

El.—(Subiendo el tono). Ten cuidado con lo que haces, porque estoy resuelto á que terminen tus indecencias (Frank Nish dijo "saloperies").

Ella.—Yo haré lo que me plazca.

El.—Te advierto que te sentaré la mano.

Ella.—(Con acento duro y como desafiándole). Te guardarás muy bien.

El.—No me provoques, Emma, y toma nota de mis palabras. Ya has visto que hasta hoy te he dejado en libertad de que hagas tu gusto... Por todo he pasado, y he resistido las burlas de las

gentes que me han puesto de... ("Cocu" dijo el marido de Emma) hasta hartarse... Thomas Grimm, Alberti y los anteriores, incluyendo á ese pobre muchacho (el pobre muchacho era yo), que está loco por ti como un bestia, á todos te has entregado, y yo... tan tranquilo, como si no lo viera; pero por lo de Alcides no paso, ¿lo entiendes bien? No pa-so, y no paso porque me da el corazón de que ese hombre será nuestra desgracia. ¿Te enteras? Nuestra des-gra-cia.

Ella.—No tengo nada con ese hombre.

El.—Mientes... Desde hace mucho tiempo sospecho de ti y de él.

Ella.—¡Bah!

El.—¿Me negarás que la otra noche estuviste con Alcides escandalosamente provocativa?

Ella.—Como todas las de la compañía.

El.—Más que ninguna.

Ella.—¡Celos tú! ¡Tiene gracia!

El.—(Con acento amenazador, y haciendo un movimiento brusco, porque se oyó el ruido que produce un mueble violentamente empujado).—Celoso ó no te prevengo que como adquiriera la certeza de que ese animal y tú os entendéis te acordarás de mí. ¡Oyelo bien, te acordarás de mí!

Ella.—(Muy exaltada). ¡Oyelo tú también, Pedro! A un hombre tan despreciable como tú yo no debo cuenta de mis acciones, ni estoy en el caso de lo que te voy á decir; pero para que veas

si soy complaciente y me lo agradezcas, te juro que entre Alcides Couillaut y yo no hay... ni siquiera amistad. (Estas frases de Emma me volvieron el alma al cuerpo y por poco pronunció un ¡bravo! estrepitoso por conducto del tubo mensajero; mas, por fortuna, James me pegó un tirón de la americana y me cosí la boca).

El.—(Al cabo de un momento). No te creo, Emma, eres falsa y embustera, y sabes disimular á maravilla cuando te conviene.

Ella.—(Con tono despreciativo). Que lo creas ó no me da lo mismo.

El.—Ya veremos si te da lo mismo. Por el pronto persuádate de que sigo tus menores pasos y estoy á la mira, y si me engañas con ese fantoche... (Las últimas palabras de la amenaza no las percibimos gracias á dos individuos que pasaron taconeando por el corredor, y entonces Frank Nish bajó mucho la voz).

—¿Será verdad el juramento de Emma?—le pregunté á James cuando oímos el portazo que dió el tirador americano al salir de su cuarto.

—¡Juramentos de mujer!

—Sin embargo, el acento con que lo pronunció me sonó á sincero—insistí.

—Sincero parecía.

—Entonces el elegido soy yo—dije alborozado.

—Eso lo veremos—respondióme el clown.

¡Vaya si lo íbamos á ver! Como que poco después de la escena que acabo de describir, James y

yo nos tropezamos con Emma, que se encaminaba al cuarto de las hermanas Dampierre, no lejos del suyo, y á riesgo de que el clown se enterase cruzamos las siguientes brevísimas palabras:

Yo.—¿Me quieres?

Ella.—Sí.

Yo.—¿Has recibido mi carta?

Ella.—Sí.

Yo.—Me vas á contestar?

Ella.—Sí.

Yo.—¿Cuándo?

Ella.—En cuando pueda.

Yo.—¡Mira, Emma, que espero tu carta con angustia indecible!

¡La carta! ¡Maldita carta! Funesta carta...! Al llegar á este punto de mi exactísimo relato se me ofuscan las ideas, y muchas veces dudo si lo que después ocurrió fué hecho real ó fingimiento de mi mente.

Aquella noche, después de comer, me dirigí al café, donde tenía cita con un antiguo amigo empleado en casa del más importante banquero de Solarte, que me hubo de proporcionar la carta-orden sobre Buenos Aires, obtenida mediante una transferencia de crédito. El me dió la noticia, que yo deseaba saber, de que á los pocos días tocaba en el puerto el trasatlántico francés *Floride*, y charlando de esto y de mil cosas me entretuve de suerte que llegué al circo ya muy mediana la función.

¿He de culpar á la copa de cognac que, contra mi costumbre bebí, de la excitación de mis nervios? Lo ignoro; pero lo que sé es que me bullía por todo el cuerpo un desasosiego singular, que tan pronto me agrandaba las ideas como las iba achicando echándomelas fuera del cerebro, juntamente con algo de repentinos sobresaltos por nimiedades que no pasaban de fantasmas imaginativos, unas veces deprimentes y otras enardecedores de la voluntad impulsiva. Así, por ejemplo, al encaminarme al circo, cruzando unas callejas solitarias, creí que un hombre que casualmente seguía mis pasos á corta distancia era Frank Nish, dispuesto á matarme, y sin volverme vi su cara, y me figuré inmediatamente la puñalada por la espalda, y á pique estuve de gritar ¡al asesino! si en aquel momento no aciertan á salir de una casa tres ó cuatro individuos, á los cuales hube de unirme, como al descuido, para que con su presencia detuviesen la traicionera agresión, que en cuanto me pasó el miedo pueril me juzgué capaz de rechazar enérgico y valeroso.

En tal estado de hiperestesia penetré en el circo, ocupé mi silla preferente, y excuso decir que pensé llegada la última hora de cada uno de los acróbatas al ejecutar sus arriesgados volatines, por modo tan molesto que decidí marcharme y buscar el reposo del lecho.

Detuvo mi propósito la llegada de un compañe-

ro del hotel que, viéndome solo, se creyó en el caso de darme conversación. Mientras tanto los servidores de Thomas Grimm tendieron y alfombraron el tablado sobre que funcionaba el tirador americano, y cuando me levanté para despedirme del importuno salieron Frank Nish y Emma. Esta al instante de aparecer me dirigió una larga mirada, cuya intensidad acabó de trastornarme, porque yo me figuré que en ella iba envuelta una promesa, una esperanza, un mensaje, algo muy importante que yo quería y no podía descifrar por más que torturaba mi perturbado juicio.

Los primeros disparos de Frank Nish agujereando cartones, derribando objetos ondulantes, tirando sobre ellos vuelto de espaldas, por medio de un espejillo, y en posiciones verdaderamente extrañas y difíciles, los soporté con relativa calma; mas en el momento de colocarse Emma, con la manzana en la cabeza, frente á su marido, mi corazón empezó á precipitar su vaivén de tan desatada manera, que me llevé ambas manos al pecho como para detenerle; la respiración se me hizo angustiada y temí el fulminante colapso... El absoluto silencio del público sonaba en mi cabeza como el rumor de un mar lejano... En los contados segundos que precedieron á la peligrosa prueba me pareció vivir lo más duro de mi vida...

Clavé entonces mi vista en la cara alegre

y risueña de la joven, queriéndola así enviar todos los efluvios de mi alma enamorada... En aquel momento sonó el tiro, cuyo chasquido me hizo cerrar los ojos instantáneamente, y cuando los abrí, al propio tiempo que oía un grito unánime de los espectadores, vi horrorizado á Emma caída en tierra, su alba frente perforada de un balazo.

Como un loco me eché á la pista, de un salto subí al tablado, atropellando á muchos que siguieron mi ejemplo, y con fuerza hercúlea me agarré á Frank Nish, decidido á destrozarle, á ahogarle, á hacerle pagar con la vida el horrible crimen que había cometido... Pero las gentes que me rodeaban me lo impidieron, porque todo el mundo quería poner su mano en aquel hombre, y sólo pude conseguir cogermelo á su ropilla y arrancársela de su cuerpo... Después no sé lo que pasó. Una densa nube invadió mi cerebro, y perdí el sentido...

Al cabo de tres días desperté de un febril letargo, y trastrocadas las ideas. Incorporándome con trabajo toqué el timbre y acudió el camarero, por el cual supe que si bien el principio de mi mal inspiró al médico serios temores, cuando vió cómo iba desapareciendo el delirio nervioso y la calentura remitía, respondió de mi curación. Díjome también que el buen James me estuvo acompañando desde que me trajeron desmayado, y que muchas gentes del pueblo acudían á cada instan-

te á preguntar por mi salud. Con esto, y con recomendarme el más absoluto sosiego hasta que viniera el médico y hablara conmigo, se fué y me dejó solo.

Solo con mi pensamiento, que, poco á poco, iba atando sus hilos dispersos y enmarañados y reconstruyendo la horrorosa escena. Y cuando la conjunción de todos ellos en un punto de luz clarísima me trajo á la realidad, salté del lecho como si mis perdidas fuerzas me llegaran de repente, busqué mis ropas y me vestí á escape, con la idea de salir á la calle á ver, á preguntar, á informarme... Pero el cuerpo no quiso responder á mi deseo, y, falto de energía, me senté en una butaca... No lejos de ella, sobre el sofá que ocupaba el testero izquierdo de mi cuarto, vi un objeto que no me pertenecía, que alguien debió dejarse allí... Reconcentré entonces en él mis sentidos, y después de un esfuerzo inmenso de memoria recordé lo que era. Era el cinturón de Frank Nish, y del cinturón pendiente una escarcela, pues el traje fantástico, á lo Guillermo Tell, del tirador americano, reclamaba este caprichoso adorno. Sin duda en el paroxismo de mi furor le arranqué ambas cosas, las conservé en mis cerradas manos y con ellas me condujeron á mi habitación.

Cogí aquel triste recuerdo, que aún me excitaba la ira, y al apretar mis dedos temblorosos la escarcela noté que encerraba un papel... Sí, un

papel, una carta de la pobre mujer, escrita con lápiz, que á la letra decía:

“Tenlo todo preparado. Avísame con anticipación el día fijo. Yo haré que Thomas Grimm se lleve á mi marido por veinticuatro horas, y cuando vuelva ya estaremos muy lejos. ¡Qué dicha no separarme jamás de ti! Te envía mil besos tu

EMMA”.

Estas líneas trazadas á la ligera, quizás en la premura de quien se siente espiado, diéronme la clave del enigma. Por un procedimiento diabólico Frank Nish se apoderó del billete, sin que su mujer se percatase del robo; posible que fuera momentos antes de salir á la pista del circo, y convertidas en realidades sus sospechas al saber que Emma se escapaba, ciego de rabia, y antes que dejarla ir con Alcides, para quien creyó que era la carta aquella... ¿Pero estoy seguro de que la carta era para mí...? Aquellos besos que enviaba, ¿á quién iban dirigidos...? ¿La certeza que á Frank Nish impulsó al crimen la tenía yo en su funesto error...? ¡Sí, y mil veces sí...! ¡Las apasionadas frases de Emma para mí eran, y yo, sólo yo, la causa de la horrenda catástrofe!

Entonces se me escapó el papel de las manos; por extraña alucinación creí ver ante mí la celestial figura de la mujer idolatrada, que me ten-

día los brazos, la frente partida por la traidora bala, y caí de rodillas pidiéndola perdón, y llorando como se llora por la dicha que se va para no volver jamás...

.....
A los diez años de escritas las anteriores líneas volví á Solarte y me encaminé al risueño cementerio del pueblo. Allí, sobre la madre tierra, en un rincón del recinto, y bajo una losa sin otra inscripción que la palabra "EMMA", yace la mujer que fué alma de mi alma, mi grande, mi inmenso amor...

—¡ Ah ! ¡ Si las lágrimas que de mis ojos brotaron y cayeron sobre aquel mármol se filtrasen por sus poros, y llegando á su cuerpo inerte tuvieran poder mágico para hacerla surgir, como yo la vi moviéndose serena y tranquila en las dormidas aguas de la gruta misteriosa...!



LA PASIÓN VILLANA



I

EN el extremo del salón situado en la esquina saliente del edificio y al pie de la fingida chimenea se formó la tertulia, según costumbre, á las altas horas de la noche. Cómodos sillones rodeaban la gran mesa con tablero de mármol, sobre la cual ponían sus sombreros los que iban llegando y no gustaban de permanecer cubiertos. Dando la espalda al frío hogar, que tapaban primorosos azulejos, colocáronse en el amplio sofá de cuero rojo los dos más asiduos socios del Casino, que de aquel asiento habían hecho lugar preferente y como si de juro les perteneciese. Era uno de ellos el conde de Cucandinos, un viejo famoso por sus amores con altísima señora cuando Zorrilla conspiraba en París y el otro Manolo Trijueque, cincuentón arruinado por el juego y las mujeres, chismoso de afición y lengua de hacha á no poder más. Al poco rato fueron incorporándose á la tertulia Rodolfo Peralta, duelista profesional y notario de la fe caballeresca por

nombramiento de la humana majadería; Fernández Dimas, el conocido banquero; García del Cerrojal, furibundo clerófobo que oía misa de tapadillo; el marqués de Purchena que daba un rodeo para huir de Despeñaperros—llamábase así el pasillo comprendido entre la sala del treinta y cuarenta y el de los ajedrecistas—y sustraerse á los atracos de amigos acechadores de su bolsa; el Dr. Burguillos, marido de la sin par Sarita; el marqués de Cájar, ilustre reaccionario; el anciano duque de Prestillas, siempre dormido y destinado á morir de una apoplejía en aquella hospitalaria casa y tres ó cuatro individuos más, de esos que sólo sirven para corear al narrador con signos de aprobación ó murmullos de protesta.

Se charló primero de política llevando la voz cantante García Cerrojal que comentaba el discurso pronunciado aquella tarde en el Congreso por el Presidente del Consejo de Ministros, poniéndole, por supuesto, de oro y azul, y excitando la bilis del marqués de Cájar, quien aún hallaba sobrado liberalescas las ideas del hombre público director á la sazón de los destinos del país. Pero agotado el tema, no sin voces y denuestos de ambos contendientes, que jamás paraban en veras dada la atmósfera de tolerancia que era nota característica de aquella casa, se volvió la conversación hacia la noticia que publicaba un periódico de la noche y que leyó en alta

voz Rodolfo Peralta para que todos se enterasen.

Decía así el suelto del diario callejero: "Se habla del próximo enlace de nuestro distinguido amigo, D. Pablo Llorente, con la bella marquesita de Piedralaves. Como saben nuestros lectores, la novia es hija del ya difunto D. Pedro y doña Amparo, condesa del Sotillo y hermana del poseedor de este título, de doña María y doña Carmen, casadas respectivamente con doña Luisa de Ponce, el marqués de Sierranevada y el duque de Hondamar".

—¡Valiente tío!—exclamó Fernández Dimas.

—¿Quién diablos redacta esas notas de Sociedad?—preguntó Purchena.

—Un gahnápiro—contestó Trijueque.

—Pero si está más claro que el agua clara—dijo Peralta.—La novia es hija del ya difunto D. Pedro, de doña Amparo, de doña María, de doña Carmen, casados *respectivamente* con doña Luisa Ponce, con Sierranevada y con Hondamar.

—¡Cualquiera se hace cargo del parentesco de Concha Piedralaves con cada uno de esos individuos é individuos!—prorrumpió el marqués de Cájar.

—*Animalia ibant...*—comentó el Dr. Burguillos que se las echaba de latinista.

—Lo que me extraña, mucho más que esos disparates, es que Pablo Llorente apechugue con la tal Conchita—dijo Rodolfo Peralta arrojando el periódico sobre la mesa.

—Cada hijo de vecino es dueño de tener las tragaderas que le plazca—repuso el conde de Cucandinos que hasta entonces había permanecido silencioso.

—¿Qué tienen ustedes que decir de esa muchacha?—interrogó Fernández Dimas con aire inocentón.

—Nada—atajó Peralta.—En Biarritz abría la ventana de su cuarto para que por ella entrase todas las noches aquel conde que mató al pobre Celestino. Luego se enamoró de Pepe Cifuentes, á cuya casa iba por las tardes acompañada de la Miss encubridora. Después...

—¡Por Dios, Peralta! ¡Un poco de caridad!—interrumpió Juan Rivagorza que se había incorporado á la reunión.

—¡Hombre! Yo no lo invento... Si lo que acabo de decir no fuera público y notorio...

—Sin embargo—volvió á interrumpir Rivagorza—la honra de las mujeres debe tratarse con más miramiento.

—¡Pobre Pablo! Yo no me casaría con una mujer que, con razón ó sin ella, ha dado tanto que hablar—interpuso el marqués de Purchena procurando desviar la plática del lado agresivo á que la llevaba Juan Rivagorza.

—Le *minotaurizará*—saltó el Dr. Burguillos, siempre dispuesto á poner en olvido lo de no mentar la soga en casa del ahorcado.

—¿Qué motivo tiene usted para decir eso?—

exclamó Rivagorza dirigiéndose fosco al doctor.

—¡ Hombre...! Los antecedentes...

—¡ Qué antecedentes ni qué garambainas! ¿ Acaso no es posible que una mujer que haya sido ligera...

—¿ Pero llama usted nada más que ligera á Conchita, querido amigo?—atajó Fernández Dimas.

—Digamos una pérdida, si usted quiere—continuó el interpeado:—¿ no es posible, repito, que una mujer perdida sea buena después del matrimonio, si se halla verdaderamente enamorada del que la hace su esposa?

—La mujer que para dos...

—No diga usted tonterías—prorrumpió Rivagorza sin dejar que Fernández Dimas terminase el cantar indecente.

—Hay honrosas excepciones, pero contadísimas. En mi larga vida no conozco más que tres casos. El de Santiago Nebrales, que se casó con aquella célebre alicantina á quien toda la juventud de mi tiempo conoció como pupila de Juana de Dios; el de Pepe Peraleja, que se unió en lazo sagrado á la famosa Puri la de Lucena y el de Enrique López Porro que llevó al altar á la Tufitos. Y, en honor á la verdad, las tres han sido tres castísimas y honradísimas señoras—dijo el conde de Cucandinos.

—¡ Claro! ¡ El diablo harto de carne...!—murmuró el Dr. Burguillos.

—No hay carne que valga, doctor—habló Rivagorza volviéndose hacia donde estaba sentado Burguillos.—Azares de la vida, el medio ambiente, torcida educación, mil cosas que todos sabemos pueden llevar á una mujer por malos caminos, sin que ponga ni tanto así de su alma.

—Bueno. Ya estamos al cabo de la calle... Muy bonito... Se trata de las mujeres que han conservado la virginidad del corazón para ofrecérsela al galán resignado y manso que comulga con ruedas de molino... vamos, hombre... Esos tipos son pura fantasía, propios de novela antigua—dijo García del Cerrojal.

—¿Qué sabe usted de eso?—vociferó Rivagorza, haciendo un gesto despreciativo.

—¿Por qué no he de saber de eso?—repuso Cerrojal.

—Porque para conocer á las mujeres hace falta haber frecuentado su trato y á usted no le da por ahí—replicó Rivagorza aludiendo á murmuraciones que atribuían al clerófobo cierta estudiada castidad conservadora de sus facultades intelectuales.

—¿Y usted cree que para saber de qué pío cojea la humanidad femenina es preciso pasarse la vida hecho un periquito entre ellas?—repuso Cerrojal rechazando la frase de Juan Rivagorza.

—Naturalmente. No se puede juzgar de las cosas por lo que digan cuatro charlatanes, ni hacerse eco de lo que quizás sea una calumnia.

—Pase lo de la calumnia... pero...

—*La calumnia e un venticello...*—canturreó el duque de Prestillas que en aquel momento volvió de su modorra.

—Y si usted se empeña—continuó Cerojal sin hacer caso del canto del duque—en que aquí elevemos á dogma la pureza de Conchita, por mi parte no ha de quedar, que después de todo yo no la he dado á luz ni soy amigo de Pablo Llorente; pero crea usted que si alguna vez caigo en la mala tentación de casarme, no lo haré con mujer cuyo nombre haya estado inscrito en la sección de higiene.

—El de la susodicha no figura, hasta ahora, en esa matrícula—interpuso Manolo Trijueque.

—Privilegios de clase—murmuró Peralta.

—Si todas las que lo merecen fuesen á ser registradas en la Sección de higiene habría que poner las listas en la Plaza Mayor, como se hace cuando hay elecciones—dijo Fernández Dimas.

—A juzgar por la sociedad que usted frecuenta—le contestó rápido Juan Rivagorza.

—Caballeros... No parece sino que ustedes no tienen madres, hijas ó hermanas—interpuso el marqués de Purchena.

—Ahora se le presenta á usted una soberbia ocasión de predicar con el ejemplo—dijo Rodolfo Peralta dirigiéndose á Rivagorza.—Con motivo del fallecimiento del general San Bernardo ha quedado vacante Amparo. Hágala usted el

amor y si logra que le corresponda, que de seguro lo conseguirá, se casa con ella. Tiene usted, para ser feliz, la garantía de que ha pasado por varias manos y es además una hembra de primera.

—Yo no pretendo que el haber pasado por varias manos sea garantía de nada. Lo que afirmo es que no los tres casos á que antes se refirió el conde sino muchos más conozca en que mujeres de todo el mundo han sido después de casadas modelos de honradez—repuso Rivagorza.

—¡Bah! ¡ Si ahondásemos un poco en su vida, sabe Dios lo que se sacaría!—contestó Peralta.

—Se sacaría lo que yo he dicho, porque jamás hablo por gana de hablar—corrigió al punto Rivagorza.—Y además—añadió—el que piense lo contrario de lo que yo aseguro es un imbécil que no ha visto el mundo más que por el agujero de su majadería.

—Hombre, eso es muy fuerte. Yo no pienso como usted y no soy un imbécil, ni permito que nadie me lo llame—repuso Peralta subiendo el diapasón.

—Por Dios, señores... Que la cosa no vale la pena de que riñamos—interpuso el conde de Cucandinos.

—¡Bah...! Me es igual—replicó Rivagorza, tomó el sombrero y salió del salón acompañado del marqués de Purchena que se le incorporó.

—¡Pero qué mosca le ha picado esta noche á

nuestros amigo Juanito?—exclamó el socarrón de Manolo Trijueque dirigiéndose á Peralta, que se había quedado sin saber qué hacer ante el tono despreciativo de Juan Rivagorza.

La mosca que había picado á Juan sabíansela todos de memoria, y al iniciar Peralta la conversación sobre tan escabroso tema á nadie se le ocultó que quizás era su propósito molestar á Rivagorza, á quien no profesaba grande afecto.

La historia era por todos conocida. ¿Quién ignoraba en Madrid la amistad fraternal que unía á Juan con Enrique Celorio? Hijo éste de padres ilustres, que la mala fortuna trajo á menos, á fuerza de constancia y trabajo concluyó brillante carrera y pudo lograr una posición desahogada que le permitía vida independiente y ajena al tornadizo mudar de los tiempos. Negocios lucrativos de Sociedad poderosa, que hubo de enviarle á la Argentina para que la representase, diéronle al par de crédito buenos miles de pesos, y como se viera solo, sin padres ni hermanos con quienes compartir la adquirida riqueza, hombre además muy susceptible de grandes emociones, propicio á todo linaje de sensibilidad y necesitado de arrimo amante, hallábase en momento fácil y ocasión oportuna para que prendiera en su alma un amor y en ella echase raíz de esas que no se arrancan ni á tres tirones.

Quizás un desengaño de que fué víctima Celorio, antes de marcharse á América, debiera ha-

berle puesto en guardia acerca de cuán inseguro es entregar sentidos y potencias á una mujer, pues ya creyéndose dueño de cierta muchacha, de lo más empingorotado y linajudo, vióse suplantado y despedido, llevándose al partir de España una herida de que jamás pensó curar por mucho que los días corriesen. Pero no era Enrique Celorio de aquellos á quien el escarmiento previene, sino de los que poseen un corazón en que los efectos imprimen honda huella, y así creía perdurables amistades que le ofreciesen ó amores que le juraran, tomando todo tan á pecho que resultaba por extremo celoso como notase el menor desvío en la mujer amada ó en el amigo íntimo. Por donde un hombre buenísimo, leal y pronto á cualquier sacrificio en pro de los demás, daba en la manía de los celos y sufría horrorosamente si sospechaba que iba disminuyendo el cariño de las personas que decían quererle.

En los primeros años de su juventud conoció á Juan Rivagorza; ambos congeniaron porque sus gustos y aficiones coincidían, salvo en ser celoso que no entraba ni poco ni mucho en aquél, y desde tan lejana época no tuvo Celorio pensamiento que á Rivagorza le ocultase ni estado de su espíritu de que no le hiciera partícipe; amistad profunda momentáneamente entibiada cuando Celorio imaginaba que su compañero se mostraba esquivo á su sincero y acaparador afecto, y vuelta á subir de punto cuando las nebulosida-

des de un instante las deshacía Juan Rivagorza, que no pocos disgustos le causaron á éste á pesar de su cuidado para no exacerbar la única falta de su amigo, cuyas otras prendas hacíanle merecedor de la más alta estima.

Que al retorno de América el ansiado encuentro de Juan y Enrique fué, para éste, motivo de inmenso júbilo salta á la vista. Reanudaba el antiguo cariño, tenía á su disposición la sola persona á quien comunicar las fases de su existencia, durante la lucha por la vida allá en Buenos Aires, y el estado de su espíritu. Era como un volver á la edad moza y resurgimiento de juveniles ilusiones que los amigos celebraron con francachelas continuas, más fácil de realizarse porque los dos seguían la misma corriente de asuntos. Y una de estas francachelas determinó para siempre el modo de ser de Enrique Celorio.

Antojóseles una noche correrla juntos en compañía de gente femenina. ¿Y dónde mejor que en un gabinete de Fornos delante de opípara cena, bien regada con el rojo Borgoña y el espumoso Champagne que alegra el alma de las mujeres y trae á la cabeza ideas voluptuosas? Fueron, pues, por dos hembras á cierta casa, que no era convento de Recoletas, escogieron las que hubieron de parecerles más sugestivas y apetecibles, y prometiéndose alegre velada encerráronse con ellas dispuestas á gozar del instante en agradable cuarteto. Ni Enrique Celorio

ni Juan Rivagorza eran asiduos cultivadores del género; mas una golondrina no hace verano, y manjar que ahora se toma y luego se deja siempre es sabroso si viene aderezado con galas de juventud y atavíos de hermosura; y en este último punto ninguna de las dos prójimas dejaba nada que desear.

La acaparada por Rivagorza llamábase Luz, y era alta, rubia, cutis de terciopelo y ojos azules. La escogida por Celorio era morena clara, los ojos negros de dulce mirar, fresquísima boca, rostro ovalado, mediana estatura, pie y mano denunciadores de raza fina, y cuerpo de esculturales formas. Entre las dos de seguro no sumaban la cuarentena de años, diferenciándose Luz de Elvira (así dijo llamarse la de Celorio) en que la primera no podía ocultar su baja extracción, que se conocía en frases *chulescas* y *timos* flamencos, y la segunda mostraba, sin alarde, más compostura en el decir y cierta discreta melancolía, como si allí estuviese no por obra de su voluntad sino desgraciadamente.

Si te vi, no me acuerdo, díjose Rivagorza pasado el casual tropezón; pero su amigo hubo de interesarse por la muchacha con asiduidad curiosa al principio, nacida del deseo de penetrar en el misterio de su vida, luego con el aliciente de creerse preferido, y así de vez en vez aquel hombre, tan dispuesto á entregarse cuando su alma pasionada hallaba en otra cariñoso refu-

gio, fué enamorándose de la joven y la apartó del medio inmoral en que vivía, dándose el humanitario papel de redentor, como cándida disculpa de su mal paso y á la par el gustazo de ser único poseedor y absoluto dueño.

Las sucesivas etapas, desde el primer encuentro la noche de marras hasta la exclusiva posesión de la encantadora Elvira, fueron por parte de Rivagorza objeto de acerba censura y desapiadada crítica; y si las frecuentes disputas de los dos amigos no produjeron un total rompimiento de sus cordiales relaciones, debióse á la pena que á Juan le causaba cortar el nudo estrecho que á ambos unía, y á un cambio paulatino que en éste se operó conforme el continuo trato con la muchacha, á que Celorio hubo de obligarle, le hizo conocer á fondo sus prendas y méritos.

Claro es que tales prendas y méritos duplicábanse al pasar por el romántico tamiz de Celorio, exaltado de suyo, pero aun quitando libras del peso quedábale á la joven, según el frío pensar de Rivagorza, la suma suficiente de seriedad humilde y propósitos de honradez para hacer feliz á cualquiera que prescindiese del pasado, y para que él la otorgase cierto respeto admirativo.

¡Ah! ¡Si no fuera por la mancha que Elvira no podía borrar! ¡Si en vez de hallársela Enrique en medio de un lodazal se hubiese tropeza-

do con ella en sitio decoroso y digno, aunque modestísimo y pobre! Mas la misma bochornosa situación de la muchacha, cuando Enrique la conoció, servía de aliciente á su enternecimiento al recordar los sucesos que motivaron la tremenda caída.

En mil ocasiones hubo de referirla Enrique á su amigo. ¡Si estaba cansado de contarla! ¡Si el relato de la joven, hecho al caer de verdaderas lágrimas, no vertidas mediante el astuto deseo de lograr perdón y olvido, sino derramadas por impulso de inmensa pena, él, Enrique Celorio, lo había comprobado hasta llenar la medida de su curiosidad! ¡Quién es capaz de pedir responsabilidades y recta aplicación del libre albedrío á una niña empujada por el fatalismo...?

Contaba diez y seis años justos en el momento de la desgracia. Con sus padres y tres hermanos más pequeños que ella vivía Elvira en un pueblo de la provincia de Huelva, donde D. Saturnino Rodríguez, que tal era el nombre del padre de la joven, administraba las numerosas fincas de cierto encopetado ricachón, el cual pasaba la mayor parte del año en Madrid y únicamente en el pueblo ó en alguno de sus cortijos los meses de primavera. Descuidos en las cuentas, y sobrada benevolencia con los arrendatarios que no pagaban fueron causa de que al tener que rendirlas, por razón de un balance general de la casa, se encontrase D. Saturnino con un saldo de

cuatro mil pesetas á favor de su amo. El carácter duro y egoísta de éste no permitía esperanzas de que perdonara el desfalco ó que entrase en componendas amistosas, mediante descuento de haberes. No había más que cubrir con moneda corriente y sonante el *déficit* ó atenerse á las consecuencias, que serían, primero, la denuncia al Juzgado por malversación de caudales, luego, quizás, la cárcel y en todo caso la deshonra... ¿Qué partido tomar en tan peligroso trance? Sin pararse á medir lo peligroso del paso, y cuando Elvira vió la desolación de aquella casa suya, y á punto su padre de tomar la más extrema medida, una mañana se presentó al hombre que tenía en sus manos la suerte de su familia, creyendo que ruegos y lágrimas ablandarían las entrañas del viejo. Y su desengaño fué tremendo al ver por qué manera tan descarada y cínica aquél le planteó el feliz dilema: ó sucumbir á sus seniles apetitos ó el inmediato parte á los Tribunales de Justicia... Y entonces la infeliz mujer, con la inconsciencia del acto brutal del que apenas se hubo de dar cuenta, y puesto el pensamiento no más que en la salvación de sus seres queridos, cerró los ojos y sacrificó su pudor, llevándose la solemne promesa de un total olvido que borrarse la falta de su padre.

Sacrificio de bien escaso resultado, porque á los pocos días del hecho murió el ricachón, á D. Saturnino le dió un ataque de hemiplegia que

le inutilizaba, y los herederos de aquellas fincas despidieron al que ya no les servía, sin otorgarle un modestísimo retiro como recompensa de tantos años de trabajo. Encontróse entonces Elvira frente á la necesidad de mantener á los suyos sin medios para hacerlo, porque en el pueblo no había dónde ganarse la vida, y cuando solicitaba protección recibíanla con desvío, en recuerdo de su rápido encuentro con el viejo, que al fin hubo de saberse, como se sabe todo, cuando no la pedían por réditos de un efímero amparo la entrega de su preciosa persona. Después vino el traslado á la capital; en ella todo género de pasos para llevar pan á su gente; después la miseria, y, por último, cuando su madre y los pequeños se morían de hambre Elvira tropezó con una mujer que la dió la solución del triste problema, con entrega inmediata de abundante dinero y seguridades de más, sólo con echarse la vergüenza á la espalda. Aún la desdichada quiso resistir y luchar; aún concibió la esperanza de que un alma caritativa la librara de la corriente á que iba á entregarse; pero el alma caritativa no pareció por ningún sitio, y al fin la joven cayó en el abismo. ¿No era—decíase Rivagorza—digna de compasión? ¿Quién es el valiente que se atreve á exigir fortaleza á una mujer, en las circunstancias de Elvira, cuando la mayoría de los hombres tienen blanda la voluntad y flojo el juicio?

Síntomas de alumbramiento, que no llegó á

realizarse, decidieron á Enrique á legalizar por ante la Iglesia su situación con Elvira, y ésta accedió á los deseos de su amante, no sin haber hecho inauditos esfuerzos para que desistiese de tal idea, por temor á las naturales murmuraciones del mundo; pero poniendo desde que fué la mujer legítima de Enrique Celorio especial empeño en rodearle de cariñosos cuidados, y en guardar una conducta intachable, para lo cual rompió con antiguas amistades y huyó de todo trato social, aislándose en su casa donde sólo entraba Rivagorza, por exigencia de Celorio, que no quería privarse de la cotidiana visita del amigo del alma. El cual no pudo contenerse cuando á propósito de la boda de Pablo Morente con la marquesita de Piedralaves tocaron Rodolfo Peralta, García de Cerojal y demás concurrentes á la tertulia de última hora del Casino un punto que cogía de medio á medio á Enrique Celorio.

—Al imbécil de Peralta le voy á dar el día menos pensado una lección que le duela—dijo Rivagorza al marqués así que salieron del salón.

—¡Bah...! No hagas caso—repuso Purchena.

—Le has dado la noche á Juanito—murmuró Manolo Trijueque al oído de Rodolfo Peralta.

—Que se aguante—replicó éste.

—¡Si se entera su amigo Celorio...!—insistió Manolo.

—Que se entere—atajó Peralta.

En esto encendieron las luces rojas que anunciaban haber comenzado la partida de treinta y cuarenta, y poco á poco se disolvió la reunión.

II

Entró Juan Rivagorza en el despacho de Enrique y, mientras éste llegaba, púsose á recorrer la espaciosa habitación de un lado á otro. De pronto, se paró y fijáronse sus ojos en el retrato de Elvira, que encerrado en primoroso marco de plata repujada veíase sobre la mesa como presidiendo libros, papeles y artísticos cachivaches que encima de la tabla de cristal se parecían. Era la imagen perfecta de la encantadora mujer, fotografiada al día siguiente de su encuentro con Enrique, y en la margen inferior de la cartulina estaba escrita la fecha memorable. Ya no se traslucía en la expresión de aquel rostro el tinte melancólico y triste del comienzo de la fiesta, en el gabinete de Fornos, sino por el contrario una placidez casi risueña cual si fuese presagio de futura dicha que inspiraba á Rivagorza serias meditaciones.

¿Qué hubiera hecho él de hallarse en el caso de su amigo? ¿Habríale arrastrado el amor al punto de atropellar respetos debidos á su familia

y conveniencias sociales, que como arraigan en un rígido concepto del honor tienen fuerza irresistible? Admiración sin tasa producíale la ejemplar conducta de Elvira, mas con esta garantía, ¿es lícito á un hombre que siempre puso en el cuidado de su honra, cual puso Enrique, tenaz empeño, romper con la opinión y crear seres á quienes el día de mañana quizá les causen sus progenitores enojo y vergüenza? ¿Vale el amor de una mujer, por hermosa que sea, aislarse del mundo por miedo á que los sin tacha aŕguyan del hogar apestado? No era Juan Rivagorza de aquellos escrupulosos que á todo hacen la cruz, y hasta llegaba á explicarse esas uniones de varón y hembra consumadas por fuera de cualquier rito: y colocándose mentalmente en un medio que aceptara semejantes costumbres, sin la menor protesta, posible sería que siguiera la corriente de los demás; pero contraer pactos de tal especie con la que estuviera en el fondo del precipicio, eso nunca, aunque le fuera preciso arrancarse el alma. Cercano estaba el tiempo en que pensó abandonar la vida de soltero y meterse por el aro del matrimonio, pues ya le cansaba la soltería y apremiábale la necesidad de estarse con el padre quieto y á la vera de un cariño tranquilo; y ya á dos dedos de dar el salto á lo desconocido con muchacha joven, bella y rica, un pequeño borrón en la fama de su futura suegra, á quien la pública voz atribuyó, quién sabe si

con motivo real, ciertos pecaminosos devaneos, ya de casada, hízole desistir, más por la cruda oposición de su gente que por su propio gusto, con lo cual la inocente doncella pagó los vidrios rotos por su señora madre. Y si una sombra de duda no más, porque el pecado—si lo hubo—no dió en escándalo ni pudo probarse en la piedra de toque de la verdad, fué causa de su desistimiento, ¿cómo echarse el alma á la espalda y hacer lo que Enrique con una mujer que...?

Y al pensar de tal suerte volvió á fijarse en el retrato de Elvira, y se le antojó que la placidez casi risueña del semblante de la joven había-se trocado en un tinte de infinita amargura, como si le reprochara aquellos pensamientos tan mal avenidos con el cariñoso afecto, rayano al entusiasmo, que ahora la profesaba, y á la justicia que á su honestidad y recato hacía.. ¿Ravano al entusiasmo? Sí, eso era lo cierto. Se lo fué ganando Elvira con la adhesión de amor que mostraba á su marido, sin intermitencias de hoy sí y mañana no, y con la duízura de su actitud, jamás impaciente ó veleidosa. De manera que Juan Rivagorza decíase muchas veces que aquello no podía ser compuesto, porque la ficción, al menor descuido enseña su grosera urdimbre, sino muy verdadero, que no dejaba de causarle extrañeza, dado que no comprendía cómo la atmósfera malsana que rodeó á la joven se evaporase instantánea sin dejar huella per-

durable ni resabios de perniciosos ejemplos.

¿Sería, sin embargo, aquella asiduidad en el querer firme y silencioso obra de refinadísimo cálculo, ó más bien milagro del amor que redime y purifica? Cuanto á lo primero preciso era descartarlo, pues ya llevaban más de cuatro años de matrimonio Elvira y Enrique, y durante este largo espacio no dió la joven motivo alguno por donde se conociera su doblez, y por lo que al milagro de redención tocaba también había que rendirse á los hechos, y eso que Rivagorza nunca creyó en semejantes extraordinarias mudanzas de que hubo de reirse, juzgando tipo por fuera de lo real el de una mujer caída en la ciénaga del vicio, y luego rediviva al mundo de lo más perfecto mediante la pasión amorosa. Tales reflexiones de Juan Rivagorza viniéronle al contemplar el retrato de Elvira, parándose al final de ellas en un resquemor á que siempre llegaba cuando ponía su pensamiento en la joven. La persistencia de la mente en un mismo punto conduce á hacer de la más sencilla idea tenaz preocupación que acaba por invadir todo el ser; y este darle vueltas á la mujer de Enrique parecíale algo como regodeo espiritual á que seguramente no se entregaría si Elvira, en vez de ser arquetipo de belleza, fuera un monstruo de fealdad ó una de tantas insignificantes... No. Hecho escrupuloso examen de conciencia, el preocuparse de Elvira era únicamente porque un

tropiezo de ésta podría traer irreparable desgracia del hombre á quien él, Juan Rivagorza, profesaba cariño de hermano. Lo cual no era obstáculo para confesarse que la muchacha causábase cierta impresión de dulce bienestar como si entre él y ella existiese estrecho lazo de parentesco incomparable, sin duda alguna, con lo que ni en cien leguas semejase lo prohibido; pero que precisaba vigilarlo, aun siendo tan inocente, no fuese á levantar un día en el pensamiento tan receloso de Celorio dudas y sospechas, y en pos de éstas una dolorosa ruptura de la vieja amistad. Reducíase tal vigilancia á espaciar sus visitas á la casa de Enrique, á refrenar impulsos de afecto, á mostrar naturalísima indiferencia cuando Celorio le pintaba, con los colores de su entusiasmo, las extraordinarias prendas de la joven; y si ésta, agradecida á las respetuosas atenciones de Rivagorza, le distinguía con demasiada viveza, poner su cariño en reparo por medio de algún discreto aviso que previniese sin ofender.

En este punto de su soliloquio presentóse Elvira, y Juan Rivagorza quedóse un instante perplejo al notar en los ojos de la muchacha huellas de recientes lágrimas.

—¿Ha tenido usted alguna pena?—la dijo después de estrechar la mano que ella le tendió.

—Nada de particular—respondió Elvira procurando sonreír.

—¡Bah...! A mí no se me engaña fácilmente,

Elvira. Quizás algún disgustillo con Enrique.
¿No es eso?

—Tonterías que no merecen contarse—repuso la joven haciendo visibles esfuerzos por parecer tranquila.

—¿Ni á mí que soy su mejor amigo?—insistió Rivagorza.

—¿Y para qué, si ello es irremediable?—dijo la muchacha como resignada.

—En primer lugar porque para todo hay remedio en este mundo, y después porque las desdichas que salen fuera del pecho duelen menos—replicó el amigo de Celorio.

—Desdicha... es mucho—atajó Elvira.

—Contrariedades—corrigió Juan.

—Contrariedad es poco—interpuso Elvira.

—Oiga usted. Contrariedad ó lo que sea, debe usted decírmela con la certeza de que puede usted depositarla en el seguro de mi leal y desinteresado querer. El mismo cariño de hermano que profeso á Enrique guardo también para usted, y como sospecho...

—Yo no me he quejado—interrumpió Elvira.

—Pues, amiga mía, si ha llegado la hora de quejarse, quéjese usted conmigo, y así los dos juzgaremos del tamaño de la queja... Vamos á ver, Elvira... Sea usted franca y no olvide que un consejo mío quizá le sirva de mucho... Enrique le ha dado á usted un mal rato... ¿No es verdad?

—Sí, señor—contestó la joven, venciendo decidida su vacilación.

—¿Acaso celos del pasado?

—No lo sé, y me pierdo en conjeturas.

—¿Pero existe algún motivo...?

—Ninguno. Verá usted... Como conozco muy bien á mi marido, que habría que ponerle en un altar si no fuese por su carácter extraño, he hecho la vida que usted sabe, y he medido mis actos y mis palabras, con objeto de que el hombre á quien más quiero y á quien tanto debo gozase á mi lado de completa tranquilidad...

¿Qué ocurre para que la haya perdido?

—¿Pero qué forma ha tomado su inquietud?

—interrogó Rivagorza.

—Pues una forma inexplicable. Hace dos noches cuando acabamos de comer, por cierto que apenas probó bocado, se levantó de la mesa, se sentó en una butaca y en ella permaneció sin hablar, como si alguna tenaz idea le preocupase. Yo entonces, algo asustada, porque estoy siempre espionando sus menores deseos para satisfacerlos, también me levanté, me fuí junto á él y le pregunté qué le sucedía... Yo creí que iba á acogerme cariñoso, que me contaría su pena...

—¿Y no fué así?

—No, señor... Me apartó casi bruscamente de su lado, y en vez de responderme se quedó mirándome como se mira á un ser desconocido, con los ojos muy abiertos...

—¿Y después?—interrogó Juan al cabo de un corto silencio que empleó Elvira en enjugarse las lágrimas.

—Después—continuó la joven—me dejé caer en una silla y me eché á llorar.

—¿Y Enrique no la dirigió á usted ningún consuelo?

—Ninguno. Se levantó de la butaca y se marchó sin despedirse... Le esperé hasta muy tarde y viendo que no venía me acosté... ¡Qué noche, toda ella sin dormir... preguntándome la causa de que me hubiese rechazado... registrando mi memoria á ver si encontraba siquiera una sombra de falta que justificase su desvío! Y como nada había en mi conducta de censurable iba en aumento mi desesperación... ¿Será que se ha cansado de mí...? ¿Será que ya no me quiere?

—No, Elvira, no es eso. Es que Enrique sufre uno de esos furiosos ataques de celos que le hacen tan desagradable—respondió Rivagorza.

—¡Celos...! ¿Pero de quién si yo no veo á nadie, si no quiero recibir ni cartas?

—¡Vaya usted á saber!—añadió Juan ocultando á Elvira la idea que se le vino á las mientes, y que tanto cuadraba con sus reflexiones de poco antes.

—Mi marido no puede tener celos de nada ni de nadie... No. La culpa de la pena de Enrique la tengo yo, yo solamente, y no va por donde usted se figura—dijo la mujer de Celorio como

si hubiese dado de repente con la clave del enigma.

—A ver... Explíquese usted.

—Enrique—habló Elvira—está arrepentido de haberse casado conmigo... ¡Es natural...! ¡La hora de la reflexión había de llegar...! ¡Yo fui débil...! Me cegó la vanidad... Me dejé seducir por la pasión loca que me mostró Enrique durante el tiempo que fui su querida... Creí estúpidamente que muchos días de fidelidad y de amor podían borrar tantos años de oprobio... No di en aquella ocasión á este hombre tan bueno la prueba de cariño que debí darle, rechazando la absurda idea de nuestro matrimonio, para que no tuviera que avergonzarse de haber concedido su nombre honrado á una perdida... ¡Ah! ¡Si las cosas pudieran hacerse dos veces!

—Me parece que no es eso, Elvira—interpuso Rivagorza cuando vió más serena á la joven.

—Sí, amigo mío. Fui una necia presuntuosa y justo es que pague mi obcecación. ¡Lo grave del caso es que mi pecado no tiene remedio! ¡Qué hacer, Dios mío!

—Está usted en un error. Enrique no se halla arrepentido... Enrique no ha dejado un momento de quererla. Otros pensamientos son los suyos que le hacen sufrir.

—Si usted sabe qué pensamientos son esos dí-gamelos pronto... Usted le conoce mejor que yo... Usted ejerce sobre él una influencia decisiva.

—Yo no hago más que sospechar, sin que pueda decir á usted que estoy en lo cierto. Ante todo cuénteme lo que sucedió después.

—Volvió muy tarde y se acostó... A la hora de costumbre me levanté... El hizo lo mismo y se puso á trabajar aquí... Dominando mi angustia y sin pedirle explicaciones de su actitud le hablé cariñosa, como si nada hubiera sucedido.

—¿Y él?

—El, haciendo esfuerzos para mostrarse amable, ¡pero amabilidad fingida!

—¿Recuerda usted si habló con alguien antes de la escena que me ha referido usted?—interrogó Rivagorza.

—Por la tarde vino á verle un señor que creo que se llama Trijueque. Se encerraron aquí y estuvieron hablando un buen rato. Luego salieron juntos.

—Está bien. Yo veré á Enrique y trataré de sondearle.

—¿Y cree usted que debo callarme aunque le note áspero conmigo?

—Yo creo que usted debe aguardar á que él hable claro, y en tanto seguir como siempre.

—¿Vendrá usted á decirme lo que sepa?

—Vendré si fuese necesario, pero si no viniese no atribuya usted mi ausencia á olvido—contestó Rivagorza al cabo de un momento de duda.

—¿Pero, es que piensa usted abandonar su costumbre de vernos todos los días?

—No sé, Elvira... Quizás tenga que hacer un viaje.

—Y si usted se marcha y nuestra situación se hace más difícil por causa de las rarezas de mi marido, ¿quién me aconsejará?—exclamó la joven con verdadero espanto.

—Esperemos que esas rarezas cesen—contestó Rivagorza.

—Considere usted, amigo mío, que me es preciso el apoyo del único ser para quien Enrique no tiene voluntad propia...

¡El apoyo de Juan Rivagorza! ¿Y hasta qué punto podía servir á Elvira el apoyo de éste? Precisaba á toda costa averiguarlo, y á tal fin no había otro camino que saber con certeza lo que hablaron Enrique Celorio y Manolo Trijueque, pues en la conversación de ambos pensaba Rivagorza encontrar algo que le explicase la actitud de su amigo para con Elvira. Y como entre su voluntad y el acto de ponerla por obra mediaba poco espacio, plantóse inmediatamente en casa de Trijueque resuelto á tirarle de la lengua hasta que desembuchara.

Era Manolo Trijueque, como queda dicho, un profesional de la maledicencia. De todo hizo y á nada llegó. Fué especulador en la Bolsa, Agente de Negocios, contratista de obras, corredor de usureros, asiduo comensal de varios hombres po-

líticos y una porción de cosas más, en ninguna de las cuales dió golpe, porque en ninguna puso esa fuerza persistente que vence obstáculos y logra el triunfo. ¡Persistencia, propósito constante de seguir una sola senda! Prendas desconocidas para Manolo, que atribuía sus continuas derrotas á su negra suerte, y no se le alcanzaba cómo aquéllas más que de la adversa fortuna dependen del que no sabe, por falta de cordura ó por sobra de apresuramiento, conducir su vida por el cauce de lo posible y realizable. Era, pues, un fracasado, cuyo carácter al cabo de tanta desdicha hubo de agriarse con acidez maligna y rencorosa, porque, en su opinión, los hombres que le rodeaban, todos los de su época, falsos ó hipócritas, tenían gran parte de culpa de que él no hubiese tocado la cima de lo que creía merecer. De aquí le nació la envidia y el odio á cuanto ser humano juzgaba indigno del goce de que disfrutaba, cualquiera que fuese, y de aquí su afán maldiciente que sin poderlo remediar le rebosaba y se le salía por la boca no pudiendo guardarlo en su alma bellaca. Y por un fenómeno, desgraciadamente muy común, este hombre que á nadie dejaba hueso sano, y que en toda ajena falta fundaba sus burlas con malévolas frases ó ingeniosidades ofensivas, paseábase tan tranquilo, y hacíasele un hueco en la sociedad madrileña, sin que hasta aquel momento hubiera tropezado con un vengador que le cruzase

la cara con un par de buenos mamporros.

Grandes deseos llevó de dárselos Juan Rivagorza, como no le pusiese en claro lo sucedido entre él y Enrique Celorio.

—Como soy amigo de las cosas claras y sin rodeos, no quiero ocultarte que vengo á verte para que me cuentes lo que has hablado con Enrique—dijo Juan á Manolo Trijueque no bien se hallaron solos en el despacho de éste.

—Hombre... Me lo preguntas con un tono tan conminatorio que me pone en guardia—repuso el interpelado.

—Mira, Manolo... Estoy resuelto á saber la verdad á toda costa, y así te ruego que me la digas monda y lironda—duplicó Rivagorza con tal aire de firmeza que Trijueque se quedó un poco perplejo ante el temor de un lance personal con Rivagorza, cuyo carácter y arrestos conocía.

—Bueno—murmuró al cabo de un rato.—Procuraré complacerte.

—¿Fuiste tú en busca de Enrique?

—No. El me llamó.

—¿Con qué motivo?

—Verás. Yo no sé quién, quizás fuese Fernández Dimas, que es un mal bicho, le dijo á Enrique que tú y Peralta habíais tenido unas palabras en el Casino de las cuales podía resultar un encuentro. Celorio entonces se asustó, porque como es tan amigo tuyo y sabe que Rodolfo es un hombre temible...

—¡Bah!—interrumpió Rivagorza—un espartapájaros.

—El caso es que Enrique tuvo miedo de que te metieras en un lance con Peralta, y al saber que éste permaneció charlando conmigo después de la disputa, sospechó si yo sería el mediador y me citó en su casa para que le pusiera en autos de lo ocurrido.

—¿Y tú qué le dijiste?—preguntó Rivagorza.

—Pues yo... vamos, le referí el suceso.

—¿Sin quitar puntos ni comas?

—Claro... Le conté todo, pero sin dar importancia á la cosa, porque realmente no la tiene... Que se casa Morente con la de Piedralaves; que ésta anduvo en malos pasos con...

—Para, para los pies, Manolo, y no divaguemos—atajó Rivagorza.—Tú recordarás que se habló de las mujeres de vida airada que se casan y después de casadas son buenas y fieles esposas; que sobre esto hubo dimes y diretes y que yo saqué la cara, quizás con demasiado calor, por las supradichas, á consecuencia de lo cual le solté á tu amigo Rodolfo un desplante. ¿No fué así?

—Lo recuerdo perfectamente—respondió Trijueque.

—¿Se lo referiste ce por be á Enrique? He aquí lo que quiero que me digas.

—Hombre, ¿qué había de hacer para explicar á Celorio la causa de tu desplante?

—¿Poniendo en el relato la vehemencia de mis frases?

—Pero, ¿á qué diablos me vienes con esta especie de indagatoria, si todo ello no vale un comino...? Vamos, me lo explico... Sin duda Celorio ha creído que...

—No te adelantes á los acontecimientos. Manolo—interpuso rápido Rivagorza.—Celorio no ha creído ni ha dejado de creer, ni yo le he visto después de lo del Casino. Quedamos en que tú fuiste con el chisme á Enrique y le pintaste mi defensa recargando los colores...

—Chico... Me dices unas palabras tan duras que...

—Tómalas como te parezca, pero ten en cuenta que si me ocultas el menor detalle y yo luego me entero, te has de acordar de mí toda tu vida.

—Me estás tratando muy mal, y lo peor es que no tienes razón. La prueba más grande de que quiero servirte, porque soy tu amigo, es la tranquilidad con que escucho tus frases ofensivas, seguro de que cuando recapacites caerás de tu burro... Yo me vi obligado á contar á Celorio la verdad de lo sucedido, pero ni recargué colores, ni le hablé de vehemencias ni cosa que lo valga... Piensa que si le hubiese hecho un falso relato y luego tuviera él uno auténtico, sabe Dios á qué móvil habría achacado la mentira...

El argumento tenía visos probatorios, y como además Manolo Trijueque lo reforzó con tonos

de sinceridad y protestas de amistosa subordinación á los deseos de Juan Rivagorza, éste no tuvo más remedio que tomar lo que le daban, aun cuando abandonase el domicilio del envidioso llena de dudas el alma y con los mismos recelos que al comienzo de la conferencia. Recelos muy justificados, porque de haber podido penetrar en los cavernosos adentros de Manolo Trijueque, habríase percatado de la habilidad empleada por su dañina intención, para que Enrique quedase bien enterado del fuego que puso Juan en mostrarse paladín de las mujeres recogidas en el arroyo y luego colocadas por hombres mansurrones y complacientes en el sagrado del matrimonio, por donde el tal Trijueque lograba perturbar el suspicaz temperamento de Celorio, pronto á excitarse como un soplón diestro supiese moverlo. Y si de esta suerte conseguía que los dos amigos riñesen, ¡qué plato de gusto para el maldiciente! No había más que aplicar la mecha á los celos de Celorio, seguir con silencioso regodeo los efectos de la hoguera, ponerse pacienzudo al borde del camino y de seguro vería pasar destrozadas las víctimas de su mal proceder. ¿No formaban un trío feliz Juan, Elvira y Enrique? Pues que se chincharan y pagasen su felicidad... Y eso que no quiso sacar partido de que él, cuando la muchacha andaba por el mundo, la conoció con intimidades de uno de tantos, pues si se le antoja dar de ella pelos y señales, de cierto que

Celorio pasaría malísimo momento como llegara á hacerle creer, aunque fuese mentira, que en esas intimidades le hubo de otorgar Elvira gaudentes preferencias sobre todos los demás.

III

No era necesario tanto para que Celorio sufriese un agudo ataque de su nunca curada enfermedad. Los hábiles informes de Trijueque, maestro en levantar una polvareda de sospechas sobre un grano de arena, cayeron en su alma á modo de rayos de luz vivísima, y fué en su mente atando cabos y fundiendo hechos, cuya suma no cabría en el canto de un papel, pero que á Celorio hacíansele colosales á medida que la fiebre de los celos iba dándolos cuerpo de inconcusas verdades.

¿Cómo no percibió la afición que Elvira y Juan se tenían? ¡Preciso era estar ciego para no verla! Ello quizá fuese sin que ambos se dieran cuenta del mutuo afecto. Ello quizás hubiese crecido poco á poco, por modo inocente y ajenos los dos á hacer de tal cariño pecado irreparable; y, sin embargo, imposible negar que existía cierta callada correspondencia entre el hombre y la mujer, no más que con ahondar en los detalles de sus relaciones... Aquel em-

peño en no marcharse ningún día de la casa sin haber visto á Elvira; aquellos constantes elogios que Juan hacía de la joven á la menor ocasión que se le presentase; su mismo cuidadoso interés, á veces exagerado, por todo lo que con ella se relacionara, y el placer que Elvira parecía recibir de los asiduos homenajes de Juan, ¿no estaban diciendo á campana herida que él y ella iban empujados por una corriente de amor, de cuya fuerza impetuosa no se podrían evadir aunque lo intentasen y en tal intento pusieran toda su voluntad?

Esto por lo tocante á las pruebas morales, que en punto á las materiales ya había reunido un montón de ellas el tumultuoso pensar de Enrique Celorio... ¿Cómo fué...? ¡Ah, sí...! Viajaron juntos los tres. Iban á la feria de Sevilla y poco antes de pasar un túnel que hay cerca de Andújar, alguien hubo de decir que amenazaba hundimiento. Llegó el rumor á oídos de Elvira, y como notase que el tren, cuando entró por el negro agujero, caminaba con sospechosa lentitud, haciéndose el recorrido interminable, el pausado resoplar de la locomotora á quien el peligro parecía poner un freno, el brillo de las húmedas paredes que reflejaban los hachones de los obreros pegados al muro mientras los coches deslizábanse suavemente por los rieles, el andamiaje de madera, sostén de la bóveda, cuya pesadumbre quizás hiciera zozobrar en un instante tan frágil

defensa, de tal modo impresionaron á Elvira, y tan grande fué su terror al pensar que de allí no escaparían nunca más, porque el perforado orificio íbase estrechando bajo la mole de la montaña y obstruyendo la salvadora salida, que fué presa de un síncope del que no volvió sino al cabo de algún tiempo, merced á los cuidados de su marido y de Juan, sobrecogidos ante el tenaz desmayo de la muchacha. Y así que abrió los ojos, ¿para quién fué su primera mirada de gratitud? Para Rivagorza... ; Bien lo recordaba Enrique!

¿Pues y lo sucedido con la historia de la sortija?

¡Aquello sí que era concluyente! El regaló á su mujer, á poco de haberse casado, una sortija de zafiros y brillantes, y cuál su sorpresa cuando la víspera de San Juan, hallándose reunidos los tres por la tarde, entra el criado con un estuche que de casa de Ansorena traen á la señora de Celorio. Esta abre el estuche y en él aparece un anillo exactamente igual al que Elvira recibió de su marido, y apresúrase á ofrecerlo á Rivagorza como obsequio del matrimonio en recuerdo del inmediato día. Claro que al quedarse solos Elvira y Enrique éste le pidió explicaciones del suceso y ella, con la mayor naturalidad, hubo de dárselas, diciendo que Juan estaba encaprichado de la sortija, que deseaba una semejante y que en la creencia de satisfacer á los dos, porque conocía

la costumbre de ambos amigos de hacerse regalos mutuamente el día de sus respectivos santos, encargó el anillo sin que lo supiera Enrique para sorprenderles por tan delicada manera. ¿Que entonces le pareció perfecta la explicación de su mujer? Sin duda alguna... Pero ahora, bien meditado el sigilo con que Elvira hizo el regalo de la sortija que Juan no se quitaba jamás del dedo, al modo de esas pulseras que se ponen las mujeres y que se sueldan para no abrirse nunca, ¿no da lugar á la sospecha, á la certeza mejor dicho, de que si la casualidad no hace que el marido estuviera presente cuando llevaron la prenda, el anillo hubiese pasado á manos de Juan, quedando entre ella y él la tal dádiva en el más profundo misterio? ¿Y si la que ahora usa Juan es la que tanto tiempo llevó Elvira, para sentir, mediante este cambio, la constante presión de un objeto que estrechó la fina piel de la joven?

Pruebas todas seguras, concluyentes, de esas que no dejan el menor resquicio de duda y que al desdichado le sumían en la más grande confusión sin saber qué hacer, ni qué pensar, ni mucho menos explicarse cómo pudo producirse aquel tremendo conflicto. ¿Conflicto? Colosal, inmenso para un hombre como Enrique Celorio, en cuya alma luchaban dos contrarias fuerzas, la del amor que tenía á Elvira y á Juan y la de la profunda herida que ambos le causaban, haciéndole perder con aquel terrible golpe la felicidad so-

ñada y la alegría de vivir... Y cuando, predominante en su espíritu el poso de rencor que deja la infamia de que se es víctima, se le subían á la cabeza los vapores del odio de que no puede desprenderse quien se ve humillado y escarnecido, imaginaba venganzas cruentas y torturas infinitas contra aquellos únicos seres en quienes colocó todas las ternuras de su corazón; mas luego, al llegar ese decaimiento que va detrás del iracundo propósito, si no se traduce inmediatamente en un acto salvaje que tome cuerpo de crimen pasional, el buen Celorio quedábase fijo el ánimo y como paralizada la voluntad, pensando si sería suya la culpa por haber puesto tan cerca de Rivagorza una mujer para quien la idea del amor único y firme, que trae aparejada la de ser fiel, no es una idea madre nacida en la cuna y llevada al matrimonio sin vacilaciones ni dísticos.

Y si sus sospechas, trocadas ya en evidencias mediante su descabalado pensar, no pasaran de tales, permaneciendo en la sombra de lo indeciso; si todo ello fuese no más que una leve ráfaga de esas que tienen su origen en la intención y en ella se quedan, aún cabría la esperanza de atajar el mal; pero después de lo que le dijo Manolo Trijueque, ¿dónde el remedio...? Claro que el amigo parlero no le hizo afirmaciones concretas en punto á la complicidad de Juan y Elvira, que esas cosas nadie se las cuenta á boca de ja-

rro al marido burlado ó á dos dedos de que le burlen; y, sin embargo, en sus medias palabras, en ciertas afectadas indiferencias al tratar del cuidado que es preciso poner cuando en público se habla de mujeres y hasta en el tono de los velados consejos que se dan sin ser pedidos, bien echó de ver Enrique Celorio que Trijueque estaba completamente persuadido de su desgracia, y quién sabe si al par de Trijueque todo Madrid hallaríase al cabo de ella.

¿Y hasta dónde el desvarío de Juan y Elvira? ¿Habríanse asustado ante el grave delito? ¿Tuvieron quizás el escrúpulo pundonoroso, propio de gente honrada, que detiene y para el deseo brutal? ¡Ah...! ¿Y para qué saberlo? ¿Qué mucho la certeza si á Celorio le bastaba con el pecado de su pensamiento? De todas maneras urgía dar una solución al atroz problema, primero averiguando si el caso era ya del dominio público para tomar entonces el camino del desagravio ruidoso, y si ello no hubiera rebasado los límites de un *se dice* entre muy pocos, yéndose desde luego á la entraña del mal, y poniendo delante de la conciencia de ambos delincuentes su deslealtad é infamia, para que cada cual quedase en el lugar que le correspondiera, él como de prócer estirpe y ellos como villanos y mal nacidos.

Y aquí el oprimírsele el corazón y el achicársele las energías. ¿Obraría bien llevando el lan-

ce á sangre y fuego? ¿Qué especie de tortura es esa que desgarrá las fibras de lo más hondo cuando se piensa que aquellos labios de rosa, murmurantes palabras de amor en la intermitencia de un beso, de que uno se cree dueño absoluto y solo, son de otro hombre á quien quizá respondan con más verdadero placer y más exquisito entusiasmo? ¿No existe en esta profundísima pena un sedimento de amor propio que entenebrece el noble y levantado pensamiento? ¿Es duelo de los sentidos ó duelo del alma? Si duelo de los sentidos, su misma vil estofa pide á voces un soberano desprecio, como que arraiga en la parte animal que tiene todo ser humano; y si es duelo del alma, ¿cómo, dónde una venganza que imprima en el espíritu del ofensor la misma herida que recibió el ofendido...?

Al fin de mucho cavilar no hallaba en su desesperación Enrique nada que tuviese término satisfactorio. Desechados los propósitos de resonante castigo, impropios de la alteza de sus miras, había que discurrir la manera de que Juan y Elvira comprendiesen todo el inmenso valor de su noble carácter... ¡Castigo! ¿Para qué? Juan Rivagorza llevaría siempre sobre su conciencia, á poco que meditase, la pesadumbre de su falta, al ver con calma por cuán efímero y pasajero capricho hizo desgraciado para toda la vida al que se llamó hermano suyo, y en punto á Elvira... ¡Ah! Cuando Enrique Celorio traía á su mente

la imagen de la mujer idolatrada ya roto el nexo del amor y caído el vengativo impulso, nublabáanse los ojos cual si á ellos fuesen lágrimas que su varonil entereza represaba, pero que por dentro le escandecían... ¡ Tanto cariño, tanto cuidadoso interés, tanto volver la espalda á la pública opinión para dar á aquella prostituta hembra un nombre que la redimiese... y todo perdido en un momento... ! Juan, sin duda, un día, pasada la fiebre del deseo, vituperaríase su mal proceder... ¿ Y ella... ? Pudiera suceder que ella, si alguna vez repercutía en su recuerdo la fe que juró, quisiese tenderle los brazos y pedirle perdón, y esto precisaba evitarlo á toda costa, pues ni arrepentimientos ni promesas serviríanle para olvidar la ofensa que sólo con la muerte se acaba y esfuma.

Y el mejor medio de evitar escenas dolorosas y la ocasión de que Elvira volviese á él, dando lugar á que blanduras de la voluntad le obligaran á perdonarla, á pesar del fondo amargo que dejan estas reconciliaciones después del pecado, la más definitiva y radical medida era poner tierra entre ellos y él, irse á remotos países, donde nunca más supieran de Enrique Celorio; pero no sin dirigir á ambos una carta en que les expresara lo ingrato de su proceder y por cuán brutal modo le habían hecho desgraciado. Así se portaría él, desapareciendo y borrándose, como se borra y aparta lo que sirve de estorbo, y

así veríanse felices sin aquel ser viviente que estando cerca recordaríales siempre su inicua conducta... ¿Suicidarse...? No. Este último recurso del hastiado por desengañado no entraba en su organismo sensible. Joven aún y lleno de vida quizá pudiese, lejos del sitio de su pena, encontrar un lenitivo que poco á poco le calmara siendo á la par útil á sus semejantes. Bien claro veía que la rotunda solución de aquel conflicto no era escapar, cual se escapaban los que carecen de arrestos para romper todo linaje de nudos con mano dura y fuerte, sino morir valientemente, puesto que renunciaba á vengarse de los infames y tenía el firme propósito de mostrarles la magnitud de su generosidad. Y sin duda alguna al llegar á noticia de los culpables su muerte, dada por propio impulso, el horror del suceso moveríales á separarse, porque se levantara entre ellos la imagen del suicida, fantasma acusador que helaría su sangre y retorcería su conciencia; pero este colmo de altruismo pueril considerábalo ridículo y de un género romántico rayano en folletinesco, y daba su preferencia al alejamiento total y absoluto.

Sí. Esto lo más eficaz. Por lo pronto decidí no volver por su casa, porque le resultaba intolerable verse frente á frente con Elvira. ¿Qué iba á decirle? Indiferencia no la podía mostrar, y echarle en cara su delito parecía algo como darle pie para la disculpa, y tras la disculpa las

lágrimas y tras de las lágrimas el perdón, que sólo se puede otorgar con la prueba inmediata y concluyente, de esas que traen luz clarísima y truecan la duda en confianza... Nada de entrevistas enojosas. Alojaríase en una casa de huéspedes, la más modesta que hallase y muy apartada del centro para que no le encontraran si le buscasen: al día siguiente haría efectivos varios créditos á su favor de fácil cobro, y con su importe, más el saldo de su cuenta corriente en el Banco de España, que sumaba una crecida cantidad, bastábale para irse á Cádiz y desde allí á Buenos Aires donde reanudaría antiguas amistades y negocios, pues aquellos de España en que Juan Rivagorza y él estaban unidos eran de largo plazo y no pedían su presencia. Y si el amigo infiel los liquidaba con ganancia mejor que mejor: así su producto añadiríase al dinero que pensaba dejar á Elvira para que á ésta jamás se le pasase por el pensamiento la idea de que al huir la abandonaba sumiéndola en triste desamparo, en el caso de que Juan se muriese ó cansado de ella cortara el frágil lazo. ¿Cuándo escribiría las cartas á él y á ella, despidiéndose para siempre y expresándoles en cuatro palabras el motivo de su partida? Pues así que hubiera recogido sus fondos, á la mañana siguiente, ya instalado por breves horas en la casa de huéspedes. Unas cuantas líneas que el correo interior se encargaría de llevar á su destino,

y después en un automóvil de alquiler á Getafe, á esperar el paso del primer tren que fuese á Andalucía.

Hechas estas reflexiones y trazado el plan que Enrique Celorio fué forjando en su cabeza durante un largo paseo que dió por la Moncloa, y habiéndose jurado no romperlo ni modificarlo por nada ni por nadie, arrojando de sí toda clase de ternuras como se arroja la flaqueza que puede conducir á la pérdida del honor y al rebajamiento del ser moral, dirigióse á Madrid y se internó por las calles y callejuelas de los barrios bajos en busca de la vivienda donde aquella noche diera descanso á su rendido cuerpo.

Eran las siete de la tarde. La hora del retorno á su casa, á recibir los pérfidos halagos de la deliciosa mujer que siempre le acogía con una dulce sonrisa y á quien consideraba desde aquel punto muerta para él... Entonces sintió un agudísimo dolor dentro del pecho cual si se desgajara y separase de su persona la parte donde residen todos los afectos, y pensó con envidia en las torturas que laceran el cuerpo y dejan serena el alma.

IV

A la una de la tarde llegó á Juan Rivagorza la carta de su amigo. Habíase acostado de madru-

gada porque la ausencia de Celorio con quien tenía costumbre de reunirse en el Casino casi todas las noches, con excepción de aquellas consagradas por Enrique á acompañar á Elvira, y los pensamientos inquietantes que le atarazaban le desvelaron y prolongó su estancia en el club más de lo regular, dado que era metódico y poco trasnochador.

Incorporado en su lecho tomó los papeles que el criado le ofrecía en una bandeja y aún soñoliento empezó á repasarlos apartando los que juzgó sin importancia; mas al ver, entre una esquila de defunción y varias tarjetas, su nombre escrito por la mano de Enrique en un sobre ordinario, tan diferente de los que aquél usaba, le dió un vuelco el corazón, arrojóse de la cama, se vistió apresuradamente, abrió de par en par las entornadas maderas para que penetrase bien la luz del día, y antes de rasgar el nema se puso á contemplar aquella carta con la indecisión del que prevé un mal y teme enterarse de él. Al fin se decidió á leer la misteriosa carta y cuando la hubo recorrido de punta á cabo quedóse petrificado y yerto como si no comprendiese lo que Enrique en ella le decía... ¿Pero aquel hombre habíase vuelto loco? ¿Hasta semejante extremo de desvarío influyeron en el espíritu de Celorio las malévolas insinuaciones de Manolo Trijueque? ¿Era posible que la ridícula manía de los celos hubiera por modo tal perturbado á Enrique,

al punto de creer que él y Elvira...? ¡Y pensar que Juan Rivagorza, en cuya historia no existía el más pequeño atisbo de deslealtad, iba á poner en olvido su honrado nombre y á inferir al amigo del alma tal ofensa... Algo sospechó á raíz de su conversación con Elvira, cuando ésta le refirió la despegada actitud de Enrique; pero jamás pudo imaginar que aquello pasara de ligerísima nube de esas que apenas nacen y al instante mueren. Y entonces fué su resquemor por lo que pudiera haber molestado á Celorio, comentada en público, la mezcla de Elvira entre las mujeres que del lupanar salen para el matrimonio... ¡Vamos... si era cosa de coger á Trijueque y cortar-le la indecente lengua y después decirle á Celorio cuatro frescas para curarle del todo su pasión villana...! ¡Pues no decía el muy infeliz que se expatriaba para que Juan Rivagorza y Elvira se entregasen á su amor libremente? ¡Qué amor aquél si aun cuando era ferviente admirador de la joven, por lo correcto de su conducta y por el cariño que mostraba á Enrique, jamás pensó en ella con delectación pecaminosa? ¡Acaso no estuvo en su voluntad tomarla para sí la noche que la conoció y, sin embargo, dió su preferencia á la otra...? Y, sobre todo, las sospechas injustas y absurdas de Celorio le llegaban á lo más vivo de sus sentimientos, porque valían tanto como desconocerle y medirle por el mismo rasero con que se mide á los hombres sin pizca de vergüenza

ni átomo de aprensión... ¡A él que consideraba cosa intangible y sagrada la mujer ó la querida del amigo...! Cierto que hubo un momento en que se le ocurrió espaciar sus visitas á la casa de Celorio, ó quizá no poner más en ella los pies ante el temor de que el recelar de Enrique hiciese una de las suyas, pero aquella estúpida salida, francamente, no la esperaba ni podía caber en otro magín que en el desequilibrado de Celorio.

Urgía, pues, buscarle y dar con él aunque se escondiese siete estados bajo tierra y así que le hallase, que le hallaría—¡vaya si le hallaría!—decirle barba á barba que quien se marchaba para no verle jamás por imbécil, por majadero y hasta por peligroso, era él, Juan Rivagorza, que no permitía que nadie, ni el mismo Enrique, dudase de su caballerosidad. Y si la tozudez de Celorio obligábase á romper con él, á fe que rompería, para evitar que la antigua cariñosa unión se convirtiera en feroz enemiga.

Salió Juan á la calle, en un santiamén se plantó en el Casino, cogió un automóvil y se echó á indagar el paradero del celoso en todas partes menos en su casa, pues bien se le alcanzaba que habría desertado del domicilio conyugal y que al par de su carta otra semejante dirigió Celorio á Elvira. ¡Y á qué sitio encaminar sus pasos...? ¡Ah, qué idea! Al Banco de España. Allí tenía Enrique su dinero, allí podía hacer de una letra ó documento parecido que le pusiera sus fon-

dos en donde se le antojase y allí tropezaría con él ó le darían noticias suyas... Desgraciadamente sus pesquisas por esta parte fueron inútiles. En el Banco estuvo, y cobró un cheque y se fué. Algo mohino por este primer fracaso Juan recorrió entonces los principales hoteles de la capital, sin encontrar en ninguno el menor rastro de su amigo. Quedábanle las casas de viajeros, y ante su número infinito Juan Rivagorza hizo un momentáneo descanso para imaginar la manera de informarse en ellas sin visitarlas una por una, tarea imposible para ser realizada antes de que llegasen las horas de salir los trenes diversos que parten de Madrid, en uno de los cuales de fijo se marcharía Celorio. ¡Los trenes! ¡Y qué tren el escogido por Enrique? ¡Y cómo encontrarse él al mismo tiempo en todas las estaciones no poseyendo el don de la ubicuidad, *oblicuidad* que decía el famoso banquero Fernández Dimas...? Entonces se le vino á las mientes el recurso de acudir al Gobierno civil, donde se reciben los partes diarios que con los nombres de los viajeros entrantes dan los dueños de casas de huéspedes y fondas de mayor ó menor fuste. Precisamente el gobernador era íntimo suyo y le facilitaría la lista que deseaba. Pues al Gobierno civil á escape, y teniendo en su mano el dato de las personas que durante el día anterior se alojaron en los diversos puntos que ofrecen albergue, por poco ó mucho precio, mala suerte la suya si

no echaba la garra sobre Celorio, aunque hubiese cambiado de nombre. ¡Y como le encontrara...!

Pero la buena estrella que protege y gufa á los que se dedican á la busca y captura de sus semejantes y que suele iluminar á la Guardia civil, las más de las veces, no quiso dar luz á Rivagorza, quizá por no pertenecer al benemérito Cuerpo, y aun cuando husmeó é indagó en muchas de las casas que en el Gobierno le indicaron, así le dieron razón de Enrique Celorio como del Preste Juan de las Indias. Y si en una de las susodichas casas cayó sobre un individuo cuyas señas personales parecían coincidir con las del prófugo, luego resultó ser un tratante en ganado que se asemejaba al marido de Elvira de la propia suerte que se asemejan un huevo y una tartana... ¡Las seis de la tarde y sin dar con la deseada pista! ¡Qué hacer? ¡A qué santo encomendarse que le facilitara el hilo conductor al escondite de Celorio...? Y á todo esto ¡qué sería de la infeliz Elvira...? A pesar de lo arriesgado que era ir á verla y mucho más después de las sospechas de Celorio, por si algún espía á sueldo de éste le vigilaba, parecíale inhumano abandonar en su dolor á la pobre mujer, seguramente tan sorprendida como él ante la descabellada decisión de Enrique.

V

¡Sorpresa! Más que sorprendida muerta de pena. Juan Rivagorza estuvo en lo cierto. Las cartas de Celorio á su destino llegaron casi al mismo tiempo. Elvira la esperaba, ó al menos algo que le diera noticias de su marido, que por primera vez desde su casamiento con la muchacha pasó la noche y la mañana siguiente sin enviar un aviso que tranquilizase á la atribulada esposa. Siglos se le hicieron los minutos que iban cayendo, con desesperante andar como si fuesen gotas de hielo que caían sobre su corazón. Nunca se acostaba Elvira hasta la llegada de Celorio, cuya ausencia nocturna limitábase á las doce ó doce y media, á lo sumo; pero cuando la campana del reloj sonó la una la invadió el miedo de que á su marido le hubiese ocurrido alguna desgracia, y llamó al criado para que á todo escape se dirigiera al Casino y allí preguntara por el Sr. Celorio... ¡El Sr. Celorio no había parecido por el Casino...! Entonces pensó la joven mandar el sirviente á casa de Rivagorza donde quizá supiesen de Enrique: un momento estuvo dando vueltas á esta idea y al fin desistió de ella por lo intempestivo de la hora. El reloj daba en aquel instante dos campanadas... y lue-

go tres... y luego cuatro y á medida que vibraba el timbre metálico vibraban también los nervios de la desdichada mujer con estremecimientos de desesperanza, porque veía á su marido víctima de algún horrendo crimen, figurábasele borrado ya del número de los vivientes, imaginaba todo, todo menos la triste, la desconsoladora realidad.

Vacía la cabeza de recursos á que acudiese se asomó al balcón, creyendo que de esta manera Enrique llegaría más presto, si al fin llegaba, y cada vez que se acercaba hacia su puerta uno de los pocos coches que á las altas horas circulan por Madrid antojábasele en el fondo del vehículo la figura de Celorio, la noble figura del hombre adorado á quien habría de reñir dulcemente, con riña amorosa para que de ella y de su inmenso sufrir tuviera lástima y nunca más la hiciese padecer... Ahí está, ese es, de fijo—decíase alegre;—pero el coche pasaba de largo y con él las ilusiones de un instante...

Cuando la tenue luz del alba iluminó el hechicero rostro de la joven ésta cerró el balcón, entró en su tocador y se sentó en una butaca, la cabeza sobre el pecho y desmayados los brazos; mas como al cabo de largo rato de postración inconsciente levantara los ojos y viese en un ángulo de la pieza el reclinatorio que la regaló el cura que á ella y á Enrique echó las bendiciones, antiguo amigo de la familia de Celorio, quedóse suspensa mirando al mueble de roble ta-

llado, y como preguntándose para qué servía aquel objeto... ¡Ah, sí! Aquel mueble servía para rezar, supremo recurso de las mujeres sin ventura cuando piden al cielo el milagro que no hallan en la tierra! ¿Y por qué no rezaba ella...? En verdad que no lo tenía por costumbre, pues los escasos hábitos religiosos que adquirió en su pueblo con la desastrada vida que hizo fuéronsele poco á poco, y Enrique no tuvo cuidado de avivárselos; pero ahora sí, ahora surgían en ella de repente los recuerdos de niña, cuando su madre la llevaba á la iglesia, y la oración preferida y hasta su santo titular que si perdonara su largo olvido, en gracia de compasión, quizás, la sonriera y amparase, haciendo que tornara á su seno amante el hombre sostén de su alma y dueño de su existencia... Y entonces cual si de pronto adquiriese las energías que le iban faltando á fuerza de llorar y destrozarse el alma, se levantó de la butaca, hincó las rodillas en el almohadillado mueble y lentamente, trayendo á la memoria palabras piadosas, ya en un rincón de ella casi perdidas por desusadas, rezó con el fervor del neófito, con la buena fe del que espera la altísima dádiva por méritos de la sentida súplica... Pero si la súplica llegó no hicieron caso de ella, porque durante el largo rezar y gemir de la joven nadie tocó á su puerta para decirle la causa de aquella inesperada fuga.

Inútil la plegaria que el cielo, sin duda, des-

deñaba, y forjando en su mente motivos que luego explicarían la ausencia de Enrique por modo natural, vió Elvira correr el tiempo sin lograr un instante de reposo. Y ya entrada la mañana despachó su criado á casa de Rivagorza, el único, de seguro, que sabría de Celorio... Pero el criado dió pronto la vuelta diciendo que D. Juan había dispuesto que nadie interrumpiese su sueño, á no ser el mismo D. Enrique quien fuera á buscarle. Respuesta que aumentó la inquietud de Elvira, pues parecía significar por parte de Rivagorza así como deseo de ver á su amigo, prueba clara de que la noche pasada no estuvieran juntos. No le restaba sino aguardar que los acontecimientos viniesen á sacarla de aquel suplicio interminable, y al fin llegaron en forma de una carta que Elvira leyó varias veces, porque á la primera se le escapaban los conceptos y trastrocaba las palabras. Y la carta decía:

“Elvira: sé que has entregado tu corazón á otro hombre y que ese hombre es aquel á quien yo juzgué mi único amigo, más aún, mi hermano. El dolor que esta certeza me produce nunca, por mucho que reflexiones, lo podrás comprender, porque te he querido y te quiero como jamás pudiste soñar. Y tanto, tanto te adoro que estando en mi mano y en mi derecho destrozarte por infiel y perjura, prefiero marcharme y abandonar á ¡mi amigo! la felicidad que creí solamente mía. No hay otra solución. Así medi-

rás el cariño que te tengo por el sacrificio que hago. Ya no nos volveremos á ver. En el Banco de España, y depositada á tu nombre, queda una cantidad en títulos con cuya renta tienes lo suficiente para vivir vida modesta. El resguardo va adjunto. Y adiós, mujer que fuiste mía: mujer con quien fuí el más dichoso de los nacidos hasta que entre los dos se interpuso aquel de quien no me es posible tomar venganza, por temor de que al herirle á él te hiera á ti también. ¡Mira cómo es el hombre que pierdes!

ENRIQUE”.

Al terminar la lectura de la carta de su marido le pareció á Elvira que á sus pies se abría un abismo infinito. Si ella pudiera traerle á sus brazos, hablarle con el sincero lenguaje de la verdad y que viese en sus ojos lo más recóndito de su ser todo, convenceríase el obcecado de lo absurdo é injurioso de la sospecha; pero aquellas líneas secas y terminantes no daban lugar á concebir esperanzas... Enrique no tenía razón, era injusto y cruel, la venda de los celos le cegó y, sin embargo, ni la infidelidad ni el perjurio tan por fuera y extraños al hondo querer de la joven despertaron la celosa pasión de Enrique... No. El acicate instigador de aquel desvarío fué la vida pasada de Elvira, su triste historia imborrable durante la cual, á juicio de Enrique, sin duda, ella había perdido toda noción de vir-

tud y honradez que el matrimonio, que da un cariño tranquilo, no pudo reconstruir y fortalecer... Bien lo comprendía entonces la muchacha y así pensó, á poco de reflexionar en su angustioso estado, que era de aquellos que no tienen compostura ni remedio... ¡Amores ella con Rivagorza, tan leal, tan correcto, tan pundonoroso! ¿Qué motivo hubo para que semejante infamia cruzase por el pensamiento de Enrique? Si le recibió afectuosa, de Enrique la culpa... Si no puso en reparo sus diarias visitas, por dar gusto á Enrique fué... ¿Dónde, pues, el fundamento de aquella certeza que expresaba la carta?

¡*No hay otra compostura*, decía el papel en mala hora escrito! ¡Vaya si la había! Solución rotunda, eficaz, absoluta... La única que le quedaba, pues ido el hombre adorado y roto para siempre el porvenir y deshechas las ilusiones de una vida feliz, ¿á qué conservar la suya...?

En estas ideas hallábase la joven, sobre las cuales volteaba su mente madurándolas y buscando la manera de encontrar medio rápido y seguro de darlas término, cuando se presentó ante ella Juan Rivagorza, que venía desalentado de sus infructuosas investigaciones.

—Perdóneme usted, Elvira, que me presente en su casa donde nunca debí poner los pies, pero la gravedad de las circunstancias lo exige... ¿Ha recibido usted alguna noticia de Enrique?—la dijo.

—Esta carta. Léala usted—respondió la joven.

—¡Me lo figuraba...! Poco más ó menos como la mía... ¿Y después?—continuó interrogando.

—¡Después nada!—murmuró Elvira.

—Su marido de usted ha perdido el juicio... No tiene otra explicación su conducta... Yo le he buscado por todas partes... He hecho horrores por encontrarle y todo inútil.

—Y ¿qué hacer?—habló la muchacha.

—Qué sé yo... Estoy desesperado... Daría cuanto poseo porque ese imbécil cayera en mis manos, y á fe de Juan Rivagorza que le había de sacar del cuerpo los celos.

—¡Ya es tarde!—dijo Elvira.—¡Mi situación es horrorosa! ¡No tengo fuerzas para soportar golpe tan tremendo!

—Y sobre todo tan arbitrario y tan ofensivo para mí.

—Y para mí tanto como para usted—corrigió al punto la joven.

—Para ambos, Elvira, para ambos, que hemos guardado á ese majadero la adhesión y el cariño que creímos se merecía... Pero ¿á qué hablar de semejantes cosas si ni usted ni yo tenemos nada que reprocharnos...? Sólo la duda me saca de quicio... Vamos á lo importante... Usted que conoce mejor que yo las amistades que pueda tener Enrique y los sitios donde va, ¿no se le ocurre nada...?

—No se me ocurre nada—contestó Elvira.

—Algún indicio, cualquier cabo suelto...

—Nada.

—Si Dios le tocara en el corazón y volviera—
exclamó Rivagorza.

—No volverá—suspiró Elvira.

—Y si no vuelve, ¿qué va á ser de usted?—
interpuso Juan, á quien la postración de la jo-
ven inspiraba serios temores.

—No se preocupe usted de mí... He perdido
toda esperanza de ver más á mi marido y sé
cuál ha de ser mi suerte—repuso Elvira con voz
apenas perceptible.

—Eso no, Elvira. El que vive espera y nos-
otros vivimos... ¡Qué diablo! No hay que echar-
se tan pronto en el surco... Además tengo mi
plan, que ya he puesto por obra, y si no me sale
bien, otro me saldrá.

—¿Cuál?—preguntó anhelante la muchacha.

—Verá usted—dijo Rivagorza.—Enrique se
encuentra todavía en Madrid... De esto no me ca-
be duda... De ausentarse esta noche ha de ser
en cualquiera de los trenes que salen entre la
hora de ahora y las nueve... Pues yo he envia-
do á cada una de las diferentes estaciones per-
sona de confianza y que conoce á Celorio, sólo
con el encargo de que al verle le entregue una
carta mía, de que he hecho varias copias, y yo
aseguro á usted que como lea lo que le escribo,
que lo leerá, se viene inmediatamente á buscar-
me al Casino que he constituido en mi centro

de operaciones... ¿Qué le parece á usted el proyecto?

—Me parece bien... Pero ¿y si Enrique ha tomado sus medidas para marcharse por otro medio que no sea el del ferrocarril?

—¿En qué funda usted esa sospecha?

—En el deseo que tendrá de que no siga nadie su pista.

—Tiene usted razón... ¡Es una idea...! Se busca un auto, se le paga espléndidamente, corre que se las pela... Voy á ver si también por aquí le corto la retirada—dijo Rivagorza y se preparó para salir.

—Un momento—interpuso Elvira.—Yo espero aviso de usted hasta las once de la noche. Si á esa hora no lo he recibido es señal de que su plan ha fracasado.

—Nos queda el día de mañana, aunque nada adelantemos hoy, porque yo no abandono la partida—repuso Juan.

—Todo en balde, amigo mío. Enrique ha desaparecido para siempre... Me lo dice mi corazón... Agradezco en el alma su interés y sus esfuerzos, pero algo que no sé explicar me está diciendo que no veré más á mi marido—y aquí la joven no pudo contener su llanto doloroso.

—Vamos, Elvira... Tranquilícese usted... Confíe en mí... Ahora perdone usted que la deje... Hay que aprovechar los minutos... En vez de enviarle un aviso, yo mismo vendré...

—No... No venga usted más y perdone la prohibición... Sus visitas á esta casa...

—Es cierto, Elvira... Aun la que acabo de hacer á usted no debiera haberla hecho; pero yo cuidaré de que la menor noticia llegue á usted inmediatamente.

—Hasta las once aguardo y... adiós, amigo mío —y al pronunciar Elvira su última palabra puso en ella acento tan extraño que Rivagorza se quedó perplejo y como si en el instante de estrechar la mano que la joven le tendió, y que él tomó entre las suyas, hubiese circulado por todo su cuerpo una conmoción eléctrica que le tuvo unos cuantos segundos sin saber qué decir. Por fin se arrancó del lado de la encantadora muchacha, llevándose la pena de no poder darla consuelo y la inmensa piedad que por ella sentía.

VI

En una modesta habitación de la casa de huéspedes que encontró en la calle del Amparo, buscada adrede muy lejos de su domicilio, hallábase Celorio lleno su pensamiento de cavilaciones. Había escrito las cartas á Rivagorza y á Elvira, arreglado sus asuntos lo mejor que pudo y todo dispuesto para escapar, pero en el instante del

arranque supremo le entró ese desmayo de la energía que sienten los que arriesgan el resto de su fortuna á la vuelta de un dado... ; Renunciar para siempre á la mujer amada ! ; Romper su metódica existencia ! ; Despedirse de sus tranquilas costumbres y buscar en extraños países lo que de seguro no podría conseguir ! ; Y sin tener dentro de sí algún ideal de esos que empujan la voluntad y despejan el cerebro... ! ; Ideales... ? ; Pesimismo y negruras nada más en el horizonte de su nueva vida... !

¿ Y qué habría hecho Elvira al leer su carta ? ; Quizá derramar una lágrima ? ; Quizás alegrarse... ? No, alegrarse no, por muy duro que tuviese el corazón y por muy grande que fuese su amor á Rivagorza, que no en vano se pasan los años al lado de un hombre cuya abnegación rayaba en lo sublime... Y si por la mente de Elvira cruzó una ráfaga de piedad cuando recibió el golpe, ¿ cuál su estado en aquel punto ? ; cómo su delicada naturaleza soportó el castigo, no por incruento y ajeno á las vulgares venganzas menos duro y fuerte... ? ; Ah ! Si ella y Rivagorza estuvieran no más que en los pródromos del pecado ; cuán enorme la pena de la infeliz mujer y cuán desproporcionado el correctivo !

Así pensando Enrique Celorio, como si le moviese una fuerza más potente que su voluntad, abandonó la casi posada y poco á poco se encaminó á su casa, y al llegar frente á ella quedóse

contemplándola, clavados los pies en el suelo, en tremenda lucha consigo mismo y sin resolverse á tomar un partido. Miraba el balcón del gabinete de su mujer, al través de cuyos cristales veíase luz, y luego la puerta no cerrada aún... Al poco rato creyó reconocer á la doncella de Elvira que saliendo precipitadamente íbase calle arriba... Sí, la doncella de su mujer era... ¿Dónde iría? ¿Por qué andar á escape cual si fuera la cosa urgentísima? ¿Tan tarde...! Como que estaba al caer la media noche... ¿Qué habría sucedido que obligase á la sirvienta á aquella carrera loca?

Lo más funesto que podía suceder. Hasta las once esperó Elvira noticias de Rivagorza y cuando al sonar la hora convenida vió que aquél no daba señales de su persona, persuadióse de que Enrique, cumpliendo lo manifestado en su carta, estaba ya lejos de Madrid y para siempre. Entonces decidió rotundamente aquello que su decaído y roto espíritu estuvo poco á poco fraguando... ¿La solución! ¿No había otra que desaparecer del mundo, y marcharse de él con valor, con el coraje de quien no tiene en lo que le reste de vida estímulo alguno que le mueva á amarla...! Y ¿cómo encontrar la manera de que el tránsito de lo terreno á lo infinito fuese rápido y sin los estremecimientos de una dolorosa agonía...? Mucho pensó Elvira en ello y al fin dió con lo que buscaba... ¿Qué torpe! ¿Si el medio lo tenía al

alcance de su mano! ; Si unos días antes lo leyó en un periódico...! Meses atrás estuvo enferma su doncella de fuertísimos dolores neurálgicos, y para calmarlos recetó el médico inyecciones de morfina que Elvira aprendió á suministrar... Pues con propinarse ella misma tres ó cuatro, ya que en la jeringuilla sólo cabía una pequeña dosis del líquido, punto concluído, dado que el doctor la explicó los efectos tóxicos é inmediatos del medicamento... Y así lo hizo. Sacó el veneno del armario donde lo guardaba, se lo inyectó con firme pulso, luego tendióse en su lecho poniendo altas las almohadas y cruzando los brazos por debajo de su gentil cabeza, y después de murmurar sus labios el nombre del ser querido, como para enviarle así su postrer aliento, cerró los ojos cuya luz iba pronto á apagarse y tranquila esperó la muerte... Cuando entró la doncella en la alcoba á colocar sobre la mesa de noche el vaso de agua habitual, quedóse sorprendida al ver á su señora acostada sin haberse desnudado y tan pálida que parecía de cera. Acercóse á ella, la llamó, movió su cuerpo y presa entonces de un terror pánico huyó de la habitación, puso en alarma á la servidumbre y saltó á la calle en busca de D. Juan Rivagorza, el amigo íntimo de los señores de Celorio, el único varón que, excepto el médico, entraba en aquella casa como si fuera la suya propia...

Con velocísima carrera venía un automóvil ha-

cia la casa de Enrique. Al llegar á la puerta arrojáronse del vehículo un hombre y una mujer. El hombre era Rivagorza, bien le conoció Celorio acechador aún de su casa, y la mujer la doncella de Elvira... ¿Quizás ésta le llamase? ¿Tanto le urgía verle que no aguardaba al día siguiente? ¡Con premura despreciadora del escándalo...! Pues ante desfachatez tan inaudita imponíase la necesidad de entrar y colocarse iracundo frente á los culpables... Y Enrique Celorio penetró en el portal, salvó de un tirón los escalones, porque el ascensor le pareció demasiado calmoso, y metiéndose por aquella casa cuya puerta halló de par en par, sin que nadie le cortara el paso ni escuchar el más leve ruido entró en la alcoba de su mujer y vió... vió á Elvira tendida sobre aquel lecho que recibió á ambos en días felices, ya junto al cuerpo los mórbidos brazos, que Juan hubo de desenlazar, cerrados los ojos, marmóreo el rostro y exangües los labios, los labios de color de rosa que tantas veces se ofrecieron amantes á las caricias del celoso.

A los pies de la lujosa cama estaba llorando la doncella y á un lado Juan en callada contemplación de la muerta. Pero cuando Rivagorza notó la presencia de su amigo, quien ante la espantosa realidad permanecía estático y mudo de terror, apartó su pensamiento de la desdichada mujer, y clavó en Celorio su vista durante breves segundos, como queriendo enviarle en su in-

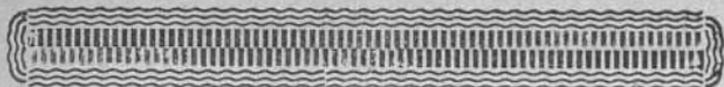
tensidad todas las recriminaciones que dentro de su mente bullían y se agolpaban...

—Mira, ahí la tienes—exclamó al fin con voz iracunda y bronca.—Esa es tu obra... La obra de la pasión villana y ruin de los celos.

Después, sin pronunciar una palabra más, salió.



LA VENGANZA
DE ELVIRITA



I

LA pena no le cabía en el cuerpo á D. Eme-
terio Cima y Juanco. Verdad era que el
traspaso de su establecimiento de Ultramarinos,
“La Probidad Trasmerana”, hízolo por su gusto
y después de muchas cavilaciones y no pocos des-
velos; pero al fin hubo de decidirse, y á él se
arrojó con el firme propósito de dar al más com-
pleto olvido aquel comercio que empezó á los
veinte años de su existencia terrena y acababa
ahora á los cincuenta, bien corridos y maduros.
¡Tantos días pasados detrás del mostrador, en
cuyo cajón fué reuniendo, una en pos de otra,
las innumerables pesetas que hoy constituían su
redonda fortuna! Precisaba, sin embargo, des-
pedirse del afán comerciante. La vida sedenta-
ria trájole peligrosos humores. Las sales del ba-
calao, el polvillo del arroz y los miasmas del al-
macén, abarrotado de tan diversos comestibles,
atarugaban su respiración, cada vez más difícil.

tosa. El exacto cumplimiento de sus deberes profesionales, como pago de letras, oportuna provisión de mercancías, y cuanto tocaba al orden y método de "La Probidad Trasmerana" iba descabalandando sus potencias cerebrales, y si no seguía el consejo de los médicos, que le recetaban alejarse á escape de aquel trajín y estarse con el padre quieto, bien comido, bien dormido y mejor servido, veríase camino del cementerio en menos que se persigna un cura loco.

Por tales potísimos avisos, y temeroso de irse prematuramente al otro mundo, acerca de cuya cómoda estancia tenía sus dudas, resolvió don Emeterio Cima y Juanco hacer punto y aparte en su oficio, y dedicarse á la holganza dorada, ya que sus fincas montaÑesas y su papel del Estado permitíanle, mediante crecida renta, un ancho vivir si por la cabeza se le pasara codearse con los pudientes.

Las angustias y congojas que el buen hombre sufrió los días predecesores á la entrega de su establecimiento, no son para contados de puro infinitos, que no se abandona tan aína un lugar donde hasta los más nimios objetos parecen retener, con mudas manifestaciones de cariño, al que allí los colocó y con ellos hubo de connaturalizarse. Y así fué que veinticuatro horas antes de la total separación encerróse solo en la tienda, encendió los aparatos eléctricos, se sentó en una silla y se puso á mirar, triste y barbicaído, aque-

llos pedazos de su alma, que en breve pasarían á otro dueño. Ciertamente la miel encerrada en blancos tarretes no era del Taygeto sino de la Alcarria, ni los sabrosos higos del monte Ythome, sino de Fraga, ni las pasas de Zazynto, sino de Málaga, ni las gordas aceitunas de Atenas, sino sevillanas, ni las ostras escabechadas del propio Lucrino, sino de origen gallego, ni los vinos, color de topacio, de Creta, sino de los famosos Moriles; pero, en cambio, allí tenía un queso de Gruyer, cuyos ojos hacíanle elocuentes guiños, una manteca de León que se derretía sólo con la mirada, un champagne español competidor del de la famosa Veuve, un Jerez N. P. U. que hubiera resucitado los muertos si lo pudiesen oler, unos embutidos pamploneses de roja y reluciente fibra, y otros mil productos de la comestible industria patria, ultra superiores, aunque nada ultramarinos, amén de los garbanzos de Fuente Saucó y de las habichuelas valencianas, todo lo cual Don Emeterio Cima contemplaba como si acabase de salir de sus entretelas y quisiera anegarlas y fundirlas en sus abundantes lágrimas. Cada artículo tuvo su plañidera despedida, cada envoltorio su adiós luctuoso, cada escaparate su postrer saludo, y hasta el botamen recibió la lánguida mirada del que se iba para no volver.

Y ¿quién se haría cargo de aquellas riquezas que, al par de sacarlas el natural y legítimo provecho, á él le dieran, á guisa de prima emergen-

te, el beneficio del buen nombre y de la numerosa clientela que le traspasaba? ¿A su paisano Juan Laporta, que ejercía de segundo en casa de "Los Pasiegos"? De ninguna manera, porque Laporta era gastoso de suyo, y este defecto avenía mal con la condición económica de D. Emerterio. ¿A su amigo Roque Peralbo, recién venido de la tierra, y que se le presentó con carta de recomendación del Alcalde de Trasmiera? Ni pensarlo, pues el tal sujeto á poco de llegar á Madrid tomó ciertos aires de guapetón, y hubo de aficionarse más de lo justo á la gente de rompe y rasga, con lo cual consumió los escasos reales que trajo para ir tirando mientras le venía empleo. ¡Un hombre que aún no asaba y ya pringaba en la chulapería madrileña, usando sombrero cordobés y adornándose la testa con engomados aladares! ¡Quita allá...! ¿Endosaría "La Probidad Trasmerana" á Romualdo Centolla, corredor de vinos manchegos, que en varias ocasiones le echó indirectas para que le tomase por socio? Buena persona el Romualdo, formalote y querencioso á la faena y nada tonto, pero dábale el lujo de una querendaja, por cuya canal marcharíanse las pesetas apenas se contemplase con moneda abundante, y no ahorraría ni para pagar el cánón anual de la cesión... ¿A quién, pues, nombrar sucesor suyo que reuniese aquellas condiciones ideales que fraguaba su exigente deseo? Y estando en tamañas dudas pre-

sentósele su sobrino carnal Pepito Cima, con la más rara pretensión que D. Emeterio hubiera podido concebir por mucho que cavilase... ¿Pepito Cima, abogado, literato, periodista, convertirse de la noche á la mañana en tendero de comestibles? ;Pues ahí verá usted lo que son las cosas de la vida!

Era Pepito Cima un muchacho de recia complexión y buena pasta, trabajador de veras y honrado á carta cabal. Hijo del hermano mayor de Don Emeterio, que se fué á América tomado del afán emigrante y de allí no volvió, educóse bajo los cuidados de su madre, una bizarra montañesa, que en la ausencia de su marido heredó de lejano deudo algunos bienes, y desde entonces ambicionó para Pepito posición principal por fuera de aquel pueblo, en que las aspiraciones de los ganosos de fama tenían muy limitado horizonte. Tales pujos de principalía de que se contaminó la viuda de Cima por el humo que esparcen los indianos de vuelta, y allí no escaseaban, también cogieron al muchacho, el cual, siguiendo los impulsos de su señora madre, hízose abogado en un periquete, pues por este camino de la jurisprudencia esperaba llegar muy alto. Y en cuanto tuvo el título retornó al pueblo para que se enterasen sus paisanos de que él no iba á oficiar de destripaterrones, á semejanza de aquellos humildes parientes suyos, páparos de abolorio, sino derecho á la cúspide de la gloria. Bien

ostentado y lucido por Trasmiera su nuevo rango social con que los compañeros de Pepito Cima de envidia comíanse los codos, á creer á la providente madre, sólo le faltaba enderezar la puntería de su caletre hacia un objetivo concreto y seguro que fuese el hito de donde partiera su fortuna; y ello había de ser en la Corte, esperanza de ambiciones y casa benéfica que acoge amante á los que luego la desuellan. ¿Certeza del triunfo? ¡Sin duda alguna! Justamente había llegado á Trasmiera cierto sujeto huído de Madrid por causa de trampas y escándalos, y él se encargó, en pago de buena y provechosa acogida, de probar al joven Cima, como dos y dos son cuatro, que en la política, en la cátedra, en la literatura, á escoger, tendría asiento de primera fila en cuanto mostrase sus extraordinarias facultades.

En pos de este señuelo, hábilmente manejado por el fugitivo pegolilla, Pepito Cima se encaro en la capital de la monarquía, llena la cabeza de pájaros y muy persuadido de que con la ciencia tomada en las aulas, la lectura de los libros en boga, algo de verborrea pretenciosa y mucho de despreciar todo lo antiguo, pronto le llevarían en palmas y le harían hueco de honor. A este codiciado fin trabó amistades con la gente bullanguera de sus años, y no tardó en verse cogido del desenfrenado culto de la propia excelencia, dígame afán insano de que sonase su nombre de pe-

riódico en periódico, y de revista en revista, enfermedad sin cura, que lo mismo ataca á hombres que á mujeres.

Y ¿cuál medio más expeditivo para satisfacer su deseo que escribir una novela psicológica (nada de libros de ciencia que apenas se leen) de esas cuyas páginas llegan á lo vivo y sacuden las fibras del alma y del cuerpo, puesto que no hay pragmática que prohíba ni ley que vede lanzar al público lo que á uno le salga del pecho, aunque sea un atajo de insulseces? Dió, pues, gusto á la mano, y novela hubo merced á los cuartos de la incauta montañesa, que ya juzgó á su vástago parejo de los novelistas de fuste. Pero no embargante el bombo fenomenal de los amigos, alguno de los cuales le diputó émulo de Galdós y rival de Zola, la venta del volumen no dió al joven Cima ni para cubrir los gastos, con que se convenció de la incultura de sus contemporáneos, que no entendieron la profundidad de la estupenda obra. Luego vino el ensayo oratorio en el Ateneo; después el de la crónica periodística, gracias á la benevolencia de un director complaciente; más tarde la defensa en estrados de criminales sin protector de fama, y al ver que la fingida nombradía no le daba para vivir, y que el escaso peculio materno se iba en probaturas, como le sucedió á Juana la pulcela, comenzó á desmerecer á sus propios ojos, y á percatarse de que si no tomaba una senda más práctica

que la del relumbrón, tendríase que volver á su tierra confesando el fracaso—¡eso nunca!—ó pedir limosna con ayuda de cualquier instrumento músico.

Entonces se acordó de su tío D. Emeterio, de cuyo trato siempre había huído porque le consideraba de baja estofa, el polo puesto de su naturaleza fina y delicada, y el andar metido entre bacalao y queso causábale repugnancia suma. Y cierto día en Dios y enhorabuena resolvió acercarse á aquel buen sujeto, que sin Baudelaire ni Schopenhauer supo labrarse una fortuna de padre y muy señor mío. Figúrese el pío leyente la sorpresa de D. Emeterio cuando vió entrar por las puertas de “La Probidad Trasmerana” á su sobrino Pepito, tan alejado de él por el diferente círculo en que cada cual se movía.

—¿Qué te trae por aquí, muchacho...? Yo pensaba que te habías muerto—exclamó D. Emeterio.

—No, tío. No me he muerto, que estoy vivo y sano—respondió Pepito.

—Aunque algo desmedradillo—replicó Cima senior, con aire socarrón.

—De mucho trabajar, querido tío.

—Que te habrá hecho rico—añadió éste.

—Más pobre que las ratas—atajó el sobrino.

—¡Pero, hombre! ¿Esas tenemos? Yo pensé que con tu talentazo y tu manejo ya te habrías labrado una fortuna.

—Pues no he hecho más que perder el tiempo— prorrumpió Cima segundo poniendo la cara triste.

—¿Y aquél libro que me enviaste y que aún tengo por abrir? ¿No te dió cuartos?

—Costóme el dinero.

—¿Y los pleitos?

—Ni uno de pago.

—¿Y en los periódicos donde escribes no te dan algo?

—Muy poco.

—¿Y de qué diablos vives?

—De milagro.

—¿No te manda dinero mi cuñada?

—Me he gastado las cuatro quintas partes de su hacienda en estos años que llevo en Madrid, y mi decoro no me permite pedirle una peseta.

—Todo eso ya me lo tenía yo tragado, Pepito, no obstante reconocer que tienes meollo y que hablas como el mismo Castelar.

—Me parece que me está usted tomando el pelo, querido tío.

—Parécete bien, si no te ofendes, querido sobrino.

—Es usted muy dueño de burlarse de mí, porque la razón le sobra.

—Pero, hombre... alguna cosilla ganarás, aunque sea poco, para ir viviendo mientras las gentes reconocen tu mérito.

—Unos cuarenta duros gano al mes, que no me

bastan, pues entre casa, comida, ropa limpia y gastos menores, por mucho que corran las doscientas pesetas nunca llegan á tiempo.

—Paciencia, paciencia, Pepito, que nada hay más socorrido que un día detrás de otro.

—Es que he perdido la fé en mi mérito, como usted dice—atajó Pepito.

—Eso prueba que ahora lo empiezas á tener.

—Y es—continuó el joven Cima—que me quiero casar.

—¡Recóncholis...! ¡La cosa es grave! ¿Y con quien?

—Con una muchacha, hija de familia modestísima.

—Me parece muy bien, Pepito... Yo siempre he sido partidario del matrimonio, y si la perra vida que he llevado para ganarme un mendrugo me lo hubiese permitido, no estaría tan célibe como estoy. Pero ¿tienes valor de echarte el nudo corredizo con los cuarenta duros mensuales?

—He ahí por qué me falta la paciencia para que las gentes reconozcan mi talento y me llenen de pleitos el bufete... Yo deseo algo más inmediato, aunque menos lucido, algo que me permita vivir con desahogo, mantener mi familia y ahorrar para el día de mañana.

—Piensas muy cuerdamente, querido sobrino... Lo que yo no veo es ese algo.

—Yo sí—respondió Pepito.

—Tú dirás.

—Pues... por un hijo de nuestro paisano Laporta he sabido que usted deseaba abandonar el comercio y traspasar la tienda, y me he dicho... ¿quién mejor que su sobrino para sustituirle...? Yo sé arrimar el hombro, yo llevo el mismo apellido que usted ha logrado hacer respetable con su honradez y laboriosidad, pues ¿á qué me he de ir por andurriales problemáticos si es mucho más lógico cultivar lo seguro? ¿No es cierto...? Y así vengo á proponer á usted que me ceda la tienda, si es exacta la noticia de Laporta.

Don Emeterio oyó con calma la retahila de Pepito, y al cabo de un rato de reflexión le dijo:

—¿Sabes, recóncholis, que me has dejado partidifuso...? ¡Un hombre como tú, que imaginaba llegar á Ministro, y ahora detrás de un mostrador mano á mano con las criadas del barrio! ¡Mucho han bajado tus humos, sobrino!

—¿Cuánto ganaré al mes si usted me deja la tienda?

—Mucho más de los cuarenta duros.

—Pues acépteme por sucesor, y no se hable más.

—¿Qué dirá tu madre, mi señora cuñada, tan vanidosa, cuando la digas que has renunciado á ser personaje?

—Mi madre entrará en razón.

—¿Y vas á despedirte de la sociedad de tus amigos, confesando que no puedes pasar de medianía?

—Me propongo no tratar á nadie más que á mi mujer, y despedirme para siempre de mis amigos.

—Perfectamente, Pepito. Yo maduraré tu proposición y... veremos. Por el pronto no te digo que sí ni que no... Vuélvete por aquí dentro de un par de días y te daré la respuesta.

Y si el muchacho había caído de su burro y convenciéndose de que Dios no le destinaba á ser regenerador de la patria, ó notabilísimo legista, ó eximio literato. ¿por qué negarle aquello á que casi tenía derecho? Cumplió, pues, D. Emeterio su promesa de maduro examen, conferenció largamente con Pepito Cima, y una vez que fueron convenidas las condiciones del traspaso, tales como abonarle todos los años una cantidad que representase la amortización del capital existente en "La Probidad Trasmerana" más un módico interés, ya que al joven no le era posible pagarle al contado rabioso el precio de las mercancías en la tienda reunidas, realizaron la cesión con todo género de formalidades, instalándose Don José Cima y Gómez en sus nuevos dominios, que abandonó D. Emeterio para entregarse al reposo absoluto de su cuerpo, y no volverse á preocupar de si los garbanzos subían ó el bacalao bajaba.

Alquiló modesto piso en la calle de Válgame Dios, á él condujo sus escasos muebles, á que hubo de juntar otros de mayor regalo, pues entraba

en sus propósitos darse vida cómoda, tomó una criada que atendiese á todos los menesteres de la casa, y dió principio al régimen de sosiego y tranquilidad recetado por los doctores. Su paseíto matinal por el Retiro ó la Moncloa; su comida á las doce y media; su par de horas de siesta; luego otra vuelta por los sitios más concurridos de Madrid con el sano fin de recrear la vista y matar el tiempo; á las ocho una parva cena, porque de los que se atracan cenando están llenos los cementerios, y á eso de las diez, después de haber echado una ojeada por la cuarta plana del periódico, á tender la raspa sobre el mullido lecho y á dormir como un santo. ¡Si con este metódico plan no añadía lo menos veinte años á sus cincuenta corridos...!

Pero el tío de Pepito Cima no contaba con que los treinta pasados en el afán mercantil encajaron todo su ser en un molde muy diferente del que ahora había escogido, y aquel vivir obediente al reloj veníale tan estrecho que andaba de un lado para otro, cual si se le hubiese extraviado alguna cosa de importancia suma, y no supiese dónde hallarla. Los paseítos por el Retiro le cansaban, el apetito se le iba, las vueltas por los sitios céntricos hecho un pasmarote aburríanle de muerte, el sueño acudía mal y tarde, y la tertulia con su criada, acostumbrado á charlar por los codos con las parroquianas de su tienda, francamente, le resultaba inaguantable. Y á

no ser por la piadosa solicitud de los inquilinos del piso cuarto, que se compadecieron de él al verle tan solo y triste, sabe el cielo á qué catástrofe le hubiera llevado la nostalgia de su antiguo oficio.

¿Vecinos de D. Emeterio? Sí, señor; vecinos de D. Emeterio en el cuarto cuarto de la derecha del número sesenta y nueve de la calle de Válgame Dios. Una familia compuesta del cabeza de la misma, D. Procopio Alavés, su señora doña Consuelo y la hija de ambos, Elvirita. ¡Pero qué hija, recóncholis! Váyanse muy enhoramala los literatos que gastan tinta en describir las gracias y bellezas de mujeres, y fíjense en el apunte que aquí se beneficia para que se pasmen de gusto ante la cara bonita, los ojos gachones y las morbideces de esta hembra que hace honor á la humanidad femenina.

Andaban los de Alavés á la cuarta pregunta, como suele decirse para expresar la inopia de valores circulantes, á causa de que á D. Procopio le dejó cesante de modesto empleo un Ministro cruel, y desde el momento fatal del cese—y ya había llovido—no halló arrimo de personaje empingorotado que le repusiera. Y como el buen hombre hubo de circunscribir sus aptitudes no más que al teje maneje de la rutina administrativa, en el resto de los conocimientos que dan de comer estaba completamente ayuno. Motivo por el cual á él y á los de su familia costábales un triunfo

arrastrar la mísera existencia, que hubiera tenido desastroso término á no ser por las hábiles manos de Doña Consuelo y Elvirita, primorosas en toda clase de labores. Pero si carecían de los supradichos metales sobrábales en cambio corazón sensible y compasivo, que se les enterneció ante la soledad de un hombre como D. Emeterio, de tan afable trato. Este vino poco á poco, por encuentros casuales y saludos al subir y bajar la escalera, más tarde por ofrecimiento de servicios en ocasión de una leve enfermedad del ex-tendero, y que acabó siendo tan frecuente que las más de las noches pasábaselas Cima en casa de D. Procopio, de tertulia con aquella simpática familia, bien jugando al tute, bien mirando cómo iban y venían los ágiles dedos de las señoras. ¿De las señoras...? No, de la señorita^a únicamente, cuyas manos parecían modeladas por el propio Fidias, rellenas de carne color de rosa, con hoyuelos encantadores, y nada de picaduras por causa de la atrevida aguja en las yemas de los trabajadores deditos.

Los cuales antojábasele á D. Emeterio que le andaban en el corazón; por donde le entró un mal disimulado renconcomio que trascendió á la madre, luego al padre, y por fin á la inocente Elvirita, bien ajena, hasta entonces, á los estragos que su hermosura hacía en el ex-tendero, que al descender á su cuarto principal izquierda terminada la reunión nocturna y encerrarse en su al-

coba, quedábase horas y horas dando vueltas á extrañísimos pensamientos que jamás le hostigaron, y que en aquel entonces le vinieron en pelotón y á carga cerrada.

¡Vaya por Dios con la locura! ¡Un hombre á más del comedio de la vida, enamorado de una chicuela que de seguro no pasaba de los veinte! ¿No era esto prueba clara de mental desequilibrio y de chifladura manifiesta?

II

—¡Pero mamá...! ¡Si es un vejestorio!

—Un hombre de cincuenta años no es un vejestorio. ¿No es verdad, Procopio?

—Claro, mujer—respondió el interpelado.

—No se puede comparar con aquel pollo que te hizo la corte hace dos años, no te lo niego; ni con Arturito, el de las de Cinejar; pero éste, el otro y el de más allá sólo quieren noviazgo para pintar la mona y matar el tiempo, y en cambio el señor de Cima viene con todas las de la ley—dijo Doña Consuelo.

—Mira, mamá... Por muy derecho que venga el señor del principal, siempre resultará muy viejo para mí—respondió Elvirita sin levantar los ojos de la costura.

—¡Ay, hija! ¡Si se fuera una á fijar en la

edad! Cásate con un chiquilicuatro, y verás cómo te luce el pelo... Mucho amor al principio, un derroche de poesía, y en cuanto tengas varios críos y hayas perdido tanto así de tu belleza, cualquiera mujer le parecerá más aceptable que la suya.

—No todos han de ser como tú los pintas, mamá.

—Sí. Los hay que se la pegan á su señora al día siguiente de haberse casado... ¿No es cierto, Procopio?

—Ciertísimo—contestó D. Procopio Alavés á la pregunta de Doña Consuelo.

—Un hombre maduro, ya pasada la época de los ímpetus, que te quiera bien y que esté todo el día mirándote al rostro para ver qué capricho tienes y satisfacértelo... Eso es lo que te conviene, y lo demás... música celestial.

—No me puedo hacer á la idea de casarme con el vecino, mamá.

—No sé por qué... ¿Le encuentras feo?

—Ni feo ni guapo.

—Quizás te parezca poco elegante.

—No me he fijado en si es elegante ó cursi.

—Tú le quisieras como Arturo, muy acabadito, muy puesto á la última, y algo "sportman". ¿No es eso?

—No lo quiero de ninguna manera, porque no me fijo en fruslerías. Y por lo que hace á Arturito ya sabes que en cuanto noté que su decan-

tada pasión sólo era para pasar el rato, le di sus correspondientes calabazas. Tengo un amor propio casi salvaje, no lo puedo remediar; y como sospecho que alguien pretende burlarse de mí ó humillarme, me entran al momento unos deseos feroces de hacer una barbaridad... Por fortuna como soy mujer no llega nunca la sangre al río.

—Ese riesgo no lo tendrías con el amigo Cima. ¿No es verdad, Procopio?

—¡Qué había de tener!—exclamó D. Procopio.

—¡Pero qué empeño en meterme en el corazón al vecino!—interpuso entonces Elvirita soltando su labor y encarándose con su madre.

—Tengo empeño en que seas feliz, Elvira. Y casándote con D. Emeterio lo serás.

—Mucho decir es eso, mamá.

—Lo digo porque soy vieja y conozco la vida, y sé que de mil matrimonios únicamente sale uno bueno, y éste en las condiciones vuestras.

—Pues mira que si me caso con el vecino y luego nos tiramos los trastos á la cabeza...

—Yo te aseguro que eso no sucederá, Elvira—interrumpió Doña Consuelo.

—¿Y quién me lo garantiza?

—Te repito que yo.

—Hum...—refunfuñó la joven con aire de duda.

—Pero... vamos claros, Elvira. ¿Tú estás interesada por algún muchacho?

—Por nadie, mamá. Te lo hubiera dicho.

—¿Te repugna D. Emeterio?

—Como repugnarme, no. Quizás porque todavía no me he formado una cabal idea del placer que me pueda producir estar siempre al lado de un hombre y ser suya. El vecino es limpio, se arregla muy pulcramente, sobre todo desde que me pretende en silencio...

—Y, además, te adora. ¿No es así, Procopio?

—Así es—contestó el padre de Elvirita con tono de absoluta certeza.

—Pues si te adora y no te repugna, y, por contra, es muy rico...

—Ahí nos duele—atajó Elvira riéndose.

—No es cosa de risa, Elvira... Ya ves cómo vivimos... Yo voy perdiendo la vista, y ya dentro de poco no serviré para nada... Con lo que ganamos salimos adelante, pero ¡de qué manera...! faltándonos á veces lo más preciso y sin tener guardada una peseta para el caso de una enfermedad... Tu padre no halla quien le responga, y ahí está haciendo cigarrillos, cuando nos permitimos el lujo de traerle tabaco, porque carece de traje medio decente con que salir á la calle en busca de recomendaciones...! Y ahora que la Providencia compadecida nos depara una boda para ti que ni soñada, con un hombre bueno, honrado y generoso, nos ponemos moños y le hacemos ascos...!

Elvirita oyó este discurso de su señora madre

sin interrumpirla, mas sus hermosos ojos se humedecieron, y al fin sobre el bordado que había vuelto á tomar fueron á caer dos gotas, á las cuales D. Emeterio hubiera calificado de rocío del quinto cielo ó de ámbar desleído si tuviese el astro poético de Pepito Cima, cuando sus entusiastas corifeos le llamaban poeta maravilloso y alma cesárea.

Ante la discreta y tenue lluvia que regó silenciosamente el bordado de la encantadora doncella, Doña Consuelo tomó otro rumbo, calculando que, por aquella vez, había hecho blanco, y que el terreno quedaba bien dispuesto para que sus esperanzas fructificasen, y la voluntad de la joven se fuera hacia su deseo. Todo consecuencia de un plan estratégico muy bien combinado por el matrimonio Alavés, y en espera de que el rico vecino D. Emeterio Cima diese su apellido á unos anhelos que á la legua se le traslucían, y que estaban á punto de estallar.

Fué el ex-comerciante de ultramarinos entrándose paso á paso por el camino de la afición á aquella deliciosa criatura, tan seria y tan poco aficionada á coquetismos, y al verla en la vida íntima, cuyas puertas le abrieron adrede Don Procopio y su conjunta, siempre humilde y sin exhalar queja alguna aun en la fuga de sus trabajosos quehaceres, maldijo de sus años y lamentó no poseer los atractivos personales que á las mujeres rinden y enamoran. Y después de la

afición vino el deseo de contemplarla, el afán de que no transcurriese un solo día sin estar á su lado no fuera más que diez minutos, una inquietud inexplicable cuando las circunstancias privábanle de su vista, y un desasosiego infinito de todo su ser si la joven le dirigía cualquier frase de afecto. Nunca, durante su larga existencia, se le ocurrió cómo los encantos de una chiquilla pueden perturbar por modo tal un bien equilibrado organismo, pues en su roce con la humanidad, y únicamente atento á extraerla el mayor provecho, miró con absoluto desdén á los individuos del sexo contrario al suyo. Los hombres y las mujeres se casaban, muchos así eran felices; parecíale cosa deseable, y muy ordenada por la sabia naturaleza y por las leyes, crear una familia y con ella gozarse; pero estos ideales placeres jamás conmovieron su espíritu hasta el punto de dar de lado, siquiera un instante, el trajín del negocio y la perpetua preocupación del lucro. Y ahora... ahora veíase cogido en la red que él mismo se fabricó, y cuyas mallas íbansele cerrando, de suerte que pronto formarían una tupida tela, de la cual no pudiera salir.

Urgía, pues, romper el sortilegio, escapar pronto al mágico hechizo de Elvirita; mas si ésta no le mostraba hurañía, y sus padres poníanle cara de pascua, y parecieron animarle cuantas veces recayó la conversación sobre el tema de matrimo-

nio entre hombre maduro y mujer joven, ¿á qué escapar? ¿no era lo prudente cerciorarse y salir de dudas yéndose al bulto por medio de un definitivo interrogatorio á los padres de la muchacha?

—Vamos á ver. ¿Tú qué harías en mi caso?— preguntaba D. Emeterio á su sobrino Pepito cierto día que se encajó en “La Probidad Trasmerana” con objeto de exponerle su situación y pedirle consejo.

—¿Quiere usted que le diga mi verdad, querido tío?

—Lo que tú creas que debo hacer, sobrino.

—¿Y no se enfadará usted?

—Te doy mi palabra de no enfadarme.

—Pues yo, en el lugar de usted, me iría á hacer un viaje por el extranjero, al igual de los que padecen tercianas y les envían al campo para que se les vayan... ¡Ah...! y empezaría por mudarme de casa.

—Lo cual quiere decir que te parece una locura que me case con Elvirita.

—Tanto como locura no diré, pero un paso algo aventuradillo, sí, señor.

—¿Me encuentras caduco, viejo y poco apto para el matrimonio?

—Nada de eso, querido tío. Antes por el contrario, le encuentro á usted remozado desde que abandonó “La Probidad Trasmerana”.

—¿Entonces...?

—Es que á pesar del remozamiento, correr el lance del casorio habiendo doblado el cabo de los cincuenta, y con una mujer del trapío de Elvirita, lo juzgo muy peligroso.

—¿Piensas que...?

—Pienso—atajó Pepito—que si las aficiones de marido y mujer no van parejas, porque si á él le place dormir á ella le gusta velar, cuando menos se cata, y el diablo ayudante, ocurre la catástrofe, y entonces... de Dios venga el remedio...

—No conoces á Elvirita, sobrino. Es un dechado de virtudes.

—¡Usted qué ha de decir! Cada buhonero alaba sus agujas.

—Alabo lo que veo.

—¿Quién puede asegurar que lo que ahora es Elvirita ha de serlo siempre?

—Tengo la garantía del buen ejemplo que ella ha visto en su casa.

—¡Fíese usted de los buenos ejemplos y no corra...! Muchachas conozco, hijas de madres pulquérrimas que luego resultaron más alegres que una pandereta.

—En cambio yo sé de muchas que se educaron en el arroyo y fueron modelo de esposas fieles.

—¡Rara avis!

—¿Qué quiere decir eso de aves?

—Quiero decir que son las menos.

—¡Mal juzgas á Elvirita!

—Ni bien ni mal... pero... vamos á cuentas.

Cuando usted se case con ella ¿va usted á hacer la vida que hoy hace, metiéndola en casa á la hora en que se acuestan las gallinas, y bien recogida durante el día, como si continuara cosiendo para fuera?

—¡No faltaba más! La llevaré á todas partes, la rodearé de cuantos lujos apetezca, por darla gusto tiraré el dinero por la ventana ...

—¡Malo!—interrumpió Pepito.

—¿Prefieres que la encierre en una urna?

—¡Peor!—añadió el joven Cima.

—El demonio que te entienda, ¡recóncholis!—exclamó D. Emeterio amoscado.

—Y no digo nada—continuó Pepito sin hacer caso de la exclamación de su tío—si abre usted “sus salones” para que los frecuenten caballeros y no se aburra la señora.

—Eso si que no... Trato discreto y comedido con todo el mundo.

—¿Ni con amigos íntimos? ¿Ni con parientes que le salgan á usted al olorcillo de una hembra de rechupete?

—Con nadie...

—Pues buena vida le espera á Elvirita, barba á barba perpetuamente con un señor alicaído, cuando ella esté en el punto máximo de su ebullición interna.

—En suma, Pepito... tú opinas por mi soltería por sécula sin fin.

—Claro que sí.

—¡Una chiquilla tan encantadora! ¡Qué lástima!

—Buena para mujer de otro... Mala para propia.

—Yo creo que exageras, Pepito.

—Digo lo que siento.

—Si tuvieras la intimidad que yo tengo con la familia Alavés cambiarías de opinión.

—Total; que mis razones no han hecho en usted gran mella.

—Las consultaré con la almohada—dijo Don Emeterio, y tomó la puerta.

—¿Por qué habrá venido este señor á consultarme lo que estaba resuelto á hacer?—pensaba Pepito Cima cuando vió á D. Emeterio en la calle.

—Este pobre sobrino mío se ha vuelto ramplón y vulgarote... Así era yo antes... ¡Claro! El roce con los garbanzos... La tienda de comestibles embrutece el entendimiento y achica el ánimo—murmuraba D. Emeterio al salir de "La Probidad Trasmerana".

Y al fin y al cabo llegó para el buen Cima la hora del gran batacazo. La muchacha, como era lógico, puso resistencia al instar vehemente de sus señores padres; pero Doña Consuelo fué dominando la fortaleza de Elvirita, con tiroteo de suspiros y bombardas de lagrimones, y acabó por doblar un querer que, por fortuna de la abogada de D. Emeterio, no había entregado la niña á ningún pretendiente de juveniles arrestos. La al-

mohada con quien el ex-tendero de comestibles consultó el grave caso, le dijo repetidas veces, con blando susurro, que los riesgos de la aventura estaban al uno por mil de las ventajas, y una tarde, memorable en los fastos de su vida, se echó encima el fondo del cofre, sin olvidar el sombrero de copa, que tenía guardado desde los tiempos de su concejalía, se calzó los guantes, se apoyó en el roten de veinte nudos, y taconeando fuerte, como el que va contento y ufano del envase que Dios le dió y de los redaños de que hubo de proveerle, subió los tramos conducentes al domicilio de D. Procopio, tan ligero cual si ascendiese á la propia gloria... Encerráronse Don Emeterio Cima, D. Procopio Alavés y Doña Consuelo Blandones, su legítima esposa, en la pieza que á la par les servía de comedor y sala de recibo; expuso el ex-tendero en términos breves y concisos, aunque algo temblorosos por la turba multa de sus primerizos anhelos que en tropel le subían á la garganta, el objeto de aquella visita, encaminada á pedirles la mano mullida y suave de Elvirita, y después de las frases de rúbrica, dichas por Doña Consuelo, con el silencioso asentimiento de D. Procopio le fueron solemnemente otorgadas á D. Emeterio Cima y Juanco, vecino de Madrid y propietario, no una, sino las dos manos de Elvirita, y el resto también de su deliciosa persona.

Que se trató de la cuestión metálica se sobre-

entiende. D. Emeterio Cima y Juanco dotaba á Doña Elvira Alavés y Blandones en la suma de cuarenta mil pesos fuertes; de su cuenta el ajuar de la novia, para cuya confección y arreglo daría lo que costase, y á tirar de largo; el mobiliario del domicilio conyugal encargábase á París si el que se fabrica en Madrid no agradaba á Elvirita, y al terminar estos arreglos, oídos por el matrimonio como quien oye divina música, sacó Don Emeterio del amplio faldón de su levita un estuche de piel de Rusia, carcelero de soberbia pulsera de brillantes. ¡No dirían aquellas gentes que el ex-tendero de ultramarinos regateaba obsequios!

—A ver, Consuelo... Llama á la niña—dijo Don Procopio terminadas las capitulaciones, y la señora de Alavés salió en busca de Elvirita, que sabedora de cómo, tabique por medio, estabase disponiendo de su porvenir, aguardaba paciente la llamada.

Se presentó ruborosa, cual cumple á una doncella que se estima, y D. Emeterio quedóse embobado, todo tímido, sin acertar con la frase que en aquel importantísimo momento expresara una idea de gratitud y regocijo. Pero su futura suegra acudió solícita á sacarle del apuro, y mediante palabras túrgidas, de antemano pensadas, entró en caja el enamorado varón, la muchacha se ciñó la pulsera, sobre cuyo mérito dijo las naturales alabanzas, y se dió punto á la conferencia,

después de haber tomado los acuerdos conducentes á la realización de la boda.

Esta tuvo digno remate á los seis meses, en la Iglesia de San Jerónimo, con gran pompa y buen golpe de invitados: numerosa concurrencia que Don Emeterio se procuró llevando á Pepito con sus antiguos compañeros, á los individuos del gremio de comestibles, de que hizo prudente selección según su porte é indumentaria, y á "las relaciones" infinitas de la familia Alavés. Desde el templo gótico fuéronse á casa de Lhardy, donde se sirvió espléndido almuerzo, y luego al sud-exprés, á viajar la feliz pareja, á ver tierras nuevas, dado que la salida de Madrid el mismo día del fausto suceso, para diluir las dulces emociones de la luna de miel en extranjeros países, es regla de buen tono y ley ineludible de personas de pró.

No gustaba Elvirita de estrepitosos lujos, y al aparato externo, que se refleja en "Ecos de Sociedad" y "Revista de Salones" y parece reclamo de vanidades, prefería la quietud de un hogar pacífico, pues le inspiraba recelos el bullicio del mundo, como si temiera que el trato con gentes recién llegadas perturbase su calma y el plan de vida que se trazó, reducido á agrandar, dentro de su tranquila naturaleza, á D. Emeterio, y sin que éste la pidiera tumultuosas pruebas de desbordado querer. Pero el buen Cima estaba como chiquillo con zapatos nuevos, y fué preciso darle gusto

en lo tocante á ostentación de su riqueza, á que le ayudaba doña Consuelo, ávida de pisar ricas alfombras, mirarse en grandes espejos, comer sobre mesa cubierta de fina vajilla, servida por criados con guantes, y sentarse en tapizados sillones, justamente todo lo contrario de lo que hizo desde que nació hasta la hora aquella.

¡Y cuántas sabrosas pláticas de la suegra y el yerno, á fin de tomar plaza en la sociedad coruscante de que se hace lenguas el envidioso vulgo! Había que abonarse al Real á turno de moda, de ninguna manera al que llaman de "tifus"; asistir á los paseos donde concurre lo más granadito de la corte; mostrarse con valiosa dádiva en obra benéfica de resonancia notoria; ganarse la amistad de alguna empingorotada dama que les sirviese de introductora; fabricarse un hotel en la Castellana, para no sufrir el roce con vecinos chinchorreros, y comprar automóvil, porque ya nadie que disponga de medios pecuniarios debe meterse en coche que no ande solo y con trompeta avisadora de próximo atropello. A toda costa figurar en primera línea.

¡Y de política? ¡Por qué razón no se dedicaba D. Emeterio á la política, si es el mejor camino de atraer sobre sí las miradas del público? Distrito propio en su pueblo lo tenía, y con algún metimiento en Gobernación, acta segura... ¡Partido? El más conservador, que un hombre de "fin-cabilidad" notoria y moneda sonante no debe jun-

tarse á los liberalotes, gente poco formal, y muy dada á la bullanga patriotera. El hablaba del "superavit" y del "déficit" con el aplomo y frescura de un perspicaz economista, de esos que ahora brotan de entre las piedras; él manejaba las cifras del presupuesto como pudiera hacerlo un Ministro de Hacienda, de los que conocen el ramo algo más que de oídas; él discurría acerca de la municipalización de los servicios, en remembranza de su época concejil, con la misma facilidad con que antes manejaba las libras de chocolate; él era individuo de la Cámara de Comercio, y miembro del Sindicato Agrícola de Cucanda del Monte, y aunque sus discursos sobre las finanzas nacionales no traspasaban jamás las paredes de casa, ni eran los oyentes otros oídos que los castos de su suegro D. Procopio Alavés, juraba y perjuraba doña Consuelo, propulsora de ambiciones y Mefistófeles con faldamenta, que pronunciadas en el Congreso de Diputados habían de ser aplastantes. Después de todo estamos en pleno imperio de la medianía—según doña Consuelo,—y cuando tanto egregio mentecato llega á personaje, sin más méritos que habilidad palabrera ni otro título que domesticidad plaudente, bien podía él, D. Emeterio Cima, meter el cuevo en la cosa pública, y poner el pie delante de los próceres de pega. Y si por obra del acaso D. Emeterio Cima tocaba la del poder, oficiando de Ministro—que de menos hizo Dios á Cañete—las da-

mas aristocráticas no halagarían de mentirijillas á Elvirita, pues ya quisiera, la más pulida y remilgada en pujos de buen tono, la finura de la muchacha para los días festivos.

Con éstas y las otras fuese creciendo D. Eme-terio, y en su alma echaron hondas raíces dos comezones. para cumplimiento y ejecución de los cuales puso sus cinco sentidos. Era la primera seguir las instancias de doña Consuelo en cuanto á lujos aparatosos, dejando para más tarde lo de meterse en política, poco seguro de aquellas facultades que le daba la señora de Alavés aun dentro del imperio de la medianía ambiente; y la segunda podíase llamar "afán exhibicionista", no de su modesta persona, sino de la de su mujer, cuyas gracias y bellezas excepcionales quería él mostrar, creyendo que de esta suerte pagaba á Elvirita la merced que le hizo al ser su cónyuge, y el favor de la Providencia al otorgár-sela.

¡ Afán exhibicionista? ¡ Mucho más! Manía constante, perpetua obsesión de su mente—dando al diablo lo que le dijo á Pepito—en cuantas ocasiones lícitas se le presentaban, á que la joven hubo de allanarse, muy contra su gusto, para huir de trifulcas caseras y verle contento, sin poner otro dique á aquella chifladura de su marido que la prohibición rotunda de contraer amistades, sobre todo de hombres, de esas que se meten en casa por suave modo y luego se toman las licencias

del que se juzga con derecho á tenerlas. Eso sí que no...

Y sucedió que...

III

—¿Pero, mujer, cómo quieres que niegue á Don Jacinto la entrada en esta casa? Vamos á ver...

—Mira, Emeterio... Yo no te digo que cierres á ese D. Jacinto las puertas de esta casa; mas de cerrárselas á haberle invitado á que viva con nosotros el tiempo que permanezca en Madrid, hay mil leguas. Con que le hubieses convidado á comer ó á almorzar unas cuantas veces, bastaba y aun sobraba... Pues no, señor. Apenas tienes noticia de que el caballero piensa dar una vueltecita por la corte, te apresuras á escribirle diciéndole que te enfadarás si no reside cuanto le plazca en tu domicilio...

—No pensé que te fueras é incomodar, Elvira.

—Me incomodo porque no me gusta vivir con personas extrañas.

—Don Jacinto no es una persona extraña.

—Si para ti no lo es, para mí extrañísima.

—Ya sabes lo que debo á su familia.

—Cuyos favores no exigen que des á D. Jacin-

to habitación en tu casa como si se tratara de un pariente.

—Lo peor es que ya no tiene remedio, porque no voy á “desconvidarle”.

—¡Claro que no tiene remedio la tontería!— dijo Elvirita de muy mal talante.

—Estará aquí muy poco—interpuso D. Emeterio tímidamente.

—Estará lo que le venga en gana—corrigió la muchacha.

—¡Si tú le pones mal gesto!

—Pierde cuidado que no le pondré mal gesto... En mi cara no ha de conocer lo que me fastidia. Tengo sobrada educación para saber disimular mis impresiones.

—¡Recóncholis...! ¡Si yo hubiera pensado que la dichosa invitación te iba á proporcionar un disgusto tan grande!

—Habrías hecho lo mismo, Emeterio. Ahora viene el socorrido “creí qué, pensé qué”, para contentarme... ¡Pues á fe que no te derrites poco cuando se toca á esa familia!

—No tienes razón, Elvirita. ¿En qué momento desde que nos casamos me he negado á complacerte?

—Pero como te constaba que este paso me iba á contrariar te has abstenido de pedirme consejo; y yo que apruebo, á cierra ojos, todo lo que se te mete en la cabeza y hago tu gusto, aunque muchas veces me parezca mal, en lo que se refie-

re á traerme huéspedes á casa no quiero transijir.

—¿Y cómo nos arreglamos?—interrogó el buen Cima verdaderamente afligido.

—Pues fastidiándonos y recibiendo con palmas á tu D. Jacinto.

—Bueno, mujer... ¡Recóncholis...! Declaro que he sido un majadero... Yo te juro que en otra ocasión no haré nada sin advertírtelo... Mientras tanto olvida mi ligereza y perdónala... Vamos, Elvirita... ¿me quieres perdonar?—suplicó el ex comerciante todo babosico, acercándose á su mujer con intención de abrazarla.

—¡Mal momento para caricias...!—dijo la gentil Elvirita con mirada de enojo, tomó la puerta y se encerró en su tocador.

Mustio se quedó el pobre hombre, y muy pesoso por la terquedad de la muchacha. Y ya sabía él de corrido cómo las gastaba la señora en momentos de enfado y enfurruñamiento. Pocos fueron desde el día en que el cura les echó las bendiciones, pues en honor de lo cierto plegóse dócil la joven á seguir la corriente de D. Emeterio, con tal de obtener la paz absoluta de que tanto gustaba, y con la sola condición de que respetase su carácter algo reservado y metido en sí; mas si venía tropiezo de importancia que mortificase su manera de ser y pensar, ó tocara al respeto de su dignidad puntillosa, adiós buena cara, y en cuanto á prestarse á las lagoterías de

su marido ¡ya escampa! ¡Dios y ayuda costábale á D. Emeterio hacer que volviesen al redil de su gusto las displicentes tiesuras de Elvirita! ¡Como que á veces hasta doña Consuelo empleábase en reducir á la joven cuando el marido tenía que apelar á su influencia componedora! Pero en la ocasión aquella, inútiles los buenos oficios de la mamá, porque la base del arreglo siempre era ceder D. Emeterio al imperativo categórico de su consorte, y el convite á D. Jacinto fué tan insistente, que “desconvidarle” habría resultado descortés y grosero... A recibir, pues, á D. Jacinto, á obsequiarle todo lo posible y á esperar que se le pasara el arrechucho á Elvirita, en cuyo buen sentido fiaba D. Emeterio más que en la fuerza de su humilde oratoria. Cualquiera cosa, incluyendo las esquivaces de su mujer, menos decirle á D. Jacinto que se fuese con la música á otra parte. ¡Un desaire á D. Jacinto de la Selva! ¡Pues hasta ahí podían llegar las bromas! Y si Elvirita no entraba en razón atribuíalo, sin duda alguna, á no haberse hecho cargo de lo que aquel individuo pesaba en la vida de D. Emeterio.

La noble familia de los Selvas, conocidísima y respetada en toda la comarca que circunda el pueblo donde aquél vió la luz primera, ejerció de tiempo inmemorial su bienhechor influjo sobre cuantas personas hubieron menester de protección y amparo. Si ocurría miseria pública por

causa de malos años, allí estaban los graneros de los Selvas para ayudar á los pobres. Si el agua del cielo negábase á regar los maizales, allí la suscripción que ellos promovían y encabezaban con cuantiosa dádiva para alivio de los damnificados. Si urgía levantar una escuela, porque la antigua era estrecha y húmeda, allí su pronta iniciativa metálica para construir á su costa el edificio. Si el reparto de consumos perjudicaba á los infelices que no rendían acatamiento al cacique de turno, allí su dinero para nivelar las desigualdades del favoritismo. Si precisaba restaurar la iglesia, porque de puro vieja desmoronábase poco á poco, allí el puntal de sus miles para que no se perdiera el artístico monumento; y así no había, en muchas leguas á la redonda, desdicha que los Selvas no socorriesen, ni penuria á cuyo remedio no acudieran espléndidos y generosos. Y si esto era en cuanto á los males que á todos afectaban, en los pequeños y de cada casa también los Selvas ejercían su benéfico protectorado.

A él debió su "Probidad Trasmerana" Don Emeterio. La numerosa prole componente de la familia Cima arrastraba penosísima existencia en el pueblo, y fué preciso desparramarse para ganar el pan; unos á América, otros al campo y los que no al comercio. De los últimos el entonces joven Emeterio, que entró por lo que le quisieron dar, en casa de su paisano D. Roque Espinar-do, establecido en Madrid, donde tenía lujosa y

acreditada tienda de ultramarinos. Aplicóse en ella al mecanismo interno del negocio; al poco tiempo conoció sus resortes y la manera de utilizarlos, merced al sentido mercantil de que la Providencia hubo de dotarle, y cuando le vino á la cabeza que el paso de criado á dueño sería sumamente fácil, dióse á pensar en establecerse por cuenta propia, si encontrara quién le proveyera de las necesarias pesetas para tan magno proyecto. Hizo entonces un viaje á Trasmiera, habló con el padre de D. Jacinto, supo convencerle, y tornó á la corte con dos mil duros, que al finalizar el cuarto año del préstamo devolvió puntual y agradecido. Pues si la fortuna de que hoy gozaba, que acrecentó gracias á un afortunado tráfico de comprar por poco y vender por más, misteriosa tecla de la industria mercantil, debíasela á los Selvas, ¿iba á dejar que el primogénito y mayorazgo D. Jacinto se alojase en una fonda, teniendo él en su casa dos soberbias habitaciones que ofrecerle? ¿No demostraba así á sus protectores de antaño que era bien nacido, y á la par dábase los dos gustazos de ostentar riqueza y mostrar preciosa mujer?

Y una mañana se dirigió á la Estación del Norte, recibió con los brazos abiertos al deseado D. Jacinto de la Selva, le metió en el automóvil que, al acercarse á la residencia del ex-tendero, apretó el soplo al trío trompetero para anunciar el feliz arribo, y juntos, joven y viejo.

hicieron su epifanía en la suntuosa morada del hombre feliz.

La impresión que Elvirita produjo en el huésped cuando á la hora del almuerzo se verificó la presentación de ordenanza, fué tremebunda. ¿De qué artilugios se habría valido aquel gagnápiro honradote y campechano, eso sí, más ordinario y vulgar, y con treinta años en cada extremidad inferior, para hacerse dueño de una muchacha de tan estupenda hermosura? ¿Dónde la encontró, en qué departamento ó región celestial pudo verla y de allí sacarla, para su solaz y recreo? Forjóse D. Jacinto en el magín una señora de Cima, bajita, gorda, algo chata y de edad proveya, y en vez de semejante birria encontrábase con un pedazo de gloria hecha carne turgente, y fiel trasunto, sin duda alguna, de los arcángeles femeninos que circundan el trono del Señor tocando chirimías. Pero muy puesto el de la Selva en las reglas del protocolo, disimuló aquellas extrañezas suyas, sin que en sus maneras y actitud se notase nada que traspasara los límites de una respetable cortesía, ni diera á conocer su asombro.

Y otra le quedaba por dentro. ¡Vaya si le quedaba! ¡Como que á partir de su primer encuentro con la señora de Cima se confesó que en el trascurso de sus viajes y paseos por el mundo, jamás hubo tropezado con ninguna hembra del porte y hechuras de Elvirita! Pues ¡y ya en la

intimidad de la familia, cuando pudo participar de las gracias externas de la muchacha? ¡Qué discreta en sus palabras, qué justa en sus apreciaciones, qué manera de ver la vida, y todo dicho con una voz suavísima, que iba derecha al corazón y en él se quedaba...! ¡Enamorada de Don Emeterio? ¡Imposible, aunque se lo jurasen frailes descalzos...! ¡Contenta con ser la dulce mitad del ex-tendero de comestibles? ¡Mentira, aunque se lo asegurasen monjas calzadas...! Precisaba aclarar esto, porque era un caso de psicología pasional muy digno de meditación y estudio, y ahondar en el problema así que él hubiese ganado la confianza de la dama por procedimientos hábiles, cautelosos, que no alarmasen su pudor ni la hicieran sospechar intentos de conquista.

Cuanto á Elvirita, no bien se le pasó el enfado, y tuvo que fijarse en D. Jacinto por la obligada convivencia, notó que era un arrogante mozo, distinguido, culto, de finos modales y de fácil verbo que avaloraban sus correrías por remotos países, con cuyo relato íbase el tiempo sin sentirlo sus oyentes ni cansarse. Y sin sentirlo también se fué D. Jacinto cayendo del lado del amor hacia aquella mujer tan atractiva y sugerente; mas como sus entusiasmos no se traslucían, parándose en el seguro de su recto proceder, aunque muy pronto se percató Elvira del estado de su huésped, que en estas cosas la que parece míope ve crecer la hierba, nunca halló motivo para ata-

jarle, ni razón que justificase una inmediata llamada al orden: por donde llegó á agradecer la silenciosa admiración del caballero, haciendo justicia á su mérito. ¿A qué mujer no place verse adorada, si en ello no encuentra peligro y el adorador pone sordina á sus sentimientos?

¿Y si esta mutua simpatía que forma pequeños lazos de amistad sincera, flojos al principio, fuertes más tarde, llegara á convertirse en algo de mayor envidia, por lo que va rindiendo el alma el constante homenaje admirativo...? Ni Elvirita cayó en la cuenta del riesgo, ni él quiso ocupar á mano armada los lugares que iba ganando en la inclinación de la joven, aun después de haber logrado de ella inocentes confianzas, por las cuales supo á qué atenerse respecto á las relaciones íntimas del matrimonio, y no obstante la certeza que adquirió de cómo la señora de Cima hallábase en ayunas de cuanto se refiere á cosas de amor, por no habérselas sabido inspirar aquel mastuerzo, fabricado expresamente para vender bacalao y chocolate, y un marmolillo berroqueño para enamorar mujeres... ¿Aprovecharse de estas ventajas, adquiridas mediante sus hábiles tretas de hombre de mundo? Nunca. Antes, por contra, así que hubo columbrado la esperanza del triunfo, por cómplice el tiempo y la ocasión, pensó que era preciso abandonar la partida y despedirse para siempre de aquella aventura, quizá la más dulce y sabrosa de su vida, de la que ja-

más podría olvidarse, pero que significaba una infamia hecha al hombre sencillo y cándido que le franqueó noblemente la entrada en el sagrado de su hogar.

Esto lo sensato, lo que cuadraba á su honor, lo que hubiera puesto por obra al ver cuán resbaladiza era la pendiente, y cómo un insignificante motivo—la historia eterna y vulgarísima de la tentación—podía conducir á él y á Elvirita á lo bochornoso é irreparable. Pero allí estaba Don Emeterio para atajar tales propósitos de fuga. ¡Qué hombre aquel! ¡Qué pesadez...! Nada, imposible marcharse, so pena de tener que decirle: “Me voy porque yo soy fuego y Elvirita estopa, y como sople el Malo ella y yo nos vamos á dar el gran hartazgo de amor”... Hoy con que le necesitaba para que le aconsejase en cierto negocio; mañana con que tenía que asistir al aniversario de la boda; al otro con la andrómina de una fiesta campestre, de allí á un mes, con el fin de tomar posesión de la casa que en San Rafael estaba acabando de edificar, y por tales medios íbale deteniendo el buen Cima con el beneplácito de la joven, á quien no se le alcanzaba la razón de haberle entrado al amable huésped tan extrañas y vehementes prisas.

—Pero ¡qué le obliga á usted á irse tan apresuradamente?—preguntaba Elvirita á D. Jacinto cierta tarde, solos los dos en el saloncito amarillo.

—¿Llama usted premura á los preparativos de viaje para dentro de seis ú ocho días?—repuso el de la Selva.

—¿Quién le corre?—insistió la muchacha.

—Señora, llevo aquí cerca de dos meses.

—¿Los ha pasado usted mal?

—¿Y usted?—contestó D. Jacinto con otra interrogación algo atrevida.

—Yo no. Su compañía me es muy grata.

—Y eso—añadió él sonriéndose—que, según usted misma me ha confesado, tuvo con su marido una pelotera por culpa de mi llegada.

—¡Tanto como pelotera!

—Bueno... “Monos”.

—Tampoco. Lo de “monos” no encaja entre Emeterio y yo.

—Pues digamos desavenencia. ¿Es así mejor?

—La verdad es que me contrarió el convite, ¿á qué negarlo? Ya le he dicho á usted que soy muy difícil para el trato de gentes.

—Y ¿me ha perdonado usted la contrariedad?

—La prueba—respondió Elvirita—está en que le insto para que permanezca más tiempo con nosotros.

—Instancia que yo agradezco en el alma; pero á pesar de ella he decidido marcharme.

—¿Le espera á usted alguien?

—Nadie... soy más libre que el aire y á ninguna persona debo cuenta de mis actos.

—¡Entonces!

—Mi gusto sería quedarme, pero...—y aquí D. Jacinto de la Selva hizo una parada en firme.

—¿Pero qué? ¿Hay alguna causa de su partida que le cueste trabajo decirla?

—Hay una, en efecto, que me cuesta trabajo expresar.

—Dígamela, si no es un misterio.

—Pues... ¿no ha pensado usted en que la permanencia en esta casa, por tan largo tiempo, de un hombre soltero, y todavía joven, puede dar lugar á murmuraciones?—dijo D. Jacinto mirando sus palabras.

A Elvirita entonces se le subieron los colores al rostro, porque la sencilla pregunta de aquél fué como una luz reveladora que de repente iluminara y despertase su dormida sensibilidad, y por ella comprendiera que el huésped se había apoderado de un pedazo de su corazón, hasta el punto de causarle su ausencia, quizás para siempre, un malestar inexplicable, una penosa inquietud cuya raíz no veía clara. Quedóse meditando, pues las ideas que en tropel invadieron su mente, las unas llevando consigo placenteras emociones y las otras recordándola sus deberes, la engarbullaron y no la permitían enjuiciar por modo rápido y sereno, y al cabo de un rato, dijo:

—¿Que pueden murmurar las gentes?

—Pues que usted y yo...

—No siga usted, Jacinto. Tengo tan alta estimación de mí misma que la maledicencia nunca

me preocupará... Por el contrario, esa sospecha de usted, que me hace ver lo que cuida de mi fama, me obliga á rogarle que para nada influya en sus proyectos. Y en cuanto á la inclinación amistosa que usted ha sabido inspirarme, y que sería ridículo que le ocultara, yo le aseguro que no torcerá mi voluntad de ser buena... Esto lo conceptúo tan inseparable de mí como... ¿como qué le diré á usted...? como la piel que cubre mi cuerpo... ¿Por qué razón poderosa, me pregunto muchas veces, sería yo capaz de faltar á mi marido...? Y crea usted, Jacinto, que sólo una herida en mi amor propio, algo que me pusiera al nivel de lo más abyecto y miserable llevaríame á la locura, pero á la falta... lo dudo.—Así habló la joven, no precipitadamente, sino en breves intervalos de frase á frase, que su enamorado huésped escuchó sin interrumpirla.

—¡Pero es que yo...—exclamó poco después D. Jacinto, y cuando iba á terminar su pensamiento la aparición repentina de D. Emeterio interrumpió la substanciosa plática. Que urgía repetir lo más pronto posible, procurándose otros minutos de soledad para decir á aquella obstinada y ciega mujer que él, Jacinto de la Selva, estaba perdidamente enamorado, y este mal podía conllevar—curarse nunca—poniendo entre los dos años y leguas.

—Ya no se va usted, querido amigo—dijo alegre D. Emeterio apenas entró en el salón donde

departían su encantadora mujer y el atribulado D. Jacinto.

—¿Por qué?—exclamó éste.

—Porque su mamá de usted, mi señora doña Catalina, me dice en la carta que acabo de recibir—y la mostró—que piensa retrasar su viaje á Francia lo menos veinte días; y como la causa que me daba usted para dejarnos era la necesidad de acompañarla, puede usted quedarse aquí esas tres semanitas. ¿Eh?

—¡Y dale que le das con la manía! Pero, señor... ¿No comprenderá este pobre diablo que me pone en el disparadero de hacer una barbaridad?—decíase D. Jacinto mirando al embaído Cima, como si quisiera meterle en la cabeza por modo mágico lo disparatado de su insistencia.

¿Qué había de comprender el ex-comerciante de ultramarinos? No tuvo más remedio D. Jacinto que aguantar las pesadeces de su paisano, el cual, para detenerle más, duplicó las diversiones y aumentó las horas de su poco grata compañía, tolerada hasta entonces por el paciente en compensación del desquite que luego se tomaba, pegando la hebra con la joven ó extasiándose ante su belleza, pero á reserva ahora de aprovechar la primera coyuntura que le permitiese pronta escapatoria, cinco minutos después de haber dicho á Elvirita lo que se le quedó en el pecho.

¡Y cuidado si era monótona y cansada la charla

de D. Emeterio! ; Sólo tornábase elocuente en grado superlativo cuando el enfermo de "paranoia" hablaba de su mujer; y cuenta que el ataque repetíale á menudo, llevándole á extrañas revelaciones en el seno de la confianza que le merecía su amigo querido D. Jacinto, quien en este punto tirábale de la lengua, placiéndose y deleitándose con la pintura verbal de tanta y tan estupenda maravilla. ; Qué flujo de palabras entonces, qué arriesgadas imágenes y qué regodeo en la descripción, como si la armonía de la forma y los preciosos detalles que la dan realce, hubieran desbastado y pulido aquel intelecto y sacádole punto de poeta! Por tales confidencias supo D. Jacinto lo que el buen Cima debiera haber guardado para él solo, con que más se aferraba el joven á la salvadora idea de dar el definitivo adiós á aquel hombre, merecedor del manicomio que está pidiendo quien, al vocear sus riquezas, enciende el apetito del necesitado y le mueve al deseo de quitárselas... ; Y si se llegase á enterar la pudorosa Elvirita de que D. Emeterio hacía mención laudatoria de sus más ocultas particularidades! ; No sería este el caso de la herida del amor propio y rebajamiento de la dignidad, de que habló la muchacha á su huésped cuando les interrumpió el marido?

—Y yo ¿qué necesidad tengo de saber eso?— le dijo á D. Emeterio su sobrino Pepito Cima, una vez que el ex-tendero sintió la apremiante

comezón de las referidas confidencias, antes de la llegada de D. Jacinto.

—¡Recóncholis! Hablar contigo es como si yo hablara solo y en voz alta... Y si te lo cuento es para que sepas lo satisfecho que estoy de haberme casado con Elvirita, á pesar de tu consejo en contra de mi boda—respondió D. Eme-terio.

—Pues si Dios se la dió, San Pedro se la bendiga—replicó el mozo, malhumorado.

—¡Parece que te molesta mi felicidad, recóncholis!

—No va por ahí el agua del molino.

—Pues entonces...

—Es que me temo que no sea yo el único á quien haga usted el relato minucioso de su dicha.

—¡Qué cosas tienes, Pepito! ¿Crees que voy á fijar carteles en las esquinas diciendo que...

—Con que corra la voz entre dos ó tres amigos, de los que se ha echado usted ahora, basta para ponerse en ridículo—interrumpió Cima segundo.

—No correrá porque sé lo que me pesco... Pero á ti, ¿qué tiene de particular que te haga partícipe de mi ventura?

—Poco á poco, querido tío. Si le rebosa el dinero, muy bien puede darme el sobrante, y todo se queda en casa; mas de las gracias de mi tía me parece que no querrá usted desprenderse de una partícula en mi beneficio.

—Hombre, claro está. Lo de partícipe es “un digamos”, recóncholis.

—Pues ni “el digamos”, no sea que le suceda lo que al último rey de la dinastía de los Heráclidas.

—No sé lo que le sucedió á ese rey. ¿Me lo quieres decir?

—Es una leyenda absurda que no vale la pena de que se la cuente... Pero de todos modos le aconsejo que ni á su más íntimo amigo confíe su... felicidad conyugal—contestó Pepito Cima desentendiéndose de lo del famoso rey, para no dar un disgusto á su tío y protector D. Eme-terio.

—¿Quién será ese recóncholis de rey?—murmuraba el antiguo propietario de “La Probidad Trasmerana” cuando dejó á Pepito.

Pronto, sin embargo, se olvidó del susodicho monarca, y tampoco se le ocurrió luego preguntarle por él á D. Jacinto de la Selva.

Si se lo llega á preguntar quizás hubiese tenido otro desenlace esta exactísima historia.

IV

Apenas concluyó el almuerzo fuéronse los dos al cuarto de fumar, pues á Elvirita molestábale

el humo de los cigarrillos, de que hacía frecuente uso su ilustre esposo. Ofreció éste á D. Jacinto un buen habano que se apresuró á encender, y ambos permanecieron sin dirigirse palabra durante breves momentos, el ex-tendero algo tomado de los vapores del champagne exquisito con que obsequiaba á su paisano, y D. Jacinto en el dulce éxtasis del que sabe hacer honor á una refacción delicada y succulenta. Pensaba D. Emerterio en un viaje que hubo de esbozar su huésped entre plato y plato, y sonreíale la idea de hacerlo todos juntos con D. Jacinto por guía y "cicerone". ¡Una visita á Italia con aquel hombre que era como un libro abierto, y sabíase de corrido los lugares donde las gentes apersonadas esparcen el ánimo y sueltan el dinero! ¡Qué gusto! D. Jacinto habló de emprenderlo solo y por quinta ó sexta vez para recordar antiguas emociones estéticas; mas de seguro no rechazaría la proposición de unirse á él, y así formar un trío viajero sumamente grato. ¡Qué placer el de Elvirita cuando conociese el proyecto! ¡Ella, tan aficionada á estas excursiones, que si jamás se realizaron se debió á la invencible pereza que á, él, Don Emeterio, le causaba ausentarse de Madrid y romper sus costumbres caseras!

Y mientras el marido de Elvirita discurría mentalmente acerca de la caminata al país del arte, viéndose ya en aquellos sitios encantadores á maravilla descritos con mágica y elocuente pa-

labra por D. Jacinto de la Selva, éste traía á su pensamiento la imagen de la celestial mujer, cuya silueta quedábasele grabada en la retina como si fuese foco de potente luz que impresiona y no quiere borrarse.

Hallábanse en un recinto con muebles elegantes y cómodos—no muchos—y sobre ellos cajitas de plata repujada, ceniceros del mismo metal, estuches japoneses, cigarreras de ébano, mecheros eléctricos, cuatro Tanagras auténticas y otros mil cachivaches artísticos, todo discretamente puesto en lugar propio. Las paredes cubiertas de estuco imitando mármol de jaspe, con medias columnas de trecho en trecho. Ningún cuadro que hubiese roto la suave tonalidad del conjunto. Pinturas alegóricas, de pincel exquisito, en la bóveda, de cuyo centro pendía una lámpara semejante á las coronas góticas que se llevaron de España al museo de Cluny, para nunca más volver. Los ventanales con ricos “stores” que tamizaban la excesiva claridad solar, y en uno de los lados del lujoso cuarto, abierto á otro de igual tamaño y amplitud, aunque de diferente adorno, pues se destinaba á los jugadores de “bezigue” y “bridge” veíase un gran tapiz antiguo, que, corrido entonces, hacía dos habitaciones de una sola.

—Tengo aquí una idea que voy á permitirle comunicarle—dijo D. Emeterio tomando la palabra y poniéndose un dedo en la frente.

—Venga la idea—repuso el huésped.

—¿Qué le parecería á usted si á ese viaje por Italia le acompañásemos Elvirita y yo...? Cuando hicimos el de novios estuvimos en Venecia y Roma, pero la estancia fué muy rápida y no sacamos el partido que ahora sacaríamos yendo con usted. ¡Ah! Entonces yo no me ocupaba más que de admirar á mi mujer, y esto no me dejaba tiempo para pensar en otras maravillas. Así es que anduve por ahí como andan las maletas.

Don Jacinto contempló á D. Emeterio, pasmado ante la feliz idea que le había venido al magín y al punto respondió:

—Sería para mí muy grato conducirles por aquellas tierras; mas si le he de hablar con franqueza le diré que en estos viajes de placer tres personas no hacen juego. Si yo tuviese mi pareja no diría que no.

—¿De suerte que rechaza usted mi plan?

—Claro, querido amigo. ¡Figúrese mi papel, usted entre las bellezas del arte y las de su señora, y yo... mirando!

—¡Qué lástima que no sea usted casado!

—¡Dios me libre!

—¿Le asusta el matrimonio?

—Hombre, no. ¿Pero cree usted que es tan fácil encontrar la ganga que usted ha encontrado...? No hay dos Elviritas en el mundo—habló el huésped, con la malévola intención de tocar la cuerda sensible de D. Emeterio, porque era donde se excitaba su manía charlatana.

—Eso es verdad, amigo D. Jacinto... Pocas ó ninguna de sus condiciones morales, y en cuanto á las físicas... la mar y sus arenas—dijo el extendero todo meloso.

—¡Una obra perfecta! ¿No es cierto?—repliqué D. Jacinto apretando las clavijas de su mal propósito, para ver hasta dónde llegaba el afán descriptivo del buen Cima.

—No se lo puede usted imaginar por mucho que cavile—repuso el incauto, bajando la voz y acercando su butaca á la de su paisano.—Yo he visto por ahí—continuó—estatuas á centenares, muy bien modeladas; pero cuando vi á Elvirita noté que á todas les faltaba algo especial que ella tiene por arrobas. ¡Recóncholis!

—Les sobra mármol y les faltaba la carne viva—comentó D. Jacinto.

—¡Qué carne ni qué pepinos...! Cuando se dice carne—y D. Emeterio abría la letra “a” al pronunciar la palabra—me acude al pensamiento la imagen de la carnaza negra y ordinariota... ¡Las palpitaciones de la carne! Las voluptuosidades de la carne! ¡Los apetitos de la carne! ¡Uf qué asco, recóncholis...! ¡Carne aquello! Aquello no es carne, ni hay vocablo que exprese la medida de la realidad! ¡Aquello es terciopelo de seda, aire tejido...!

—La quinta esencia de la finura—atajó Don Jacinto, y, al decirlo, creyó notar con asombro un ligero movimiento, una leve ondulación del

cortinaje que tapaba la pieza inmediata.

—¡Y si no fuera más que eso!—prosiguió el marido de Elvirita, ya sin freno su indiscreta lengua.

—¿Más todavía?—interrogó el insistente huésped sin quitar la vista del tapiz.

—Lo de la finura y la forma son meros accidentes junto á otros mil detalles que si usted los viera se quedaría turulado.

—¡Qué pena no poder presenciar ese espectáculo admirable, no fuese más que con los ojos del artista!

—¡Hombre, sí que es una pena...! ¡Y crea usted que si yo encontrara un medio de que á distancia, como en un panorama, pudiera usted ver tanta hermosura...! Sí... Usted es un hombre discreto y...

Al llegar aquí dejóse oír un leve rumor de pasos en la contigua pieza. D. Emeterio entonces se levantó asustado, describió rápido el tapiz, y se tranquilizó al ver que estaba vacía; mas á D. Jacinto no le quedó duda de que alguien había escuchado la conversación. ¿Y si hubiera sido la propia Elvirita? Para averiguarlo decidió aplazar su proyectada fuga... ¿Quién se iba en aquellos momentos...?

A los ocho días justos del suceso anteriormente relatado, estaba una mañana Pepito Cima en la trastienda de "La Probidad Trasmerana" detrás de la rejilla de su pupitre, escribiendo cartas en

demanda de chorizos extremeños á sus correspondientes de Montánchez, cuando vió entrar á su tío D. Emeterio, pálido el rostro, descompuesto el traje, todo tremulento, y como si viniera huyendo de alguien que le persiguiese.

—¿Qué es eso? ¿Qué le ocurre á usted?—exclamó Pepito Cima, yendo asustado al encuentro de su protector y pariente.

—Que me voy á morir... Que éste va á ser el último día de mi vida—contestó D. Emeterio dejándose caer en una silla.

—¿Pero qué le pasa?—insistió el sobrino.

—¿Ah! ¡La infame que no ha tenido compasión de mí!—dijo el pobre hombre, y rompió á llorar como un chiquillo.

—¿Quizás Elvirita...?

—Sí, lo estás adivinando... Elvira se ha escapado de mi casa... ¿Y con quién dirás...? Pues con D. Jacinto, con el hombre á quien yo creía mi más fiel amigo... ¡Qué desgraciado soy!—habló balbuciente y arreció su llanto.

—A ver, á ver... explíquese usted...

—Verás, Pepito, verás... Anteayer, á la hora de la comida, manifestó mi mujer deseos de ir á almorzar á la mañana siguiente al alto del León... El tiempo se anunciaba espléndido y el plan me pareció de perlas, pero la propuse un pequeño aplazamiento, porque yo tenía que asistir de precisión á una Junta á las diez en el Banco... ¡Maldita Junta...! Entonces Elvirita,

con esa habilidad hipócrita de los criminales, me dijo que todo se arreglaba yéndose con D. Jacinto, á las ocho, en el automóvil de éste—¡ un armatoste que se traga las leguas!—la doncella y el *chauffeur*...; que en lo alto del León harían parada, y prepararían el almuerzo en espera de que yo me reuniese con ellos conducido por mi *landolet*, que no corre tanto, pero que es más seguro...

—¿ Y los dejó usted marcharse?—interrogó Pepito.

—¿ Cómo sospechar lo que iba á suceder, si este plan me lo expuso la muy ladina con el tono más natural del mundo...? Verás... Todo se llevó á cabo como ella deseaba... A las once me vi libre, tomé el vehículo y al alto del León echando chispas, porque una inquietud que parecía presentimiento me estaba escarabajando... Tardé dos horas, y, al tocar el sitio convenido, ¡ ni rastro del automóvil de D. Jacinto! Calculé que quizás hubiesen llegado hasta San Rafael, para examinar el hotelito que allí estoy levantando, y en San Rafael me encajé en un verbo... Nada... Ni vestigios... Pregunté á los albañiles, á unos muchachos que á la puerta de la fonda jugaban, y éstos me dijeron que á eso de las nueve y media, poco más ó menos, pasó un automóvil verde—el de Jacinto—echando venablos... Ya no supe qué hacer... Se me helaba la sangre y se me paraba el corazón... Pero aún no quería creer en mi desgra-

cia... ¡A qué ponerse en lo peor...? Posible era que les hubiese dado la idea de correrse hasta Segovia, ó que Elvirita se encontrase indispuesta y volvieran á Madrid por la Granja... Pues á escape á Madrid por lo más corto... Y á medida que me iba acercando renacían mis esperanzas... Sí; en casa la encontraré... Sin duda alguna Elvirita se puso mala y... ¡Ay, Pepito de mi alma...! ¡Qué decepción! ¡Qué horrible sorpresa! ¡Ni la más pequeña noticia de los fugitivos en mi casa...! Pasé el día de ayer loco, frenético...

—¡Pero no dió usted parte á la policía para que jugase el telégrafo...?

—No hice nada, Pepito... ¡Siempre con el pío de que Elvirita apareciese de repente!—dijo el ex-tendero, lanzando suspiros que partían el corazón.

—¡Qué diablo! no hay que apurarse... ¡Se va usted á quitar la vida! Elviritas hay muchas en el mundo, y Emeferio Cima no hay más que uno—interpuso Pepito.

—No resistiré este golpe.

—Y ¿no se le alcanza á usted el motivo de la fuga?

—No, Pepito, no.

—¿Coqueteaba quizás con D. Jacinto?

—¡Coquetear Elvirita! ¡Ni mirarle! ¡Si aquella cordera parecía la virtud personificada!

—¿No dejó algún papel escrito que explicase su resolución?

—Nada... Su ropa y sus alhajas estaban intactas... Se fué con lo puesto.

—¡Qué raro...! Pues hay que tomar medidas... perseguir á los fugitivos... moverse.

—¡Ay, Pepito! ¡Todo inútil...! ¿De qué me serviría que me la trajesen atada codo con codo? ¡Elvirita no me ha querido jamás, y el bribón de D. Jacinto me la ha fascinado...!

—Resulta inexplicable, tío Emeterio... Vamos á ver... ¿Tuvieron ustedes alguna reyerta?

—¡Qué habíamos de tener...! Una trifulquilla cuando vino D. Jacinto, porque no la agradaban huéspedes. ¡Recóncholis si le llegan á agradar! Pero después de aquel pequeño disgusto, paz octaviana.

—Recuerde usted... haga memoria...

—Te digo que ni por asomo tuvimos ni un sí ni un no...

—¿Se amoldó al huésped?

—Claro, y hasta llegó á serle simpático.

—Ya estamos en la pista...

—Pero la simpatía no tocó en entusiasmo... ¡Sí, sí! ¡Buena era ella para entusiasmarse!

—¿Y usted no la hizo en estos últimos tiempos algún desaire, algo que...

—Nada, hombre, nada. ¡Si lo sabré yo!—interrumpió D. Emeterio, impaciente.

—Pues me declaro vencido... y sólo me resta hacer á usted una pregunta—dijo Pepito tomándose unos minutos de reflexión, mientras Don

Emeterio permanecía inmóvil, abatidísimo, y como si el firmamente se le hubiese caído encima.

—Pregunta lo que gustes—murmuró al fin.

—¿Siguió usted mi consejo?

—¿Qué consejo?

—Aquel que le di de que á nadie contara... vamos, las extraordinarias y maravillosas bellezas ocultas de Elvirita.

—Hombre... te diré... yo...—empezó á balbucir D. Emeterio, inmutándose aún más de lo que estaba.

—Vamos, tío Emeterio... Sea usted franco.

—Sí... ahora recuerdo... A D. Jacinto... en el salón de fumar...

—No siga usted, que ya tengo la clave del misterio. ¿Oyó alguien su conferencia con D. Jacinto?

—Sí... es posible... En la pieza inmediata sentí ruido... ¡Sí, Elvirita estaba allí...!—habló Don Emeterio, y sin terminar la frase hincó los codos en sus rodillas y se cogió con ambas manos la cabeza, que movía á la par de un lado á otro.

—Sucedió lo que me temía, querido tío. No eche usted la culpa á nadie. Usted mismo ha sido la causa de su desdicha... ¡Como al rey Candaule!
—dijo Cima segundo disimulando, en gracia á la pena del ex-tendero, la punta de ironía que resultaba del símil.

—¡Maldito sea tu rey, y que Dios le confunda,

y le tenga en el infierno! ¿Quién era ese condenado?

—Lo va usted á saber—repuso Pepito, fuese á sus habitaciones, tomó un librote, lo puso ante la vista de D. Emeterio, y leyó lo siguiente:

CANDAULE.—“El último rey de la dinastía
”de los Heráclidas. Es conocido por una leyenda
”conservada por Herodoto. Enamorado Candau-
”le (D. Emeterio Cima y Juanco) de los extra-
”ordinarios encantos de Nyssia, su mujer, (Elvi-
”rita Alavés y Blandones) quiso que su favorito
”Cyges (D. Jacinto de la Selva) la contemplase
”desnuda y cuando ella no se percatara de la des-
”honesta exhibición. Nyssia se enteró de cómo
”sus ocultas bellezas habían sido expuestas á los
”codiciosos ojos del favorito de su esposo, de for-
”ma tal que podía dar de ellas noticias y señales.
”y herida entonces en su dignidad y pudor, bien
”resuelta á que no gozase de aquel espectáculo si-
”no quien tuviera derecho á tal goce, amenazó de
”muerte á Cyges si no asesinaba al rey. El favori-
”to, que desde el beneficio que le proporcionó el
”rey andaba desasosegado y nervioso, no vaciló
”un instante, mató á Candaule y se casó luego
”con la reina viuda”.

—Aún ha salido usted ganando, porque D. Jacinto no le ha asesinado, ni creo que piense en cosa semejante—concluyó Pepito, y cerró el librote.

¿Oyó D. Emeterio la lectura? Se ignora de todo punto. Ello fué que le cogió un síncope y cayó redondo al suelo.

.....

.....

Si á alguén le pica la curiosidad de saber el paradero del infeliz, en el manicomio de Leganés puede verle. Es un loco pacífico, cuya manía redúcese á preguntar por Nyssia á cuantos se le acercan. Sólo se pone furioso cuando le visita el médico del establecimiento, en el cual cree reconocer al traidor Cyges.



LA MUJER COMPUESTA



DIÁLOGO INOCENTE



ABRAME usted su pecho y saque de él sus culpas, que hablando se entiende la gente, y detrás de la pena confesada puede venir el buen consejo.

—¡Calle usted, vecino! ¡Si lo que á mí me sucede no tiene compostura!

—Todo en este mundo se puede remediar menos la muerte, que aún no ha habido quien la eche la zancadilla.

—¡Vamos, vecino! ¡Usted no conoce por dentro á mi mujer!

—¡Hombre, claro está que por dentro no, sino superficialmente; mas por semejas con otra de su misma laya, ya me la calculo.

—¿Qué ha de calcular usted, vecino, si el intríngulis no se halla por fuera, que se halla en sus honduras de cal y canto?

—¿En sus honduras?

—Quiero decir en su carácter, que no cambia un ventarrón.

—Cimbréela usted con una bardusca bien pu-

lida, y verá cómo se le quitan las mañas y se pone como la más temblorosa gelatina.

—No toque usted ese palillo y quédese el cimbreo para aplicarlo á las montaraces, que no á las hembras de fina educación y pulimentado intelecto, para las cuales la medicina na de ser de jarabe de pico y con toda clase de remilgos.

—Pues crea usted, amigo D. Cecilio, que, en ocasiones, á la más remirada y culta le vendría como agua de Mayo un par de buenos cachetes, de esos que asustan y no duelen.

—Pero ¿usted ha experimentado en la suya ese sistema vapuleante?

—En el canto de un duro estuvo que lo pusiera en práctica, y si no lo llevé á inmediata ejecución, debióse á que el remedio, que fué panacea de mi mal y sosiego de mi espíritu, se me vino solo á mi mano.

—Pues venga pronto ese *curalotodo*, amigo D. Serafín, que ya ardo en deseos de conocerlo.

—Verá usted y juzgará luego.

—Soy todo orejas, vecino.

—Andábame muy ufano con mi soltería echando pestes contra la vida en connubio, y diciendo á cuantos me escuchaban que el estado honesto es la suma perfección del hombre, porque no hay mujer bajo la bóveda celeste capaz de hacer feliz al varón más decidido á pasar por carros y carretas. Y así llegué á los treinta y cinco de mi edad, gastándome las tres cuartas partes de mi

haber en las necesidades corrientes de la vida, y el resto en mis mundanales placeres, y siempre á salto de mata con objeto de no dar en lazos sujetativos. De que por esta tranquila senda iban á deslizarse mis días y mis noches hasta su finiquito, no me cabía duda; tal era el arraigo de mis ideas, cuando á cierto amigo, que en mal hora encontré, se le ocurrió llevarme á casa de D. Felipe Juncal... ¿No se acuerda usted de D. Felipe Juncal?

—Sí, hombre, sí. Aquel compañero nuestro de oficina á quien llamábamos *el Alcubilla ambulante*, porque se sabía de memoria todas las pragmáticas, leyes y decretos que copia el conocido Diccionario. ¡Vaya si me acuerdo! Un hombre bajito, seco, vivarachillo, que se teñía el pelo á dedo y á obscuras. ¿Eh?

—El mismo. Pues D. Felipe Juncal se daba el lujo de una esposa y tres niñas maniáticas todas ellas por los agapes nocturnos, dígame tertulias desde las diez de la noche hasta la una de la madrugada, si durante la semana no señalaba sesión extraordinaria por motivo de santo ó fiesta de campanillas. Allí, por de contado, no pasaba nada irregular ni se trasponían las reglas de la más exquisita urbanidad y buenas maneras, porque doña Celsa vigilaba á sus hijas con los cien ojos de su experiencia, y no toleraba más expansiones que una polca honesta ó un vals discreto, y nada de tangos aglutinantes ni otros bailes de

esos que despiertan nefandas concupiscencias. Allí un martes—¡martes había de ser!—conocí á Defta...

—¿Cómo Defta?

—Sí. Mi mujer.

—Pues ¿no se llama doña Luisa?

—Luisa es su primer nombre, y su segundo Tadea; mas como al comienzo de nuestros arrumacos amorosos yo buscaba un diminutivo que expresase el conjunto de la monería y quinta esencia de la gracia que la cuadrase, púsele Defta...

—Vamos, ya caigo. Lo que hice yo con mi Nemesia, que en el hervor de nuestras intimidades juveniles yo la llamaba *Nisitina* y ella á mí *Bedullito*.

—Pues Defta, amigo D. Cecilio, entró una noche en casa de Juncal, que fué como si entrara la apoteosis de lo divino, y en pos de ella se me fueron todas mis potencias y más que tuviese. Cara de rosa y talle de clavelito primaveral, soltura y garbo en sus bien torneados miembros, líneas ondulantes en su justa proporción, y unos ojazos de esos que clavetean el sentido y encienden el hielo. En fin, querido vecino, el mapamundi de lo exquisito y perfectamente acabado. Y por lo tocante al indumento, no le quiero á usted decir sino que llenaba las medidas del más pedigüeño, sin que el menor detalle desdijera del resto, y lo subrayo porque en una vuelta de vals descubrió sus dos piecitos, como dos piñones, pri-

morosamente calzados y cubiertos por unas medias de rejilla...

—No perfile, amigo D. Serafín, y siga su relato sin descripciones peligrosas.

—Me salí de casa de D. Felipe llena el alma y lleno el cuerpo de la sin par Deíta, con la cual fuí estrechando amistades los jueves y domingos subsiguientes, hasta que las hube de convertir en relaciones de noviazgo serio, á que Deíta se prestó después de los remilgos y timideces de la joven que da su primer paso en el camino del amor, tal me puse de pegajosón y babicaído.

—Como yo con Nisitina.

—A los pocos meses de amoríos ya se me hacía tarde el señalamiento de la boda, pues aquella situación de arrullo perpetuo me iba resultando insostenible, y estaba pidiendo á voz en grito el punto final que colmase mi ventura y calmase mis impacientes ardores. Y Deíta encajaba tan perfectamente en el molde que de la mujer propia y de por vida me hube forjado, que ni hecha adrede para mi gusto. ¿Hacendosa? Según doña Celsa, la señora de Juncal, á cuya ciencia informativa acudí presuroso, en el arreglo y composición de la casa era un verdadero primor. ¿Balconera? ¡Ni pensarlo! Aunque pasara por su calle la banda de Ingenieros tocando la marcha de moda, ella quietecita en las labores domésticas y sin sacar un ojo por la ventana. ¿Limpia? Claro que no era como la famosa Burguillos, que la-

vaba los huevos al freíllos; pero en esto de la limpieza hacía capítulo aparte entre las demás mujeres... Y vea usted lo que son los gustos... De todos los méritos de la muchacha, el que más me cogió los cinco sentidos corporales fué éste.

—Como que es el que más entra por el que menos engaña.

—¡Que si entra! ¡Dígamelo á mí, que sólo con los datos de doña Celsa referentes á la pulcritud de mi novia se me hizo la boca agua y mieles! Porque ha de saber usted, amigo D. Cecilio, que la cuestión del lavatorio, no á turno semanal sino á abono diario, y con remojo completo, corre parejas con lo que atañe á la sanidad del alma...

—Alto ahí, señor vecino. En eso no estamos conformes. El alma no tiene nada que ver con el jabón y la esponja, y puede una mujer de bien descuidar algo y aun algos la superficie de su físico, y lavarse todos los días la conciencia hasta dejarla como una patena, mediante recomendadas jaculatorias de esas que levantan en vilo el espíritu y lo elevan al séptimo cielo. ¡Cree usted, acaso, que Santa Teresa, Santa Mónica y demás santas, inclusive las once mil vírgenes que circundan el trono del Altísimo, se preocuparon ni tanto así del afeite corporal en daño del tiempo que habían menester para ganar el gozo eterno? ¡Por ventura hay memoria de que esas señoras, ante cuyas virtudes me postro, usaran *bidet* ni *tub*, ni siquiera el lebrillo talaverano en donde

nuestras abuelas se humedecían las extremidades inferiores de Pascuas á Ramos, ó, cuando más, en vísperas de boda? ¿No ha oído usted decir, bajo la fe de sesudos historiadores, que las hidalgas más coruscantes y cuellierguidas de los pasados siglos tenían á gala no lavarse las manos en dos semanas, ni mudarse de camisa en un par de meses, para diferenciarse de las infieles, que se perecían por las cotidianas abluciones de agua fresca? Pues ¿no era cosa corriente en mi pueblo, allá por el año 40, exclamar, cuando se sabía de una hembra que usaba con frecuencia el líquido cristalino para pulir sus interioridades: “¿Miren cómo estará la pazpuerca, que tiene necesidad de lavotearse! ¿No comprende la hija de su madre que así se desubstancia...?” Y por esta falta de aseo, ¿perdieron su concepto de buenas esposas, excelentes personas y bravas creyentes, ni dejaron los hombres de irse en persecución de sus gracias, no embargante su horror á la inmersión diaria en el lebrillo que saca usted á cuento?

—De coro me sé todo eso, amigo D. Cecilio, y hasta puedo apoyarlo con textos irrecusables; pero no me negará usted que el lavarse no supone vicio ni abjuración de la doctrina, y que el cuidado de sí mismo por lo externo lleva como por la mano al de lo interno ó íntimo... Y he aquí uno de los adelantos de los actuales tiempos, que podemos separar de los antiguos, llamando época

moderna á la que comienza con el empleo frecuente del jabón y del cepillo, de la propia manera que el uso de los pantalones cambió la faz del mundo y el rumbo de la historia... Y continuó mi relato diciéndole que de estas mismas ideas participaba Deíta; y hallándola tan á la par de mi querer, me encerré un día en mi casa, durante estas veinticuatro horas medité el pro y el contra del asunto, y al fin de la jornada salí de ella resuelto á casarme. No dirá usted que tomé rumbo á medio mogate, ó sea sin madura reflexión y detenido juicio.

—En esta clase de negocios, amigo mío, no hay mogate que valga, sino cerrar las entendederas y despeñarse...

—Pues figúrese mi regocijo cuando Deíta fué mía y vi de qué modo caminaban parejas nuestras voluntades.

—En suma: que encontró usted su media naranja y bendijo la casa de Juncal y los consejos de doña Celsa.

—En los primeros años de nuestro matrimonio todo fué á pedir del deseo. Mi mujer se levantaba temprano, dejándome sumergido en las blandas caricias de un sueño calmante; ocupábase en los quehaceres domésticos; luego de dirigirlos, se encerraba durante un par de horas en su cuarto de aseo, y de él salía tan limpita, encorsetada y bien compuesta, que me daban ganas de sacarla á la calle y lucirla, para que tomasen de

ella ejemplo las demás mujeres que á las tres de la tarde andan por su casa flojonas y pelisueñas, y si llegan visitas las hacen esperar un siglo mientras se recogen las greñas y se echan á escape un vestido admisible. Y no hablemos de olvidar aquellas habilidades que avaloran y realzan los encantos femeninos, como el piano, el canto y las labores de aguja fina... Mi Deíta teclaba un *Sueño de Rosellen* y cantaba un *Vorrei morire* que me ponían la carne de gallina, tal era su expresión y sentimiento, amén de otras piezas de la misma enjundia musical. Y por lo que hace al bordado, aún conservo unas zapatillas con mis iniciales de realce, color de oro viejo sobre fondo azul pálido, que daban la hora.

—Con una mujer así, los días y las noches se le irían á usted como agua.

—Sobre todo las noches, querido vecino. Cuando yo me embutía en mi sillón, al calorcillo de la chimenea, el cuerpo dentro de la amplia bata y los pies calzados con aquellas zapatillas que me traían á la memoria los dedos acariciadores de mi Deíta, que ella mientras tanto paseaba por el piano, arrancándole celestes armonías...

—Un idilio.

—Un idilio, ¡ay! que duró poco.

—¿Que duró poco?

—Sí, señor. Duró poco, y aquí entra mi tribulación... No bien se hubo persuadido Deíta de que sus encantos me sujetaban en el domicilio

conyugal, por cuyo dulce atractivo abandoné cafés, casinos y demás diversiones nocturnas, y en cuanto adquirió la evidencia de que las demás mujeres me importaban una higa, porque sus perfecciones morales y corpóreas las consideraba yo muy superiores á todas las vistas hasta aquella fecha y aun á las que en lo sucesivo viese, comenzó, primero, á abandonar sus primores de indumentaria, y después, á descuidar las pulcritudes que antes puso en el adobo y pulimento de su persona... Aquel corsé que en los tiempos de amor creciente ceñía el talle enaltecendo la forma sin permitirle indecorosos desbordamientos, se relegó al ropero, de donde no volvió á salir más que en muy contadas ocasiones. Aquellas caladas medias que una noche columbré al descuido de la vuelta del vals y que me trastornaron el seso, guardáronse y fueron reemplazadas por otras muy tupidas y más baratas. Aquella vestidura de fina tela y rico encaje que modelaba la línea ondulante, simulando ancho ropón de corte clásico, condenada fué también al ostracismo. Aquellos zapatitos bajos, cuyo cerco opresor hacía resaltar el almohadillado de su pie diminuto, trocáronse por unas babuchas á la morisca, romas de punta y faltas de talones... Y ya no oí más *El sueño de Rosellen*, ni *El último pensamiento de Weber*, ni las desgarradoras notas del *Vorrei morire*... ¿No es verdad, vecino, que había para desesperarse?

—¡Hombre...! Hasta el presente no veo un motivo serio para...

—Ahora viene el motivo. Y fué que, con tal dejación de sus primitivas cualidades, vi á las claras que Deíta no las poseyó más que de pega y por seguir mi corriente, de que sin duda doña Celsa le dió noticia, ó que era de esas mujeres apegadas al antiguo régimen, que creen que, una vez casadas, han de prescindir de toda compostura, porque el nudo sacramental obliga al marido á ver en lo de casa el *non plus ultra* de la gloria, aunque vaya envuelto en la salsa de la vulgaridad, sin tener en cuenta que para que el amor y la ilusión duren han de exornarse con la puntita de poesía que su argumento requiere...

—Pero me figuro, querido vecino, que expondría usted á su señora esas ideas con el fin de corregirla.

—¡Corregirla! ¡Que si quieres...! No sólo la expuse mis sanas doctrinas, sino que también le di á leer libros que tratan de tan importante materia; y ella me hizo el mismo caso que yo hago cuando repican en Flandes. Por el contrario, cada vez más abandonada y lacia; y en cuanto á aquellos lavatorios que fueron mi delicia, nada más que lo que ve la suegra. ¡Casi el extremo opuesto al que me hizo caer!

—No me choca el extremo, porque así son todas: superlativas en lo que se les mete en la cabezita, y sin dar nunca en el fiel del peso.

—Dicho está que por la senda del descuido ella perdió el gusto de agradarme y yo el de admirarla. Me olía la casa á ratones, como suele decirse para significar que se le viene á uno encima, y ya me vi desgraciado para lo que de existencia me quedara. Pero lo más gordo fué que al recuperar mis antiguos hábitos y pasarme la mayor parte del tiempo fuera del hogar doméstico, cuando volvía á él Deíta me armaba la gran tremolina, con lo cual me entraban tentaciones de apelar á la fuga.

—¿Y por qué no adoptó usted ese sencillo sistema si tanto le cargaba su conjunta?

—Pues porque de todas las hembras que he conocido, desde que me di cuenta de sus gracias, la que más me gusta es Deíta, hasta el punto de que si ella desapareciera del planeta, y yo en él me quedase, juzgaría extinguida la raza humana, y porque además tenía la esperanza de que le diese á mi mujer por lo que llamamos apocastasis, ó sea regreso á su primitiva manera, poniendo, por supuesto, algún remedio heroico y eficaz que mi agudo ingenio me sugiriese.

—¿Y se le ocurrió á usted ese remedio heroico?

—No se me ocurrió, pero las circunstancias me lo proporcionaron... Verá usted. En el cuarto inmediato al nuestro habitaba una viudita de veinticuatro á treinta abriles, que después de mi esposa era la ciudadana más apetecible de cuantas se paseaban por Madrid. Con ella hicimos amistades,

y pronto noté en la caída de sus ojos gachones, cuando á hurtadillas en mí los ponía, y en otros reveladores detalles, que omito para no ser molesto, que mis prendas físicas prendieron en su alma, necesitada, sin duda, de afectos emocionantes. Ya habrá usted calculado que el descubrimiento me holgó, porque á nadie le incomoda no parecer saco de granzas, y tampoco le ocultaré que en mi ánimo comenzaron las comparaciones entre Deíta y Adriana, que así se llamaba la viuda, dado que ésta hacía ostentación extremosa de cuanto aquélla había puesto en olvido, por donde á las calladas fuí tomando afición á la vecina, no para entablar pecaminosas concomitancias, sino para tenerla por confidente de mis penas y recibir sus saludables consejos.

—¡Camino peligroso, querido vecino!

—Ciertamente peligroso, pues si mi afición no pasaba de los límites de lo honesto, ella se propuso enredarme en la urdimbre de sus encantos, sin duda para dar picón á Deíta, llevándome con suavidad y maña al gran batacazo, de suerte que cuando recobrase mis cabales ya no hubiera remedio.

—La carne es flaca, amigo D. Serafín.

—No lo era ella, sino bien cubierto el hueso, y redondita por añadidura.

—Y usted al fin cayó en la trampa.

—Aguarde usted y no sea súpito. Mi mujer, sin sospechar el manejo de Adriana, nos dejaba

solos muchas veces, no llevando á mal que la visitase con naturales pretextos, pues la consideraba como persona de la familia, y de todas hubiese creído una deslealtad menos de Adriana: caso frecuente en las mujeres celosas, que en cualquiera fijan su cuidado menos en la que lo es de muy mucho. Y así las cosas, tuvo la viuda que hacer un viaje á Valencia, con objeto de transigir con unos parientes suyos cierto enmarañado pleito, para lo cual érale preciso valerse de persona de confianza y hábil, que supiera de asuntos curialescos y no se dejase engañar... ¿Y quién mejor que yo había de satisfacer estos requisitos? ¿Yo, que soy una fiera administrativa y además licenciado *in utroque*? Aproveché, pues, unas vacaciones, pedí licencia á mi superior jerárquico, y héteme camino de la hermosa ciudad, en un coche de primera, con una mujer de idem, y en el mes de Julio.

—¿Sin compañeros de viaje?

—No, señor. Con el párroco de Carcagente, un magistrado de la Audiencia, la esposa del Gobernador militar y sus tres angelitos, el más viejo de siete años, todos los cuales se nos colaron en Aranjuez, causando la desesperación de Adriana, que por cortedad no me propuso el cambio de vehículo á otro más solitario.

—Pero de Madrid á Aranjuez...

—De Madrid á Aranjuez fuimos hablando de su pleito con sus parientes y del mío con Defta.

—¿Y en Valencia?

—En Valencia ella se alojó en casa de una prima suya, y yo en la fonda; pero nos veíamos á todas horas, dábamos largos paseos y echábamos las grandes parrafadas, durante las cuales Adriana iba tejiendo su tela, y yo á dos jemes de dejarme coger en ella, tanto, que las malas lenguas, que allí, como en todas partes, las hay de punta y filo, se empeñaron en decir, faltando á la verdad purísima, si teníamos ó no teníamos.

—Y mientras usted se resbalaba, la pobre Deíta...

—Pues á Deíta, uno de los parientes de la viuda, el que más odio la tenía por razón del pleito, la escribió—¡pásmese usted!—cuatro carillas de letra menuda, poniendo á Adriana como un divino guiñapo, y dándole cuenta, ce por be, de lo que él llamaba nuestros indecentes amores, que escandalizaban á la ciudad entera, y hasta llamaban la atención oficial de las autoridades civiles y eclesiásticas.

—¡Caracolitos!

—¡Lo que usted oye, amigo D. Cecilio...! La llorina que tomó Deíta no es para contada. Allí fué el mesarse los cabellos, desgarrarse las ropas, llamarme bribón y tunante, y decir de Adriana lo que usted se puede figurar.

—¡Es natural!

—Y sabe Dios á qué extremos de desesperación hubiera llegado mi mujer, quizás al suicidio, si

no acude solícita en su auxilio doña Celsa, á quien Defta hizo depositaria de su angustia. Doña Celsa entonces, juntamente con D. Felipe Juncal, *el Alcubilla ambulante*, tramaron un plan diabólico, y cuando yo estaba en Valencia muy de mano armada con la viuda, entre si caigo si me levanto, recibí un telegrama del Ministro, mi jefe, ordenándome la inmediata vuelta á Madrid, sin excusa ni pretexto. Adriana olió la treta y se comió la partida, tanto que á última hora puso al rojo cereza su mal deseo; pero la Providencia velaba en mi pro, y obediente á las órdenes ministeriales tomé el tren, dejando en la ciudad del Turia á la emprendedora Adriana, que para su saya debió llamarme pazguato, bobalicón y parapoco... ; Usted se figurará que al llegar á la corte me dirigí á mi casa? Pues no, señor, que me planté de un tirón en el Ministerio, porque me bullía la curiosidad de saber la causa del llamamiento tan á raja tabla; y calcule usted mi asombro, ;qué digo mi asombro?, mi indignación, mi enojo, cuando mis colegas me enteraron de que no había tal telegrama ni el jefe se acordaba de mí para maldita de Dios la cosa.

—Así me gustan las bromitas: pesadas ó no darlas.

—Entonces sí que me precipité hacia mi domicilio. En dos zancadas llego á él, subo de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, decidido á pedir cuentas á Defta de aquel engaño, que exci-

tó las burletas de mis compañeros de oficina, pego dos campanillazos, anunciadores de más grandes energías, me abre la criada, penetro como un huracán en la sala, y en medio de ella me encuentro...

—¿Al *Alcubilla*?

—No, señor... A mi mujer, es decir, á aquella Deíta de mi luna de miel, á aquella encantadora criatura, tan elegante y bien paramentada, que á su lado la viudita hubiera parecido una fregatriz en día festivo.

—Momento dichoso y muy propio para hacer las paces y reanudar el tecleo nocturno y la clásica vestidura. ¿Eh, vecino?

—Las paces vinieron por sus pasos contados, pero no sin que Deíta me hiciese jurar que con la viudita no me fui á mayores.

—¿Y tuvo usted valor...?

—Claro que lo tuve. Como ahora juro que es de día..., y lo presté con toda solemnidad: yéndonos á San Cayetano, oyendo misa arrodillados y muy juntitos, y pronunciando unas palabras que Deíta me sopló al oído en el momento más culminante del santo sacrificio... Y vea usted, amigo D. Cecilio, cómo dió resultado aquello de que *la mujer compuesta quita al marido de otra puerta*.

—Y de la mía, ¿qué hago?

—¿Cuál es su tocata?

—Un genio de dos mil demonios y una pala-

brería insultante, cuando se enfada por cualquier simpleza, que enciende el pelo. Y por si éstas, por si las otras, y por si fué, por si vino, por si manga de lino, vuela la vajilla por los aires, y me obliga á usar chichonera para andar por casa.

—Pues, amigo mío..., *con escobilla el paño, y la seda con la mano.*

—Que viene á ser la bardusca bien mondada y mejor pulida. ¿No es así?

—Usted verá, querido vecino.

Aquí hicieron punto D. Cecilio Costales y don Serafín Paniagua, diéronse un apretón de manos y se fueron tan campantes.



ÍNDICE



	<u>Págs.</u>
El placer del peligro.....	5
La pasión villana.....	77
La venganza de Elvirita.....	143
La mujer compuesta.....	205

Biblioteca Pública de Soria



71690396 DR 10209

OBRAS DEL AUTOR

APUNTES POLÍTICOS (Edición agotada).
DEL NATURAL (Cuentos). (Edición agotada).

LOS DE MI TIEMPO

I.—Sitilla.....	3 pesetas
II.—El ilustre Manguindoy.....	3 "
III.—El conde Perico.....	3 "
IV.—La olla grande.....	3 "
V.—La piedra de toque.....	3 "
VI.—Telva.....	3 "

ANDRÓMINAS (Cuentos).....	1 peseta
LA DERROTA DE MAÑARA (Cuentos)....	1 "

E. J. TIERRA
CAMERO



EL PLACER
DEL
PELIGRO

DR
10209